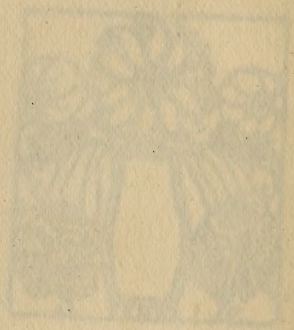
3 1761 09545928 5

ESTRELLA



3871 do

G. MARTINEZ SIERRA
OBRAS COMPLETAS

DON JUAN DE ESPAÑA

TRAGICOMEDIA

182469.
13.7.23

MADRID
MCMXXI

ES PROPIEDAD

COPYRIGHT BY G. MARTINEZ SIERRA, 1921

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.
CALLE DE VALENCIA, 28.—MADRID

DON JUAN DE ESPAÑA

OBRAS COMPLETAS DE GREGORIO MARTINEZ SIERRA

EL POEMA DEL TRABAJO. DIÁLOGOS FANTÁSTICOS. FLORES DE ESCARCHA. PROSA LÍRICA. ❖ SOL DE LA TARDE. NOVELAS. ❖ LA HUMILDE VERDAD. NOVELA. ❖ TEATRO DE ENSUEÑO. Jardín de Santiago Rusiñol. Melancólica sinfonía de Rubén Darío. Ilustraciones líricas de Juan R. Jiménez. ❖ MOTIVOS. CRÍTICA LÍRICA. ❖ TÚ ERES LA PAZ. NOVELA. ❖ LA FERIA DE NEUILLY. Ilustraciones de Barradas. ALDEA ILUSORIA. Ilustraciones de Laura Albéniz. ❖ LA CASA DE LA PRIMAVERA. POESÍAS-PRÓLOGO de Rubén Darío, Juan R. Jiménez, Antonio Machado, Eduardo Marquina, Francisco Villaespesa y E. Díez-Canedo. ❖ EL PEREGRINO ILUSIONADO. VIAJE SENTIMENTAL. Ilustraciones de Laura Albéniz. ❖ ABRIL MELANCÓLICO. NOVELAS ❖ EL DIABLO SE RÍE. NOVELAS. ❖ LA SELVA MUDA. NOVELAS. ❖ GRANADA. GUÍA EMOCIONAL. ❖ LA VIDA INQUIETA. GLOSARIO ESPIRITUAL. CARTAS A LAS MUJERES DE ESPAÑA. ❖ FEMINISMO. FEMINIDAD. ESPAÑOLISMO. ❖ LA MUJER MODERNA. ❖ KODAK ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ROMÁNTICO. ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖

TEATRO

TOMO I. CANCIÓN DE CUNA. PRIMAVERA EN OTOÑO. LIRIO ENTRE ESPINAS. ❖ TOMO II. MAMÁ. MADRIGAL. EL POBRECITO JUAN. ❖ TOMO III. AMANECER. LAS GOLONDRINAS. EL IDEAL. ❖ TOMO IV. ESPERANZA NUESTRA. SUEÑO DE UNA NOCHE DE AGOSTO. ROSINA ES FRÁGIL. ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖

OBRAS DE M. MAETERLINCK TRADUCIDAS POR G. MARTINEZ SIERRA

TOMO I. LA PRINCESA MALENA. LA INTRUSA. LOS CIEGOS. TOMO II. PELEÁS Y MELISANDA. ALADINA Y PALOMIDES. INTERIOR. LA MUERTE DE TINTAGILES. ❖ TOMO III. AGLAVENA Y SELISETA. ARIANA Y BARBA-AZUL. SOR BEATRIZ. ❖ TOMO IV. LA SABIDURÍA Y DESTINO. ❖ TOMO V. EL TEMPLO SEPULTADO. ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖

ACTO PRIMERO

ITALIA, JARDÍN GALANTE

P E R S O N A J E S

QUIMERA.
FIAMETTA.
EMILIA.
ISABELA.
LAURA.
LA DAMA VELADA.

DON JUAN.
PÁNFILO.
LEONELO.
ALEJANDRO.
LOTARIO.
FILIPPO.
UN PAJE.

ACTO PRIMERO

Glorieta en un jardín italiano. Es de noche. Luces medio ocultas entre el ramaje. Al levantarse el telón, la escena está completamente a oscuras, y va iluminándose gradualmente. Canta un ruiseñor con trino penetrante. En cuanto haya suficiente luz para que se vean las figuras, cesa el canto del ruiseñor y se oye el sonar de la música, que parece venir de entre los árboles. Es una danza italiana que baila FIAMETTA, sola, en el centro de la escena. En los bancos, mirándola danzar, están tres parejas, galantemente entretenidas: EMILIA con ALEJANDRO, LAURA con FILIPPO, ISABELA con LOTARIO. En el banco central QUIMERA está sentada sola, y un poco aparte, en pie, mirándola, LEONELO.

Cesa la danza. Fiametta, con una vuelta rápida, viene a acurrucarse a los pies de Quimera, y levanta hacia ella los ojos y las manos.

QUIMERA. — *Poniendo con caricia la mano izquierda sobre los cabellos de Fiametta.* Gracias, ¡Fiametta! Has bailado maravillosamente. Todo el encanto del amor que se sueña siempre, se espera a veces y no se logra nunca, está en las vueltas y revueltas de tu cuerpo. Eres como un fuego que danza sobre el agua.

ISABELA. — *Se ríe con risa musical y cristalina.* ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

QUIMERA. — ¿De qué te ríes tú, Isabela?

ISABELA. — Del amor... que no se logra nunca... ¡Ja, ja, ja!... ¡Bésame, Lotario! ¡Ja, ja, ja, ja!

Echa la cabeza hacia atrás, riendo. Lotario la besa en la boca.

QUIMERA. — *Sonriendo.* ¿Tú crees haberle logrado?

ISABELA. — *A Lotario.* Responde tú por mí...

LOTARIO. — Me gusta besar en la boca al amor, cuando se ríe... Es como beber en la misma fuente, cuando sobre el agua ¡tan fría! se está riendo el sol...

ALEJANDRO. — ¡A mí me gusta beber las lágrimas que corren de unos lindos ojos!

Todas las mujeres, menos Quimera, protestan, hablando a un tiempo.

EMILIA. — ¡Silencio!

ISABELA. — ¿Quién habla de lágrimas?

LAURA. — ¡En el amor no hay lágrimas!

FILIPPO. — ¡Tenéis razón, mujeres! En el amor no debe haber lágrimas. El amante que las mira cuajarse y no las seca así *Besa en los ojos a Laura.* antes de que salten, es un mal nacido... ¡Ay, es dulce besar al amor en los ojos!

EMILIA. — Sí... *Pone su mano suavemente sobre los ojos de Alejandro.* cuando el amante los cierra, rendido de amor, y ellos aletean bajo los labios, como pájaros presos...

LAURA. — *Cogiendo con las dos manos la cabeza de Filippo, que está echado a sus pies, con la cabeza sobre sus rodillas, y apretándola suavemente.* Los besos más dulces son aquí... en las sienes... sobre estas venas tibias y azules... por donde va pasando la vida...

Se inclina y besa a Filippo en la sien.

QUIMERA. — *Apretando las dos manos, inclinándose hacia adelante y hablando con apasionamiento concentrado, como para sí misma.* ¡A mí me gustaría besar a mi amante en el corazón!

EMILIA. — *Riéndose.* ¡Ja, ja, ja! ¿Besar, o morder?

QUIMERA. — *Sin volver la cabeza hacia Emilia.* ¡Qué más da!

LEONELO. — *Acercándose y arrodillándose ante Quimera.* Aquí me tienes... si me quieres... ¡Besa o muerde!

Abre los brazos como para descubrir el pecho.

UIMERA. — *Poniéndole las dos manos sobre los hombros y mirándole fijamente a los ojos.* Pero tú... ¿tienes corazón?

EMILIA. — *Riéndose.* ¡Ningún hombre le tiene!

LEONELO. — ¡No lo sé!... Pero, cuando me acerco a ti, me parece que todo mi cuerpo es corazón, porque todo él tiembl , y palpita, y arde...

QUIMERA. — *Rechazándole con las dos manos y levantándose.* ¡Bah! Eso es deseo... y nada más...

LEONELO. — ¡Es amor!

QUIMERA. — *Con burla ligera.* ¿Nada menos?

LEONELO. — *Levantándose.* ¡Cuando no se ama, no se desea!

TODAS LAS MUJERES menos QUIMERA. — *Con burla.* ¡Ja, ja, ja, ja!

QUIMERA. — *Con suavidad.* ¡Baila, Fiametta!

FIAMETTA. - *Desperezándose lánguidamente.* ¡Estoy cansada!

LEONELO. — ¿De qué, chiquilla?

FIAMETTA. — No lo sé... Es un cansancio suave, pero que rinde... como un sueño sin ganas de dormir... Debe ser la noche, que está tan quieta.

QUIMERA. — *Levantando los ojos.* Las estrellas caminan tan despacio por el cielo...

LAURA. — Los jazmines huelen tan dulcemente...

EMILIA. — ¡Las rosas tan profundamente...!

QUIMERA. — ¡Y los cipreses tan amargamente!

LEONELO. — *Con un poco de asombro.* ¿Los cipreses?

QUIMERA. — Sí... los cipreses y los arrayanes... A mí me gusta más oler las hojas que las mismas flores... y morderlas... Tienen un perfume acre y fuerte... que abrasa la boca, y se entra por la carne hasta el alma...

ALEJANDRO. — *Besando lentamente a Emilia en el cuello.* La garganta de una mujer es como un nido tibio... y sabe a nardos...

ISABELA. — *Poniendo sus dos manos sobre los labios de Lotario.* ¿A qué saben las manos, Lotario?

LOTARIO. — Las tuyas están frías... como nieve... y dan calentura...

LAURA. — *Se ríe alegremente.* ¡Ja, ja, ja, ja!

FIAMETTA. — *Desperezándose como una gata y suspirando largamente.* ¡Aaaaah!

LEONELO. — *Sonriendo.* ¡Chiquilla, ven acá! Sé yo un remedio para tu cansancio... que, al mismo tiempo, puede curarme a mí de mis fatigas... Tú esperas, y yo *Mira a Quimera significativamente.* desespero... ¡Juntemos infiernos y hagamos una hora de paraíso! *Se inclina hacia ella, como para recogerla del suelo, donde está tendida. Ella le alarga las dos manos, y él la levanta.* ¡Ven!

QUIMERA.— *Apartándolos suavemente.* ¡No, Fiametta, tú no!

LEONELO. — *Se aparta un poco y sonríe.* ¡Aah!

FILIPPO. — ¿Por qué ella no?

QUIMERA. — Porque es muy niña.

ALEJANDRO. — Para ir al Paraíso nunca es pronto.

QUIMERA. — *Llamando.* ¡Fiametta!

Fiametta se acerca a Quimera, y se refugia entre sus brazos.

EMILIA. — ¡Ja, ja, ja! ¡Quimera quiere poner escuela de virtud!

ISABELA. — Sí... no se contenta con dar mal ejemplo, y da malos consejos...

LEONELO. — ¡No la hagas caso, que está loca de orgullo!

QUIMERA. — *Poniendo las dos manos sobre los hombros de Fiametta y mirándola.* ¡Mírame! Eres como flor que quiere abrirse, como capullo henchido de aroma, como botón de rosa, cuajado de rocío... Es tu amanecer... No malgastes tu gracia en juegos vanos... Guarda tu carne nueva para el amor perfecto...

Todos se ríen con burla.

TODOS LOS HOMBRES. — ¡Ja, ja, ja! ¡Para el amor perfecto!...

LAURA. — *A Filippo.* ¡Ja, ja, ja, ja! ¿Tú sabes dónde está el amor perfecto?...

FILIPPO. — *Abrazándola.* ¡Me basta y me sobra con el imperfecto!

ISABELA. — *A Lotario.* ¡Ja, ja, ja, ja! ¿Tú has encontrado alguna vez el amor perfecto?

LOTARIO. — ¡Ya lo creo! Tenía medio siglo largo de talle, andaba con muletas... y estaba casado.

LAURA. — ¡El retrato justo de mi marido!

EMILIA. — Hasta que se le prueba no se sabe si un amor es perfecto o no es perfecto.

ALEJANDRO. — Por lo cual...

EMILIA. — Hay que ir probando todos los que salen al paso, a ver si se tropieza con él...

TODOS LOS HOMBRES. — *Aplaudiendo.* ¡Bravísima!

LEONELO. — *A Fiametta.* En aquella glorieta hay un amor de mármol, que es la perfección misma. Vamos a verle.

Coge de la mano a Fiametta.

QUIMERA. — *Cogiendo a Fiametta de la otra mano.* Espera, espera...

LEONELO. — *Abandonando con despecho la mano de Fiametta que, silenciosamente, va a sentarse junto a Emilia y Alejandro.* Y tú... ¿A qué esperas tú?

QUIMERA. — ¡Yo!

LEONELO. — *Con burla rencorosa.* ¿Te figuras que aún eres el capullo que no acaba de abrirse?

QUIMERA. — *Con orgullo.* ¡No! Soy la rosa abierta bajo el sol, y toda la gloria de mi florecer llama al amor... El perfume se escapa de mi cáliz abierto... y llama al amor... Ya no hay rocío sobre mis pétalos, que todo se ha abrasado en el fuego de mi mediodía... llamando al amor...

LEONELO. — Y cuando el amor se acerca a ti, y te llama, no respondes.

QUIMERA. — ¡Porque no es mi amor!

LEONELO. — Eso que llamas tuyo, y no sabes cuál es, no vendrá...

QUIMERA. — Sí vendrá.

LEONELO. — No vendrá, porque no existe. Estás enloquecida por el orgullo de tu hermosura... Te figuras que nadie te merece, y te deshojarás, esperando en vano a ese fantasma, que no ha de llegar...

QUIMERA. — ¡Sí!

LEONELO. — *Con burla.* ¿Cuándo?

QUIMERA. — *Con desafío.* ¡Hoy mismo!

TODOS. — ¡Eh!

Unos se levantan, otros se inclinan hacia ella con curiosidad e interés.

FIAMETTA. — *Con curiosidad apasionada.* ¿Hoy mismo? ¿Esta noche?

QUIMERA. — Debiera estar ya aquí. Le esperaba más pronto... pero vendrá... Esta es la sorpresa que os he prometido para la fiesta de esta noche. ¡Quimera ha encontrado su amor!

EMILIA. — ¿Es joven?

ISABELA. — ¿Es buen mozo?

LAURA. — ¿Es rico?

LEONELO. — *Con burla.* ¿Ha bajado del cielo?

QUIMERA. — No le he visto nunca.

TODOS LOS HOMBRES. — *Con burla.* ¡Aah!

QUIMERA. — Pero la fama hace sonar su nombre en toda Italia. Es príncipe y poeta... No es ya un niño... Sabe de la vida... Él no ha esperado al amor, como yo... le ha buscado...

LEONELO. — ¡Es más práctico!

QUIMERA. — Pero no le ha encontrado. Su carta me lo dice...

TODOS. — ¿Su carta?...

QUIMERA. — Toma y lee.

Da un pergamino a Leonelo.

LEONELO. — *Lee.* He buscado al amor.

¡No estaba!

He llamado al amor.

¡No oía!

He besado al amor.
Quería
abrasarle, pues me
abrasaba.
He seguido al amor.
¡No era!
He jurado al amor.
¡Mentía!
He negado el amor...
y un día
te he mirado pasar,
¡Quimera!
En tu llama prendió
mi hoguera.
Toda el alma gritó:
¡Existía!
Todo el cuerpo rugió:
¡Eres mía!
¡No los hagas mentir,
Quimera!

LEONELO. — *Riéndose con burla.* ¡Graciosa letanía! ¡Conozco el estilo!

FILIPPO. — ¡Y yo!

LOTARIO. — ¡Y yo!

QUIMERA. — *Un poco molesta por el tono de burla de los tres hombres.* ¡¡¡Eh!!!

LEONELO. — Estos suspiros en cadeneta los ha enviado el Príncipe Giaccomo de Lucca. ¿No acierto?

QUIMERA. — Sí, pero...

LEONELO. — Y estás muy engañada si piensas encontrar en él al ave fénix de tus desvaríos. *Con desdén.* ¡Giaccomo de Lucca! ¡Ja, ja, ja, ja! Cierto que ha buscado el amor ¿quién no le busca? pero ¡por qué caminos! Cierto que se ha cansado en la carrera del placer vulgar, pero nunca ha mostrado más superioridad que la de sus riquezas. Va por el mundo haciendo mucho ruido y levantando mucho polvo para ocultar el vacío, no de su corazón, ¡que ese nunca le tuvo!, de su entendimiento...

LAURA. *Por hacer rabiar a Leonelo.* Sin embargo, amigo, compone lindos versos.

LEONELO. — *Rabiando.* Nunca le falta a un príncipe rico un poeta pobre a quien poder comprar la inspiración.

Todas las mujeres, menos Quimera, que está enojada, se ríen y rodean a Leonelo para hacer burla de él.

LAURA. — ¡Ja, ja, ja! ¡Despecho, Leonelo, despecho!

ISABELA. — *Riendo y palmoteando.* ¡Ja, ja, ja! ¡Me gusta ver a un hombre celoso!

LOTARIO. — ¿Aunque los celos no sean por ti?

EMILIA. — ¿Qué más da? ¡Cuando un hombre padece por una mujer, todo el sexo femenino triunfa!

LAURA. — *Acariciando en burla a Leonelo.* ¡Paciencia, Leonelo, paciencia!

LEONELO. — ¡Déjame!

Todas las mujeres se cogen las manos en corro, sujetando en medio a Leonelo, y bailan rápidamente en derredor suyo, riendo y gritando.

LAURA. — ¡He llamado al amor!... No estaba... ¡Ja, ja, ja, ja!

EMILIA. — ¡He buscado al amor!

FIAMETTA E ISABELA. — ¡He seguido al amor!...

TODAS LAS MUJERES. — ¡No oía!... ¡Ja, ja, ja!

LEONELO. — *Rabiando y apartándolas con violencia.* ¡Dejadme! *Consigue soltarse, aunque ellas le tiran de la ropa y le abrazan por burla, y las mira con desdén.* ¡Me dais lástima, mujeres!

TODAS LAS MUJERES. — ¡Ja, ja, ja, ja!

Corren y rodean a Quimera. Todos los hombres se acercan a Leonelo, y así quedan formados dos grupos, uno a cada lado de la escena.

LEONELO. — *Rabioso.* ¡Valía la pena de esperar tanto y desdeñar a tantos para enloquecer por un príncipe que apenas llega a hombre!

EMILIA. — *A Quimera.* ¡Haces bien, si te gusta!

TODAS LAS MUJERES. — ¡Haces bien!

LEONELO. — ¡Haces mal!

TODOS LOS HOMBRES. — ¡Haces mal!

QUIMERA. — *Sonriendo y adelantándose un poco.* No sé si hago bien o hago mal. Sé que es mi destino.

TODOS LOS HOMBRES. — ¡Ja, ja, ja!

LEONELO. — *Con burla,* ¡Tu destino! ¿Te lo ha dicho una estrella?

LOTARIO. — ¿Te lo ha profetizado una gitana?

LEONELO. — Ten cuidado, que las estrellas mienten.

FILIPPO. — ¡Y las gitanas más!

QUIMERA. — *Con desafío.* ¡Me lo ha dicho mi propio corazón!

EMILIA. — ¡Bien respondido!

Todas las mujeres aplauden.

LEONELO. — *Con burla.* ¿A voces?

QUIMERA. — *Con altivez.* ¡Callando! ¡Y ese sí que no miente! Una voz de aquí dentro *Se aprieta el pecho con las dos manos.* me dice: ¡Vive, regocíjate, triunfa! ¡Hoy se cumple tu vida! ¡Hoy cuaja la promesa! ¡Hoy se abre la granada de tus esperanzas!

TODOS LOS HOMBRES. — *Con burla.* ¡Amén, amén, amén!

Se oye fuera estrépito de voces, pasos, chocar de espadas.

QUIMERA. — *Al escuchar el primer ruido.* ¡Ah! ¡Ya está ahí!

Se dirige precipitadamente hacia el lado por donde suena el ruido, y se detiene al oír las voces.

UNA VOZ. — *Dentro.* ¡Paso, paso!

OTRAS VOCES. — ¡No!... ¡Atrás!...

UNA VOZ. — ¡Atrás tú, villano!

QUIMERA. — *Sorprendida.* ¿Qué es eso?

LAURA. — *Asustada.* ¡Riñen!

ISABELA. — ¡Gritan!

OTRA VOZ. — *Dentro.* ¡Soltad esa espada!

UNA VOZ. — ¡Antes tú la vida! ¡Paso he dicho!

QUIMERA. — *Enojada.* ¿Quién se atreve, en mi propia casa, a estorbar el paso a mis huéspedes? ¡Guillermo, Rinaldo, dejad el paso libre!

Entra DON JUAN con la espada desenvainada, un poco jadeante y desgreñado, como quien acaba de pelear. PÁNFILO le sigue, también con la espada desenvainada, pero sujeta por la punta y echada al hombro como un palo, sosteniendo en la empuñadura el sombrero de don Juan.

DON JUAN. — *Entra, mira un momento a todas las damas, y dándose rápidamente cuenta de cuál es Quimera, se arrodilla a sus*

pies y pone su espada en el suelo, delante de ella. Gracias, señora. Soy vuestro prisionero. Tomad mi espada, que sólo a vos la rindo.

QUIMERA. — *Sorprendida.* ¿Qué hacéis? ¡Levantad, príncipe!

DON JUAN. — *Sin levantarse.* Y perdonad mi atrevimiento...

QUIMERA. — Perdonad vos la impertinencia de mis criados. Las puertas de mi casa estaban abiertas de par en par... esperándoos...

Al ver entrar a don Juan, Leonelo y los demás hombres han retrocedido un poco y se miran unos a otros, dando señales de asombro. Pánfilo se adelanta gravemente y pone el sombrero a don Juan.

DON JUAN. - *Indignado, sin levantarse.* ¿Qué haces, rufián?

PÁNFILO. — *Con toda gravedad.* Señor, restituiros el sombrero, que habéis perdido en la batalla, para que podáis descubriros ante esta bellísima madonna.

DON JUAN. — *Tirando el sombrero.* ¡Bufón!

QUIMERA. — *Alargando a don Juan las dos manos.* ¡Alzad, señor!

DON JUAN. — *Cogiendo las manos de Quimera.* No puedo ni debo, señora.

QUIMERA. — ¿Por qué, si yo os lo mando?

DON JUAN. — Porque no estáis hablando conmigo.

QUIMERA. — *Asustada.* ¡Eh!

DON JUAN. — No soy el que esperabais.

QUIMERA. — *Balbuceando.* No sois... el príncipe... Giaccomo...

DON JUAN. — *Interrumpiéndola.* Giaccomo de Lucca no vendrá.

Se levanta.

QUIMERA. — ¡Qué sabéis vos!

DON JUAN. — *Sencillamente.* Ha muerto.

PÁNFILO. — *Adelantándose con empaque.* ¡A nuestras manos!

QUIMERA. — *Con horror.* Ha muerto...

TODOS. — ¡Ha muerto!

Las mujeres retroceden un poco. Los hombres se adelantan, con interés.

DON JUAN. — *Acercándose a Quimera, que esconde el rostro entre las manos.* ¡No le lloréis, señora! ¡No lo merecía!

QUIMERA. — *Indignada.* ¡Eso creéis!

DON JUAN. — Aún no hace media hora, en un lugar que no quiero nombrar, por respeto a vuestro decoro, entre taifas y borrachos, se jactaba de haberos vencido, a vos, la invencible, con unos cuantos versos mal pagados a un poeta hambriento, y prometía el regalo de la burla que esta noche pensaba hacer de vos, a una mala hembra, que había de venir con él, a vuestra fiesta, disfrazada de paje...

QUIMERA. — *Avergonzada.* ¡Aah!

DON JUAN. — Llegaban, pero yo me interpuse, y le cerré la puerta de esta casa, abriéndole tal vez la del infierno.

PÁNFILO. — Al caer, por lo menos, no pidió confesión. Seguro le tiene Pedro Botero.

DON JUAN. — Perdonad la osadía, pero no hubo remedio.

QUIMERA. — *Que apenas sabe lo que dice.* No... es decir... Gracias... ¿Quién sois?

DON JUAN. — ¿Qué más da? Uno que pasa y que oyó hablar de vos...

QUIMERA. — Sí... pero vuestro nombre...

DON JUAN. — Don Juan, me llamo.

QUIMERA. — ¿De qué tierra?

DON JUAN. — De España.

QUIMERA. — *Mirándole fijamente.* ¿No me conocíais?

DON JUAN. — *Mirándola fijamente.* Os adivinaba.

QUIMERA. — ¿Nunca me habíais visto?

DON JUAN. — Hoy llego a Florencia.

QUIMERA. — Y... ¡me habéis defendido!

DON JUAN. — ¡Sois mujer, y otro hombre os ofendía!

QUIMERA. — *Mirándole fijamente.* ¿Así sois en España?

DON JUAN. — *Con altivez graciosa.* ¡Así soy yo!

QUIMERA. — *Después de mirarle un segundo, le alarga la mano.* ¡Gracias!

DON JUAN. — Mano chiquita y suave. Parece de española. *La besa.*

QUIMERA. — *Sin soltar la mano.* ¡Mucho os debo, Don Juan!

DON JUAN. — Yo os perdono la deuda.

QUIMERA. — *Retirando la mano, un poco ofendida.* ¿No... pedís nada... en pago?

DON JUAN. — *Sonriendo.* ¡Yo nunca pido!

QUIMERA. — ¿Nunca deseáis?

DON JUAN. — Sí, pero sé lograr lo que deseo y apartar lo que estorba.

QUIMERA. — ¿Siempre?

DON JUAN. — Siempre.

Pone, como al descuido, la mano en el puño de la espada.

QUIMERA. — *Sonriendo.* Contra una voluntad de mujer, poco sirve una espada.

DON JUAN. — La mujer es siempre del vencedor.

QUIMERA. — *Con altivez.* ¿Botín de guerra, entonces?

DON JUAN. — No. Corona de triunfo.

LEONELO. — *Se ríe con sarcasmo.* ¡Ja, ja, ja!

DON JUAN. — *Volviéndose ofendido.* ¿De qué os reís vos, si puede saberse?

LEONELO. — De que entendéis muy poco de corazones de mujer.

DON JUAN. — *Sonriendo satisfecho.* Pues he oído latir a algunos muy de cerca.

LEONELO. — *Con desdén.* Es posible...

DON JUAN. — ¡Es seguro!

LEONELO. — A las mujeres les agrada más consolar al vencido que coronar al triunfador.

DON JUAN. — *Mirándole de arriba abajo, con insolente impertinencia* ¿Os han... consolado a vos muchas veces?

LEONELO. — *Ofendido.* ¿Por qué lo preguntáis?

DON JUAN. — *Sonriendo.* Porque no tenéis facha de triunfador.

LEONELO. — *Furioso.* ¡Esas palabras!

DON JUAN. — *Echando mano a la espada.* ¡Con hechos se afirman o se desmienten!

Leonelo echa también mano a la espada.

QUIMERA. — *Interviniendo.* ¡Por el amor de Dios, seño-

res!... En mi casa... estamos de fiesta... Don Juan... Leonelo!...

LEONELO. — *Que lo piensa mejor, y se decide a tener calma.* No temas. *A don Juan.* Volved la espada al cinto, señor pendenciero. No estamos en España, tierra del agrio humor, donde los hombres, hartos de mal vivir, tienen la desesperada costumbre de matarse, hasta por un punto de Teología. En nuestra bella Italia, amamos la vida porque es hermosa, y procuramos conservarla, para poderla saborear despacio.

DON JUAN. — *Con desdén.* Es prudencia.

LEONELO. — *Dando media vuelta.* Es filosofía.

QUIMERA. — *Llamando a sus amigas para desviar la conversación.* ¿Y vosotras por qué calláis? Dad albricias conmigo al que ha defendido a una mujer sin conocerla. Puesto que la ofendida pudo haber sido cualquiera de vosotras, el agradecimiento debe ser de todas.

Todas las mujeres se acercan.

PÁNFILO. — *Aparte y gravemente.* Sí... las defendemos cuando no las conocemos, y las ofendemos en cuanto las vamos conociendo. ¡Cuestión de método!

QUIMERA. — Y vos, Don Juan, ved si entre este manojo de rosas de Italia, no os dan también deseos de conservar la vida.

DON JUAN. — *Galante.* Para mejor perderla.

Se inclina ante las damas que le rodean. Se oyen en el grupo rumores y risas.

PÁNFILO. — *Que durante todo el acto sigue a don Juan como la sombra al cuerpo, dando tantos pasos como su amo.* ¡Oh, mal-

aventuradas! Ya están todas en torno nuestro, igual que moscas sobre la miel. Ya nos miran, ya nos suspiran, ya nos sonríen, ya nos florean. *Lanzándose y abriendo los brazos melodramáticamente, como si quisiera apartar a las mujeres.* ¡Apartad, condenadas! *¡Vade retro!*

ISABELA. — *Riéndose.* ¿Qué dice este hombre?

DON JUAN. — *Con toda calma.* ¿Qué chillas, rufián?

PÁNFILO. — *Muy grave.* Señor; lo que me manda mi conciencia. *Melodramático.* ¡Madonnas, huid de nosotros! ¡No nos miréis, no nos oigáis, no nos toquéis! ¡Somos el fuego, el huracán, la peste! Os engatusaremos con palabritas dulces, y luego pagaréis cara la golosina. Ya es tarde... está obscuro... y huele a azufre... Idos, madonnas, idos a dormir, con vuestros maridos las que los tengáis, aunque sean viejos y reumáticos, que más vale marido con gota que amante con dolo, solas, en paz y en gracia de Dios las que aún no habéis caído en las garras de un hombre, que si os quedáis y nos oís, caeréis en las del diablo.

QUIMERA. — *Muy divertida.* ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Tenéis un escudero predicador!

ISABELA. — ¿Es fraile?

LAURA. — ¿Es español?

PÁNFILO. — *Inclinándose.* Italiano, madonna, italiano por los cuatro costados, mas hombre cuerdo, timorato, prudente, devoto y casto.

DON JUAN. — El mejor escudero, como veis, para un español loco, temerario, imprudente, un poco impío y un mucho enamorado...

EMILIA. — ¿Cómo le sufrís?

DON JUAN. — Como a mi conciencia. Me sirve bien y me roba poco; le dejo gritar y no le hago caso.

PÁNFILO. — ¡Señor, señor, ten piedad de estas tiernas palomas!

DON JUAN. — Dadle de beber. Es el único modo de hacerle callar.

PAJE. — *Acercándose a Pánfilo y llevándosele.* Venid conmigo, y no paséis cuidado. Estas tiernas palomas tienen buenas garras con que defenderse.

PÁNFILO. — *Fanfarrón, al retirarse con el Paje.* Contra nosotros no hay defensa. *¡Vœ victis!*

ISABELA. — Tiene razón vuestro virtuosísimo escudero. Es tarde. Hay que marcharse.

DON JUAN. — ¿Tenéis marido?

ISABELA. — Y no reumático. Corre de prisa y lejos, pero pudiera, por azar, volver a casa y enojarse conmigo al no encontrarme.

EMILIA. — ¡Ja, ja! Yo, cuando voy de fiesta, tengo buen cuidado de dejar al mío dormido y satisfecho.

DON JUAN. — Con lo cual no se puede quejar si luego hacéis alguna limosna.

EMILIA. — Precisamente. Si después de pagarle lo que le debo, me sobra moneda, ya no es cuenta suya.

LAURA. — El mío no duerme, porque los muchos años le quitan el sueño, pero le acompañan a velar un buen frasco de vino y una de mis doncellas, que es mucho más hermosa que yo.

DON JUAN. — *Galante.* ¡Imposible!

LAURA. — ¡Ay, señor caballero! ¡A todo hay quien gane!

ISABELA. — Y, sobre todo, la hermosura está en los ojos que miran.

EMILIA. — Aunque digan por ahí necios y pintores que hay leyes y medidas para ser hermosa.

DON JUAN. — En mi tierra dicen: Para que una mujer sea perfecta, necesita tener tres cosas blancas: la piel, los dientes y las manos. Tres cosas rojas: los labios, las mejillas y las uñas. Tres cosas largas: el cuerpo, los cabellos y las manos. Tres cosas cortas: los dientes, las orejas y los pies. Tres cosas delgadas: los dedos, los cabellos y los labios. Tres cosas pequeñas: los senos, la nariz y la cabeza.

Las mujeres empiezan a mirarse unas a otras, y cada una a sí misma, en los espejitos que llevan colgados del cordón o la cadena de la cintura: luego se miden y se miran la cintura, el pecho, las manos, los pies y hacen gestos de alegría o despecho, repitiendo las palabras de Don Juan.

LAURA. — Tres cosas blancas...

ISABELA. — Tres cosas cortas...

EMILIA. — Tres cosas rojas...

FIAMETTA. — Tres cosas pequeñas...

DON JUAN. — *Divertido con el juego de las mujeres.* Después de lo cual viene el amor, y ama la frente estrecha, los ojos garzos y el cabello de oro. *Todas las mujeres se ríen.*

EMILIA. — Y lo dulce en la vida no es ser hermosa, sino ser amada.

Vuelve a sonar dulcemente la música entre las frondas, como al principio del acto, y los caballeros, a quienes las damas tienen completamente olvidados por Don Juan, se acercan a ellas con un poco de malhumor.

LOTARIO. — *A Isabela.* ¿Bailamos?

FILIPPO. — *Inclinándose ante Laura.* Laura...

Alejandro, sin hablar, coge la mano de Emilia.

DON JUAN. — *Con amable impertinencia.* Perdonad, amigos, el que, sin pretenderlo, haya apartado un instante a estas damas de vuestra gentil conversación.

LEONELO. — ¡Oh, no es de extrañar! A las mujeres les atrae siempre lo nuevo.

DON JUAN. — Por lo cual el mejor medio de agradarlas, es no hacerse nunca viejo a su lado.

LOTARIO. — Y, sin embargo, todas exigen constancia al amante.

DON JUAN. — Para darse el placer de ser las inconstantes ellas.

QUIMERA. — *Sonriendo.* Mal pensáis de nosotras.

DON JUAN. — No os importe. Pienso muy mal, pero quiero muy bien.

Bailan en parejas Lotario, Filippo, Alejandro, Emilia, Isabela y Laura.

LEONELO. — *Dirigiéndose a Quimera.* Quimera...

QUIMERA. — Ya sabes que no bailo nunca.

LEONELO. — *Apartándose con rabia.* ¡Vamos, Fiametta!

Coge violentamente del brazo a Fiametta, y entra con ella en la danza.

DON JUAN. — *Que se ha quedado junto a Quimera.* Rabia lleva el buen hombre... ¿Es vuestro enamorado?

QUIMERA. — Eso dice.

DON JUAN. — ¿Vos no lo creéis?

QUIMERA. — No quiero creerlo.

DON JUAN. — ¿De veras no bailáis?

QUIMERA. — De veras... nunca.

DON JUAN. — Y si yo os suplicara...

QUIMERA. — *Sonriendo.* Mucho os tengo que agradecer, pero... *Mira con recelo a Leonelo.*

DON JUAN. — *Mirando también a Leonelo con desdén.* ¿Teméis que haya riña? No... vuestro galán lleva la espada demasiado pulida, y no querrá mancharla por tan poco.

QUIMERA. — Pudiera tener un puñal.

DON JUAN. — ¿Eso creéis? *Con fanfarronería.* ¡Vive Dios que ya me interesa el lance!

Ofrece con resuelta gallardía la mano a Quimera.

QUIMERA. — *Un poco temerosa, pero satisfecha en el fondo.* Puesto que lo exigís.

Entran los dos en la danza y bailan un momento, cruzándose parejas. Cuando se cruzan, Leonelo mira con despecho y odio. Don Juan, con insufrible desdén. Los demás, sobre todo las mujeres, con temor y excitación mal disimulados entre las cortesías, reverencias y sonrisas de la danza. Cuando llevan un momento bailando, se oye, viniendo de una torre cercana, el triste toque de maitines. Don Juan deja de bailar y se descubre.

DON JUAN. — *Deteniéndose.* Tocan a maitines...

LEONELO. — *Insultante.* ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Señor español... vos sois el temerario y el impío, y os descubrís como un frailuco y dejáis de bailar porque suena el esquilón de unas pobres monjas!

DON JUAN. — *Furioso por haberse dejado coger en la que le parece flaqueza.* ¡No temo a Dios ni al diablo; pero me descubro en reverencia de las almas tristes, que hacen peniten-

cia, mientras nosotros, pecadores, pecamos! *Mirando en derredor con desafío.* Y si a alguno le parece mal...

LEONELO. — *Interrumpiéndole, sin dejar de reirse.* ¡Ja, ja, ja! ¡Decid de una vez que le tenéis miedo al infierno, como todos los de vuestra tierra!

DON JUAN. — Pero no temo a un hombre cara a cara como los de la vuestra. ¡Defendeos!

LEONELO. — No por cierto... ¡Ja, ja, ja, ja! ¿Cómo queréis que borre yo con sangre la alegría de esta bella fiesta? Guardad la espada. ¿No le basta una víctima para una noche? ¡Ja, ja, ja, ja!

DON JUAN. — ¡Defendeos he dicho!

LEONELO. — No hay para qué. Os dejo el campo libre. ¡El amor y la muerte tienen su hora fatal! Esta es la vuestra... ya llegará la mía. *A los demás.* Vámonos, amigos. La campana madrugadora que llama a las monjas a despertar nos invita a nosotros a dormir... Nuestra dulce amiga querrá decir a solas a su vengador unas cuantas palabras de gratitud. Don Juan, perdonad mis burlas, acaso impertinentes. Un poco de despecho y un mucho de buen humor. Quimera, se feliz. Tu hermosura lo merece y tu ilusión lo sueña. Siento envidia, pero no rencor, y soy tu amigo. *Le besa la mano.*

QUIMERA. — *Un poco emocionada.* Gracias, Leonelo... Yo...

LEONELO. — *Apartándose bruscamente y llamando.* ¡Guillermo, Rinaldo... luces! ¡Abrid las puertas!

Se ven luces de antorchas moviéndose entre el ramaje. Entran el PAJE y PÁNFILO. Las mujeres se despiden de Quimera

con abrazos, con graciosas reverencias de don Juan. Los hombres besan la mano a Quimera y saludan a don Juan. Salen todos. Cesa la música.

DON JUAN. — *Galantemente a Quimera.* Señora, os pido licencia para retirarme.

QUIMERA. — *Sentándose en el banco.* Quedaos un instante.

PÁNFILO. — ¡Nos quedamos! Jardín, tinieblas, ruiseñores... *¡Dicæ ircæ!*

Se santigua y se esconde entre el ramaje. El Paje se ha retirado.

DON JUAN. — Es tarde.

QUIMERA. *Picada por la aparentemente respetuosa indiferencia de Don Juan.* ¿Tan poco os interesa mi agradecimiento?

DON JUAN. — Señora, tengo demasiado orgullo para aceptar favores... por gratitud.

QUIMERA. — *Alargándole las dos manos* Tenéis razón. *Con altivez apasionada.* ¡Venid! ¡No os agradezco nada!... ¡no sé ni quiero agradecer!... pero estoy segura de que sabré amar de igual a igual a otro corazón tan duro y tan altivo como el mío. Venid... ¡Os llamo con amor y voluntad, porque es mi gusto y porque es mi destino! *Bajando la voz, con emoción.* ¡Temblando os esperaba, sin saber que erais vos el que veníais!

DON JUAN. — *Sin acercarse a ella.* ¡Yo he venido a buscaros sabiendo que erais vos, seguro de encontraros, ansioso de venceros!...

QUIMERA. — *Volviendo a tender las manos hacia él.* Y, ¿a qué aguardáis, ahora que habéis vencido?

DON JUAN. — *Volviéndose rápidamente hacia uno de los lados*

de la glorieta. No aguardo... olfateo... *Llamando.* ¡Pánfilo!

PÁNFILO. — *Saliendo de entre unas matas, al lado opuesto.* Señor...

DON JUAN. — *Con desprecio.* Hurga con tu asador entre esas matas, que pienso que hay ratones, y no quiero manchar mi espada con sangre vil.

QUIMERA. — *Levantándose.* ¿Estáis loco?

PÁNFILO.— *Pinchando cómicamente con su espada las matas de arrayán que forman uno de los lados de la glorieta.* ¡Sus! ¡Sus!... ¡Sal ya, maldito!

DON JUAN. — ¡Pincha, Pánfilo, pincha! *Sale de entre el ramaje, huyendo y descompuesto, LEONELO.* ¡Ja, ja, ja! ¡Erais vos! Me lo daba el corazón...

QUIMERA. — *Sorprendida y angustiada.* ¡Leonelo!... ¿Es posible? ¿Qué hacías ahí?

DON JUAN. — Aguardar la ocasión de clavarme por la espalda el puñal, que vos, señora, habíais presentido... *Con burla.* Amigo, os ha fallado la prudencia... Conmigo no se lucha sino cara a cara... ¡Ja, ja, ja!

LEONELO. — *Furioso y humillado.* ¡Ah! ¡Os odio... os odio!... ¡Me habéis quitado una esperanza que era más que la vida! Ahora soy yo el que dice: ¡Defendeos!

Se precipita hacia don Juan con la espada desnuda, queriendo atravesarle.

DON JUAN. — *Haciendo saltar con un solo movimiento hábil, y al parecer indiferente de su espada, la de Leonelo.* Y ahora soy yo el que responde: ¿A qué pelear por lo que ya es mío? ¡Tenéis razón, señor filósofo, la vida es hermosa y estamos en Italia! *Con desdén insultante.* Pánfilo, sácale a la plaza,

donde están los nuestros, y apaleádmele a conciencia. ¡No merece morir a mis manos! *Volviéndose a Quimera galantemente, mientras Pánfilo, amenazando cómicamente con la punta de su espada al desairado y humillado Leonelo, le hace salir.* Señora... soy todo vuestro.

PÁNFILO. — *Al salir.* ¡Apalear a un prójimo! Conciencia, ¿consientes? ¡Vaya en descuento de mis pecados! *Empujando a Leonelo con la punta de la espada.* ¡Andate, amigo!... *¡Procedamus in pace!*

QUIMERA. — *Acercándose a Don Juan y cogiéndole las manos fervorosamente.* ¡Don Juan... qué pensaréis de mí!...

DON JUAN. — *Besándole las manos.* Señora... os adoro.

QUIMERA. — ¡En mi casa... esta traición!...

DON JUAN. — *Obligándola suavemente a sentarse en el banco, y sentándose junto a ella.* Lances de fortuna. Olvidadlo... pensad en mí... y en vos...

Suena una música sensual y apasionada.

QUIMERA. — *Con fervor.* ¡Sois generoso!

DON JUAN. — *Galante.* ¡Soy feliz!

QUIMERA. — *Con un poco de terror, acercándose a él.* Habéis podido matarle...

DON JUAN. — Hubiera sido menester emplear un instante, y tenía prisa de estar solo con vos.

QUIMERA. — *Con amor.* ¡Ah!... os he de amar por todo lo que no he amado.

DON JUAN. — *Abrazándola.* Yo te he de amar por todos los que no han logrado hacerse amar de ti... Tienes las manos frías... pero tus ojos brillan en la sombra como centellas... sí... el cielo y el infierno se han juntado en

el abismo de tus ojos... y tus labios abrasan... ¡No, no cierres los ojos! ¿No te atreves a mirar al amor cara a cara? ¿Por qué tiemblas, mujer? ¿No decías que tienes el corazón de acero? Mírame... Sí... soy yo... el que esperabas... para quien te guardaste... todo tu amor... ¡Todo el amor!... Bésame... yo también estoy temblando... pero es de la dulcísima pasión de saber que eres mía... ¡Cógete a mí como carbón ardiendo!... ¡Muérdeme el corazón!... ¡Llega como un puñal a las entrañas mismas de mi vida!... ¡Abrásame en el fuego de tu boca! *La música sensual se troca en dramática y misteriosa, como anunciando un extraño acontecimiento. Las estrellas palidecen. Don Juan va a besar a Quimera, pero queda como helado de espanto al ver a una mujer que se yergue ante él, alta, cubierta con un velo. Ha entrado mientras él, abrazando a Quimera, pronunciara las últimas palabras, y lentamente, atraviesa la escena, sin quitarse el velo, pero mirándole bajo él mientras pasa.* ¿Quién es esa mujer?

QUIMERA. — *Asombrada y asustada al oirle.* ¡Don Juan...!

DON JUAN. — *Levantándose bruscamente y dirigiéndose a la dama velada.* ¿Quién eres? ¿Dónde vas? ¿Por qué me miras con esos ojos tristes?

QUIMERA. — *Que no ve nada, siguiendo a Don Juan.* ¿Qué tienes, amor mío? Vuelve en ti... ¿Con quién hablas?

DON JUAN. — *Con desvarío.* ¿No la ves?... ¡Está allí!... ¡No se levanta el velo... pero debajo de él me mira...!

QUIMERA. — *Cogiéndole y sujetándole entre sus brazos.* ¡No, vida de mi alma! ¡Mírame a mí!... No hay nadie... ¿Ya no me amas?... ¿Por quién me olvidas, antes de ser mío?

La dama velada pasa y desaparece.

DON JUAN. — *Queriendo seguirla.* No está...

QUIMERA. — *Arrastrándole suavemente hacia el banco.* Estoy yo, mi alma.

DON JUAN. — *Mirándola como si no la conociese.* Tú... tú... sí, eres tú. *Intenta reponerse, pero lo consigue a medias. Abrazándola.* Todo el amor... He temblado, he temblado...

Quimera le besa en la boca larga y dulcemente.

QUIMERA. — Se te han quedado los labios fríos...

DON JUAN. — Abrásame en el fuego de tu boca...

Salen abrazados.

La dama velada aparece lentamente por donde se fué. Se sienta en un banco, y se queda inmóvil mirando hacia el sitio por donde han salido don Juan y Quimera. Resplandece en el jardín el fulgor de los fuegos fatuos. La música se inquieta un instante. Cae despacio el telón.

ACTO SEGUNDO

POR DONDE QUIERA QUE FUÍ...

P E R S O N A J E S

DON JUAN.
PÁNFILO.
MINA.
ÚRSULA.
HUBERTO.
CARLO.
UN NEGRITO.

ACTO SEGUNDO

En Flandes: Comedor flamenco suntuosamente decorado, amueblado y alhajado. Los Van Stein, familia de ricos armadores y mercaderes poderosos, han traído en sus barcos a la casa paterna, durante más de tres generaciones, todas las riquezas de Oriente y de Occidente: tapices de Persia, sedas de China, esencias y perfumes de Arabia, cueros de España, oro de todos los rincones del mundo, trigo de todas sus estepas, corales y perlas de todos sus mares. Y así este comedor, pequeño en espacio, es como arca preciosa embutida en riquezas, saturada de fragancias prodigiosas. Sobre la mesa, servida para una comida que toca a su fin, hay vajilla de oro, servicio de plata, porcelanas y lozas de maravilla, damascos y lienzos de Holanda, vinos de países de sol, frutas y flores. En una jaula, ricamente labrada, hay un pájaro que parece de seda amarilla, un canario inmóvil, porque está dormido. Al levantarse el telón se oye la sonería de un reloj de caja.

Están sentados a la mesa el viejo HUBERTO, último varón de la poderosa familia de los Van Stein, y su nieta MINA; la anciana ÚRSULA y su nieto CARLOS. Al levantarse el telón chocan las copas que un criadito negro ha llenado de vino y beben.

HUBERTO. — A la felicidad y larga vida de los que han de pasarla juntos, unidos para el bien y para el mal, para el gozo y para la pena, hasta que la muerte desate el nudo.

TODOS. — *Bebiendo.* Así sea, así sea.

ÚRSULA. — *Sonriendo.* ¡Al fin, Huberto, ha llegado la hora de que puedan unirse tu sangre y la mía!

HUBERTO. — *Con un poco de confusión.* ¡Úrsula!...

ÚRSULA. — *Sonriendo.* Ahora puede decirse la verdad, Huberto, ya que el hielo de estos cabellos blancos ha quitado malicia a todos nuestros sueños de juventud... He llorado por ti no pocas lágrimas... en tiempos me parecieron muy amargas... ahora son, tal vez, el recuerdo más dulce de mi vida... Cuando era niña, Huberto, al jugar a ser madre con mis muñecas, soñaba en que mis hijos lo fueran tuyos... Y tú también...

HUBERTO. — *Interrumpiéndola.* La suerte lo dispuso de otro modo...

ÚRSULA. — *Sonriendo.* Ya lo sé, ya lo sé... Y he sido feliz sometiéndome a ella. El padre de mi hijo fué digno y noble, y me quiso con toda su alma. Hemos sido leales compañeros, hasta que la muerte, como dices tú, desató el nudo... Pero, en éste, mi nieto, única simiente que queda en la tierra de él y de mi hijo, y en tu nieta, única flor que se abre sobre tu tronco viejo, ha retoñado la afición antigua. Y bien sabe Dios que me alegro, y no me avergüenzo al decirlo; porque las mujeres no nos avergonzamos nunca de nuestros amores. Tuyo y mío será el hijo que ellos tengan.

HUBERTO. — *Con cariñoso reproche.* ¡Úrsula, Úrsula, siempre tuviste la cabeza llena de pájaros!...

ÚRSULA. — Bien se me pueden perdonar, porque he tenido siempre los pies de plomo, y no me he apartado jamás del camino derecho. Mis pájaros, si es verdad que han cantado para alegrar mi soledad, no han hecho nunca llorar a nadie. *Volviéndose a Carlos y a Mina que la escuchan con un poco de asombro, y callan.* Pero, ¿qué hacéis vosotros

que no os abrazáis, criaturas felices? Todo es vuestro: el amor, la juventud, la riqueza, la vida larga por delante, todas las flores de la tierra a los dos lados del camino... ¡Que Dios os bendiga, que Dios os bendiga... que la Fortuna detenga su rueda en esta hora, que el Destino se olvide de vosotros!

Se levanta. Carlos y Mina se levantan también y acercándose a ella le besan la mano.

CARLOS. — ¡Abuela...!

MINA. — ¡Señora...!

ÚRSULA. — *Apartándolos con suavidad.* ¡Juventud... juventud!... ¡No malgastéis los besos en mis manos viejas! *Se apoya en el Negrito que está a su lado y se dirige hacia la chimenea.* ¿Jugamos nuestra partida de ajedrez, Huberto? *Huberto se acerca y dispone sobre la mesita que hay junto a la chimenea el juego de ajedrez. Ella se ha sentado en un sillón, él se sienta en el sillón frontero a ella. Empiezan a jugar.* Juego tranquilo, bueno para olvidar y para dormir. *Al Negrito, que pone dos copas llenas sobre la mesita.* Haces bien, africano... hay que calentar los huesos que ya sienten el frío de la tierra... *A Huberto.* No cierres los ojos para reflexionar, que creeré que estás dormido y te haré trampas.

Juegan lentamente. Carlos y Mina se han acercado a la ventana, y sentados, ella en el poyo y él en un escabel, a sus pies, hablan.

CARLOS. — Mina... mañana serás mi mujer... *Ella le alarga las dos manos y él las besa despacio.* para siempre...

MINA. — *Suave y tiernamente.* ¡Para siempre! *Después de una pequeña pausa.* ¡Qué cosas ha dicho tu abuela!

CARLOS. — Mina... cuando jugabas con tus muñecas, ¿soñabas conmigo?

MINA. — No he tenido que soñar contigo para encontrarte. Siempre has estado junto a mí... Te he visto desde que abrí los ojos... desde siempre me han dicho que habías de ser mío... ¡No he querido ver más...!

CARLOS. — Mina... ¿me quieres?

MINA. — *Sencilla y tiernamente.* No comprendo la vida sin ti.

CARLOS. — *Con amor.* ¡Eres como nuestra tierra de Flandes, Mina, amor mío! Tu alma es la llanura fértil y pacífica, con todos los caminos rectos... tus ojos son serenos como nuestros canales... en tus cabellos está el oro pálido de nuestro sol sobre la niebla... ¿En qué piensas?

MINA. — Te escucho...

CARLOS. — ¡Ah, escanciadora silenciosa de mi felicidad; manzano florecido en mi huerto; abeja hacendosa de mi colmenar! *Mina se ríe suavemente.* ¿De qué te ríes?

MINA. — De eso que me dices... Me llamas manzano, y abeja, y escanciadora... Al pensar en mi amor, piensas en la miel, en la fruta, en el buen vino...

CARLOS. — *Interrumpiéndola con sincero entusiasmo.* ¡En toda la dulzura y en toda la abundancia de la tierra, que quiero recibir de tus manos, y compartir contigo! ¿Por qué no? La vida es mi tesoro y tú su mejor joya. Quiero poseer en paz mi riqueza, si puedo... ¡Pero sabré defenderla, si es preciso!

MINA. — *Asombrada.* Defenderla, ¿contra quién?

CARLOS. — ¡Contra todo, y contra todos! ¿Quién

sabe?... *Con gracioso arranque juvenil.* ¡No somos cobardes en Flandes, aunque amemos la paz sobre todas las cosas! ¡Soy mercader, pero tengo espada!

MINA. — *Riendo e inclinándose hacia él.* ¡Ese arranque bien vale un beso!

Le coge la cabeza con las dos manos y le besa en la frente.

CARLOS. — Y ese beso bien vale... ¡Adivina lo que te quiero dar por él!

MINA. — *Contenta.* ¡Yo qué sé!

CARLOS. — *Sacando de su escarcela una cajita de maderas preciosas.* Toma.

MINA. — *Abriendo la cajita y sacando de ella una larguísima sarta de perlas.* ¡Perlas!... ¡Cuántas!... ¡Qué maravilla!...

CARLOS. — Mi abuela me las ha dado para ti. Dice que son la cuenta de todas las locuras que no ha cometido.

MINA. — Las locuras que no ha cometido... No comprendo...

CARLOS. — Verás... Dice que siempre que tenía un sueño... peligroso... un deseo imposible... una tentación que había que vencer, le decía a mi abuelo: ¡Quiero una perla!... Y las iba ensartando, en memoria de sus pecados de pensamiento.

MINA. — *Contemplando la sarta que tiene entre las manos y sonriendo.* Muchas hay...

CARLOS. — Mi abuela no ha sido como tú, sereno y quieto amanecer de un día feliz... Ha tenido en la sangre fuego de las tierras de sol y de tormenta... En uno de sus largos viajes, mi bisabuelo dicen que conoció a una mujer extraña... que fué su madre... *Mirando a la anciana, con*

respeto un poco temeroso. Dicen también que sus cabellos, ahora de plata, han sido negros como alas de cuervo...

MINA. — *Pensativa.* Las tierras de sol y de tormentas...

Vuelve a oirse la sonería del reloj.

ÚRSULA. — Las diez ya... *Levantando la voz con malicia.* ¡Jaque al rey!

HUBERTO. — *Que se había quedado casi dormido en la meditación de una jugada, despierta sobresaltado.* ¿Eh... qué? Al rey... ¡Imposible!

ÚRSULA. — *Con buen humor.* ¡Ja, ja, ja! ¡Te habías dormido!

Toca la campanilla de oro que está sobre la mesa al alcance de su mano, y se pone en pie.

HUBERTO. — *Confuso e indignado.* ¿Qué dices?... ¿Yo...? ¡Me ofendes, Ursula!

Aparece el NEGRITO en la puerta.

ÚRSULA. — Mi capuchón y luces...

El Negrito desaparece y vuelve a entrar poco después con el capuchón de la señora.

MINA. — *Que, lo mismo que Carlos, se ha levantado al levantarse Úrsula y se acerca a ella.* ¿Os vais, señora?

ÚRSULA. — *Mirando a Huberto con malicia un poco melancólica.* Hijita, se me duermen los galanes... Llegó la hora de retirarme...

MINA. — Carlos me ha dado vuestro recuerdo... Gracias, señora.

ÚRSULA. — ¿Mi recuerdo? *Viendo la sarta de perlas que Mina tiene entre las manos.* ¡Ah... sí... mis perlas! *Las coge y las acaricia, riendo suavemente.* ¡Ja, ja, ja! *Con ironía un poco melancó-*

lica. ¡Cuántas maneras de llorar tiene una mujer! *Devuelve las perlas a Mina con un movimiento casi de impaciencia.* Toma, toma...

MINA. — *Va a coger las perlas, pero al pasar de una mano a otra, la sarta se rompe y unas cuantas perlas caen al suelo.* ¡Ay, se ha roto la sarta!

ÚRSULA. — *Con la voz un poco áspera.* La seda estaba vieja.

MINA. — Acerca una luz, Carlos... Recógelas... *Carlos se arrodilla y recoge las perlas que se han caído y se las da a Mina que las va echando juntas con las que se le han quedado entre las manos, en una copa de oro que coge de la mesa.* ¿Cuántas había?

ÚRSULA. — *Sencillamente.* Nunca las he contado. *Se dirige hacia la puerta apoyada en el brazo de Huberto y en la cabeza del Negrito.* Vamos, Carlos.

CARLOS. — *Que se ha levantado y está junto a Mina.* ¡Adiós, amor mío! Duerme en paz, y sueña sueños felices. Quiero que mañana estés más bonita que nunca.

MINA. — *Sonriendo.* Sueña tú conmigo... si sabes.

ÚRSULA. — *Desde la puerta.* Sabe, sabe... si no, sería indigno de ser mi nieto.

Carlos aparta al Negrito y coge el otro brazo de su abuela que sale así entre los dos hombres; Mina les sigue; el Negrito, con toda calma, recoge el juego de ajedrez, arregla un poco el fuego en la chimenea, pone en orden los sillones, se asegura de que en uno de los jarros hay vino y sale; vuelven a entrar Huberto y Mina. Huberto se sienta en un sillón junto a la lumbre, se sirve una copa de vino y bebe lentamente.

MINA. — *Se queda en pie junto a la mesa, coge la copa en que están las perlas y dice como si hablase consigo misma.* Nunca las ha contado... ¡Y cada una vale un caudal!

HUBERTO. — *Con un poco de malhumor.* Siempre ha sido una cabeza loca.

MINA. — Pero te ha querido.

HUBERTO. — Eso dice...

MINA. — *Sonriendo con malicia infantil.* Y tú... ¿no la quisiste a ella?

HUBERTO. — No me acuerdo.

MINA. — *Sentándose en el brazo del sillón de su abuelo.* ¡Ja, ja, ja! Te da rabia que ella sea más valiente que tú, para recordar vuestras aventurillas...

HUBERTO. — Chocheces...

Sonríe levemente al recuerdo de los amores viejos.

MINA. — Y si os queríais... ¿por qué no os casasteis?

HUBERTO. — *Otra vez con malhumor.* ¡Válgame Dios! Cómo os intrigan a las mujeres todas las simplezas de amor.

MINA. — *Insistiendo con chiquillería.* ¿Por qué no os casasteis?

HUBERTO. — *Bruscamente.* ¡Porque yo me casé con tu abuela!

MINA. — Y ¿por qué te casaste con mi abuela?

HUBERTO. — *Resignándose a contar la historia.* Porque era la hija única de los Plotinos... y nuestras familias han estado unidas durante siglos en la vida y en el negocio... ellos armadores... nosotros navegantes... Yo no era el primogénito... Tu abuela, desde que nació, estaba destinada a casarse con mi hermano mayor... pero él pereció en un naufragio...

MINA. — Y tú heredaste la fortuna y la novia...

HUBERTO. — *Gravemente.* Nunca me ha pesado. Tu abuela era una santa... y además muy hermosa...

MINA. — *Con malicia infantil.* ¿Tenía el pelo negro?

HUBERTO. — *Levantándose con malhumor.* ¡Déjame en paz!

MINA. — *Sonriendo.* Anda, anda a dormir. *Le abraza con cariño.* ¿Te has enfadado con tu nieta, eh?

HUBERTO. — *Besándola.* Eres una chiquilla demasiado curiosa.

MINA. — *Dándose tono.* ¡Soy una mujer! Mañana me caso... Ya ves si hago bien enterándome de lo que es la vida.

HUBERTO. — *Poniéndole las dos manos sobre los hombros.* La vida, chiquilla... o mujer, es río caudaloso y turbulento, que baja de los montes al mar haciendo mucho ruido y mucha espuma, arrastrando piedras, malezas, árboles caídos... y la sabiduría está en tomar de su turbia corriente un canalillo y traerle, claro, dócil y manso, a regar nuestro huerto.

MINA. — *Quedamente.* Pequeño.

HUBERTO. — Pero limpio, pacífico y feliz... Créeme, el verdadero, el único sentido de la vida, es la paz...

MINA. — *Mirando a lo lejos como absorta.* Tú has viajado mucho... has visto mucho mundo...

HUBERTO. — *Como un eco.* Mucho mundo...

MINA. — En otras tierras, la vida debe ser más ardiente, más poética...

HUBERTO. — ¡No!... un poco más ruidosa... y más embustera en las tierras del Sur... pero no más caliente.

El fuego de la vida está en el corazón. Cuando tú vas corriendo, con tus patines sobre el hielo de los canales, y el aire frío te sacude la sangre, la vida hierve en ti con tanto brío como en las venas del árabe abrasado por la calentura de su sol del Desierto... Y la poesía... la poesía está sencillamente en lo desconocido... Tanto tedio da el sol como la niebla... Nosotros soñamos con palmeras, vestidas de luz... ellos sueñan con pinos arropados en bruma... Nosotros comemos los granos de sus granadas, con reverencia, como si fueran joyas... Ellos compran y pagan como si fueran de oro nuestros tulipanes... *Volviéndose a la jaula donde duerme el pájaro exótico.* Este pájaro extraño, que a ti te hace pensar en jardines de hadas, en el país de donde yo le traje, nadie se pararía a mirarle. ¡Hay tantos como él!

Se oye en la calle lejano ruido de contienda, choque de espadas, gritos ahogados, todo indistintamente.

MINA. — *Asustada, se acerca a la ventana.* ¿Qué es eso?

HUBERTO. — *Que la ha seguido, y mira.* Nada, será una riña... soldados españoles que al salir un poco alegres de alguna hostería, habrán tropezado con unos cuantos pacíficos burgueses, que saldrían de otra... tampoco demasiado tristes...

MINA. — *Con inquietud.* ¿Habrán llegado a casa Carlos y su abuela?

HUBERTO. — *Tranquilizándola.* Sí, sí... no te asustes... *Vuelve a mirar por la ventana.* Ya pasa la ronda, y los calmará a todos. *Se oyen fuera los pasos de la ronda y hasta se ven confusamente por la ventana las luces de sus antorchas y faroles.*

Vuelve a quedar todo completamente en paz y en silencio. ¡Ea!, retirémonos. *Abraza a Mina.* Buenas noches... a dormir y a soñar en mañana, el día grande de tu vida. *Sonriendo y acariciándola.* Tú no has tenido que ir muy lejos para buscar el sol de tu felicidad.

Coge uno de los candelabros encendidos que están sobre la mesa y sale. Mina coge el otro y le sigue, dejando caer a cortina de la puerta. La escena queda sola un segundo, débilmente iluminada por el moribundo fuego del hogar y por la luz turbia de una noche de luna, pero con muchas nubes, que a intervalos la ocultan por completo. Se abre quedo una de las ventanas y se oye fuera la voz de PÁNFILO, que habla quedo y precipitadamente por fuera de la ventana.

PÁNFILO. — ¡Por aquí... Esta ventana cede... salta señor, salta!

DON JUAN. — *Sin sombrero, con la ropa en desorden y la capa arrollada al brazo, salta por la ventana y quedándose a horcajadas en el alféizar, mira con precaución hacia el interior de la habitación. Habla también en voz queda, pero enérgica.* ¡Silencio...! Sí... parece que no hay nadie... En cuanto haya paso libre, silbas. ¡Cristo me ayude! *Salta ligeramente a la habitación.* ¡Blando tapiz! Bueno para ahogar pasos de ladrón o de enamorado... ¿Estaremos seguros? *Anda despacio, palpando las cortinas y los muebles.* Ricas sedas... maderas finas... allí se vislumbra una chimenea... *Se inclina hacia el hogar.* Aún no se ha consumido la lumbre... ¿Dónde habré caído?... Encendería luz, pero... *La luna, saliendo de entre las nubes, hace penetrar su luz por la ventana e ilumina fuertemente la habitación.* ¡Oh, luna, propicia compañera de tantas

aventuras! *Sonríe a la luna con picaresca complicidad.* Te habías escondido, para guardarme las espaldas, y ahora te descubres para iluminarme... Gracias, casta Diana. *Mira en derredor.* ¿Eh?... una mesa. ¡Si hubiera en ella algo de comer!... Porque... *Sonríe complacido.* el amor satisfecho, *Bosteza.* abre el apetito. *Se ríe cínicamente.* ¡Ja, ja, ja, ja! *Se acerca a la mesa.* Pan... fruta... conservas... algo es algo. Un jarro de vino... *Escancia una copa y bebe. Saboreando.* ¡De España! ¡Salve, paisano! *Se sienta, come un pedazo de pan, y bebe otra vez brindando.* ¡Y a vuestra salud, señor Síndico! ¡Ja, ja, ja, ja! Cómo gritaba el hombre: ¡Al ladrón, al ladrón! mientras su dulce esposa abría la ventana para hacerme escapar... *Bebe otra vez,* ¡A tu salud, hermosa! *Recordando cínicamente, mientras come.* ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Al ladrón!... Señor Síndico, no os falta nada en casa, pero habéis llegado un poco tarde para impedir el robo... ¡Santo Cielo! *Saboreando el recuerdo.* ¡Qué mujeres disfrutan estos flemáticos flamencos!... ¡Nieve... nácar... rosas...! ¡Ah, señor Síndico, no merecíais poseer en paz el tesoro de amor que abandonabais por ir a consumir cerveza rubia...! *Recordando con embeleso.* ¡Rubios y perfumados los cabellos!... ¡Blancos, tibios, suaves los brazos de diosa! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Al ladrón, al ladrón! El buen hombre buscaba por todos los rincones... en el bufete, en el arcón, debajo de la cama... Por fortuna, no le acudió al ingenio buscar precisamente encima de la cama... *Como si sacudiera la ropa que le ahogara.* ¡Aún me ahogan las plumas! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Al ladrón! Ahora corre la ronda, persiguiéndole... con sus antorchas y sus alabardas... ¡Aquí no han

de buscarle! *Va a beber otra vez, y coge por error la copa en que están las perlas.* ¿Qué es esto?... ¿En esta casa beben perlas? *Las mira.* Buena ocasión para llenar la bolsa, que ya anda un poco escueta... *Levantándose y dejando con desdén las perlas sobre la mesa.* ¡Bah, aunque de tierra pobre, no son estos los tesoros que vengo a procurar en Flandes!

Se abre la puerta y aparece en ella MINA, sosteniendo el candelabro encendido. Deslumbrada por el resplandor de las luces que lleva casi a la altura de los ojos, al entrar, no ve a don Juan.

MINA. — *Hablando para sí.* Se me habían olvidado las perlas. *Da unos pasos hacia la mesa, y ve a Don Juan; sorprendida y asustada lanza un grito ahogado.* ¡Aaaah!

DON JUAN.— *Oyendo el ruido de la puerta y volviéndose rápidamente.* ¡Eh!... ¿Quién?... *Viendo a Mina.* Una mujer... ¡Menos mal! *Domina la situación inmediatamente y decidiendo lo que debe hacer, se arroja suplicante a los pies de Mina.* ¡Señora, no gritéis, que me perdéis!

MINA. — *Temblando y dejando la luz sobre la mesa en la cual se apoya.* ¿Quién sois? ¿Qué hacéis aquí?

DON JUAN. — *Con voz emocionada.* ¡Morir por vos, si es menester, señora!

MINA. — *Turbada.* Morir... ¿Por mí?

DON JUAN. — ¿Por quién si no, divina criatura?... ¿Por quién si no por vos, he podido llegar hasta aquí, arrostrando la muerte?

MINA. — *Casi sin voz.* Levantaos.

DON JUAN. — No, sin que me alarguéis vuestra mano, en señal de perdón.

MINA. — Aún no sé qué tengo que perdonaros.

Le alarga la mano, y él, después de besarla con la afectación del más profundo y fervoroso respeto, se levanta.

DON JUAN. — ¡Oh, divina inocencia! ¡Estáis temblando del terror que acaba de causaros mi vista, y no sabéis qué crimen perdonarme! Éste, señora, éste de no haber vencido, aunque fuese muriendo, el deseo de veros cara a cara una vez; de estar cerca de vos un solo instante; de mirarme en los ojos serenos, carceleros de mi voluntad...

MINA. — ¿Qué decís? ¿Sabéis con quién estáis hablando?

DON JUAN. — ¿Pensáis que estas palabras pueden dirigirse a nadie, sino a vos? Ciego es amor, mas no hasta el punto de no reconocer a quien le engendra...

MINA — *Dulcemente asustada.* Amor... habéis dicho amor.

DON JUAN. — ¿Cómo queréis que nombre el fuego que me abrasa? ¡Por más que... tal vez tenéis razón, señora! No es amor, que el amor para serlo, necesita lograr correspondencia... Es locura... es tormento... *Con la mejor fingida desesperación.* ¿Por qué sois tan hermosa, si no queréis amar a quien os ama?

MINA. — *Angustiada.* Callad... No debo oir esas palabras... no debo consentir que las digáis...

DON JUAN. — ¿Por qué?

MINA. — ¿Por qué? ¡Tengo dueño! Acaso no sabéis que mañana...

DON JUAN. — *Interrumpiéndola con dolida arrogancia.* ¡Mañana no es hoy, señora mía! ¡Mañana es mi infierno, hoy

es mi paraíso! *Con amargura y apasionamiento.* ¿Tenéis dueño?... ¡Mañana!... ¡Hoy tenéis un esclavo que se arrastra ante vos!... ¡Tenéis dueño... mañana, y hoy os deja!... ¡Hoy no tiene hambre y sed y ansia de vos!... ¡Hoy puede irse a dormir tranquilamente y dejar al que vela paso libre hasta vuestra ventana!... ¡Mañana... y ahora duerme!... ¡Mañana... mañana vendrá a cobrar su amor, a plazo fijo, como letra de cambio, y esta noche no morirá de fiebre!... ¡Mañana!... ¡Y vos también contáis las horas con la misma quietud con que iríais pasando las cuentas de un rosario! *Se ríe sardónicamente.* ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Y creéis que es amor eso que está esperando hasta mañana! ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

MINA. — *Que casi llora de despecho, de agitación, de confusión extraña.* Caballero... me ofendéis...

DON JUAN. — *Cambiando de tono y acercándose a ella con humildad apasionada.* ¡Os adoro!... Perdonad mi amargura, perdonad las palabras insolentes del que pena por vos... No os alejéis... *Suplicante.* ¡Una limosna, sólo una limosna!... ¿Qué os importa a vos, rica de todas las bienandanzas, mirar con un poco de misericordia... una hora... un instante... al que pasa y nunca ha de volver, al que tuvo la desdicha de veros, y deja en vuestras manos el corazón agonizante? *Con pasión dolida.* Soy peregrino, soy vagabundo, tengo hambre y sed de amor... estoy rendido... Un poco de piedad.

MINA. — *Conmovida y turbada* No os conozco... Nunca os he visto...

DON JUAN. — *Con amargura.* ¡Ay de mí! ¡El sol no ve a

la gota de agua que, sorbida por él, se deshace en su fuego! ¡Ella muere... él sigue su camino... indiferente! No me habéis visto nunca... Yo os he visto... harto... por mi desdicha...

MINA. — *Ingenuamente.* ¿Dónde?

DON JUAN. — *Con afectación de amargura.* ¿No lo sabéis?... Ayer...

MINA. — *Cayendo en el lazo.* ¿Ayer? ¿En la iglesia?

DON JUAN. — En la iglesia. *Con arranque de desesperación.* ¿Por quién rezabais con los ojos bajos, mientras a mí me estabais condenando? *Como en un delirio de celos.* ¡Por él...! ¡Ah!... *Empuja con desprecio la copa en que están las perlas.* Él os ha dado perlas... a cambio de un tesoro que no sabe estimar... *Con fuego e intensidad.* ¡Yo os daría mi sangre gota a gota!... ¡Sí, vida de mi alma! *Se acerca a ella violentamente como si fuera a estrecharla entre sus brazos, pero retrocede y se desploma con desesperación en el diván.* ¡Insensato! ¿Dónde vas? ¿Qué pretendes?... ¡Ahógate, abrásate, deseo loco, muere a sus pies, para que ella se goce en tu agonía!

Se le rompe la voz y escondiendo la cara entre las manos, solloza sorda y desesperadamente.

MINA. — *Le mira un instante con angustia, se acerca a él muy despacio, y le pone suave y piadosamente la mano sobre un hombro.* ¿Sufrís?

DON JUAN. — *Casi rechazándola con amargura violenta.* ¡No!

MINA. — ¡Perdonadme!

DON JUAN. — *Amargamente, con voz moribunda.* ¿Acaso no es vuestro derecho... condenarme a muerte?

MINA. — *Angustiada.* No digáis eso.

DON JUAN. — *Se ríe con sarcasmo.* ¡Ja, ja, ja, ja!

MINA. — No os riais así.

DON JUAN. — *Salvajemente.* ¿Por qué?

MINA. — *Humilde y dolorosamente.* ¡Porque me duele! ¿Cómo os llamáis?

DON JUAN. — *Con afectación de amargura.* ¡Qué importa!

MINA. — *Insistiendo con dulzura.* ¿Cómo os llamáis?

DON JUAN. — Don Juan.

MINA. — *Repitiendo suavemente.* Don Juan... ¿de España?

DON JUAN. — *Bajando la voz como si dijera algo fatal.* Sí...

MINA. — *Después de vacilar un poco, volviendo a ponerle la mano en el hombro con dulzura infinita y temblándole la voz.* Don Juan... perdonadme el mal que os he hecho... ha sido sin saberlo y sin quererlo...

DON JUAN. — *Que la primera vez que ella le puso la mano en el hombro, se ha guardado muy bien de tocarla, para inspirarle confianza, pero que ahora se apodera de ella apasionadamente.* Y lloráis... ¡Santo cielo!... ¡Lloráis por mí, señora!

MINA. — *Defendiéndose un poco.* No...

DON JUAN. — *Sin levantarse, tira suavemente de ella y la hace sentar a su lado.* Lloráis... *Como enloquecido por la emoción de verla llorar.* ¡Por mí... por mí!... ¡Dejadme que recoja de rodillas ese divino llanto!... *Se arrodilla ante ella, y casi la abraza.* ¡Alma mía, amor mío!... ¿lloras tú por mí?... Razón tienes... ¡Sí, bien puedes, ángel, llorar por mi destino! *Con afectación de fatalidad.* Soy pecador, soy malo, soy rebelde...

MINA. — *Defendiéndose contra sí misma.* ¡No, no!

DON JUAN. — *Con locura.* ... pero te adoro... y tu amor

me redime todos mis delitos... ¡Oh, manos blancas, hielo sobre mi fiebre, absolución de todos mis pecados!... ¡Ponlas sobre mi frente que se abrasa! Sobre mis labios...

Le besa las manos apasionadamente.

MINA. — *Que ya no sabe muy bien lo que le pasa.* ¿Qué hacéis?

Quiere apartarse un poco.

DON JUAN. — *Sujetándola con apasionada dulzura.* No me abandones... no me dejes...

MINA. — *Casi sin voz.* Don Juan...

DON JUAN. — *Con ternura.* Sufres... tú ahora.

MINA. — *Con voz moribunda.* No sé...dejadme.

DON JUAN. — *Con apasionamiento, estrechándola.* ¿No sabes?... Yo sí... sé... Esa angustia... dulcísima... mi alma... es amor...

MINA. — *Defendiéndose débilmente.* No.

DON JUAN. — *Con locura fingida y deseo sincero.* ¡Sí! ¿No lo sabías? ¡Déjame... así... más cerca...! ¡Si ahora yo te dejase... nunca podrías perdonármelo... nunca! Paloma doliente... no temas... estoy yo contigo.

MINA. — *Rendida.* ¡Ay de mí!

DON JUAN. — *Apasionado y bajando la voz.* ¿Por qué?... Déjame... que beba la vida en tus labios... ¿Lo ves?... No... no es la muerte... Es... el cielo... en la tierra... ¿No lo sabías tú, no lo sabías?

La besa larga y apasionadamente. Se oyen fuera las voces de CARLOS y HUBERTO.

HUBERTO. — ¡Estás loco! ¿Un hombre aquí? ¿Un ladrón? ¡Imposible!... No grites... Mina duerme...

CARLOS. — ¡No, no!... Salió huyendo de casa del síndico... Os digo que le han visto saltar la empalizada.

Se abre la puerta y entran.

MINA. — *Con espanto.* ¡Aaah!

DON JUAN. — *Levantándose.* ¡Cristo! Estoy perdido.

Desenvaina la espada y se dispone a vender cara la vida.

CARLOS. — *Que ha entrado precipitadamente seguido de Huberto y que se da cuenta inmediata de la situación.* ¡Aah! *Volviéndose a Huberto.* ¿Lo veis?

HUBERTO. — *Con espanto.* ¡Mina... tú!

CARLOS. — *Con doloroso estupor.* Entonces... no era un ladrón de oro... ¡Era un ladrón de honras!... *Se precipita hacia don Juan con la espada en la mano.* ¡Defendeos si no queréis morir como un perro!

MINA. — *Precipitándose y cubriendo con su cuerpo a don Juan.* ¡No, no!

CARLOS. — *Con espanto.* ¡Le defiendes... tú... contra mí!

DON JUAN. — *Cínicamente.* ¡Ja, ja, ja! ¿Eso os extraña? Tal vez le he dado yo, en media hora de amor... robado... más motivo de agradecimiento que vos en toda vuestra vida de amor... tranquilo.

CARLOS. — *Volviendo a precipitarse hacia él.* ¡Miserable!

Se oye fuera agudo y penetrante el silbido de Pánfilo.

DON JUAN. — ¡Aaah! *Dando un salto hacia la ventana, pero sin perder de vista la espada de Carlos, y gritando en tono de esperanza y desafío.* ¿Paso libre?

PÁNFILO. — *Fuera.* ¡Por aquí, sí! ¡Saltad!

DON JUAN. — ¡Allá voy! *Con arrogancia, a Carlos que le cierra el paso.* ¡Paso!

CARLOS. — ¡No!

DON JUAN. — *Batiéndose con Carlos.* ¡Ved que no os quiero matar!... ¡Paso he dicho!

CARLOS. — ¡Nunca!

DON JUAN. — ¡Ahora mismo!

Se vuelve, y con una estocada habilidosa hiere a Carlos en el pecho.

CARLOS. — *Desplomándose.* ¡Ay!

DON JUAN. — ¡Tú lo has querido!

Salta con agilidad por la ventana y desaparece.

HUBERTO. - *Precipitándose sobre Carlos.* ¡Carlos!... ¡Hijo!... ¡Carlos!...

MINA. — *Aterrada, viendo huir a don Juan.* ¡Se va!... ¡Don Juan... Don Juan! ¡Espera!

Se lanza hacia la ventana.

CARLOS. — *Con voz moribunda.* Mina... Mina...

HUBERTO. — *Abandonando un instante a Carlos y queriendo sujetar a Mina.* ¡Hija!... ¿Qué haces?... ¡Escucha!...

MINA. — *Delirante.* Dejadme... Don Juan... Don Juan...

HUBERTO. — *Desesperado.* ¡Hija... ven aquí!... ¿No oyes?... Carlos se muere... te llama...

MINA. — *Como si no comprendiese.* ¿Carlos? *Se vuelve, y ve a Carlos en el suelo; entonces, con un grito, se arroja sobre él.* ¡Carlos! *Le coge la cabeza entre las manos, le mira y vuelve a gritar.* ¡Carlos! *Con extravío.* No eres tú... no eres tú... *Deja caer la cabeza de Carlos y grita con locura.* ¿Dónde estás... dónde estás... amor mío?...

HUBERTO. — *Aterrado.* ¡Mina... hija... mírame!... ¡Vuelve en ti!...

MINA. — *Delirante.* ¿Dónde estás... dónde vas?... ¡Infierno mío! ¡Vuelve, que se me abrasan las entrañas! *Se arrastra de rodillas hacia la ventana, gritando con la razón perdida.* ¡Don Juan!... ¡Don Juan!

Se levanta, se queda un instante en pie, rígida, mira a todas partes con expresión de espanto y locura. Vuelve a ver el cuerpo de Carlos y se desploma de golpe sobre él, sollozando histéricamente. Telón.

ACTO TERCERO

PARIS, FERIA DE AMOR

P E R S O N A J E S

DON JUAN.
PÁNFILO.
JUANA.
MAGLOIRE.
LAURENCIA.
EL DOCTOR.
DAMA 1.ª
DAMA 2.ª
PREGONERO.
SALVAJES.
SIRENAS.

HOMBRES Y MUJERES DEL PUEBLO.

ACTO TERCERO

París. Uno de los viejos puentes del Sena. La acción en la primera mitad del siglo XVI. Uno de los días en que se celebra la fiesta tradicional del *Boeuf Gras*.

Entran corriendo y dando grandes voces, tres mujeres públicas vestidas de SIRENAS, casi completamente desnudas. Tras de ellas, persiguiéndolas, entran tres mozos carniceros (ellos son los héroes de la fiesta del día) malamente disfrazados de SALVAJES, con unas cuantas pieles ordinarias y grandes mazas. Alcanzan a las mujeres y las abrazan groseramente sin dejar de gritar, ellas se defienden por fórmula, a empellones, entre grandes gritos y risotadas, y acaban por danzar grotescamente.

SIRENAS. — *Corriendo y gritando.* ¡Ay, ay, ay... el Buey Gordo, el Buey Gordo!

SALVAJES. — *Corriendo y gritando.* ¡Uh, uh, uh... el Buey Gordo, el Buey Gordo!

SIRENAS. — ¡Suelta, suelta, suelta!

SALVAJES. — *Gritando mientras las abrazan.* ¡Sirena, sirena, sirena de la mar!

SIRENAS. — *Empujándolos y gritando con el mismo sonsonete* ¡Salvaje, salvaje, salvaje de París!

SALVAJES Y SIRENAS. — *A coro, empujándose, corriendo y tirándose al suelo.* ¡Uh, uh, uh...! ¡Ay, ay, ay, ay... el Buey Gordo, el Buey Gordo!

SALVAJE 1.° — *Abrazando a su Sirena.* ¡Vaca gorda!

SIRENA 1.ª — *Empujando a su Salvaje.* ¡Lechón cebado!

Todos se rien bestialmente y danzan.

SALVAJE 2.º — ¡Ea, señores y madamas, aprisa, aprisa, que vamos a llegar tarde a la fiesta!

SALVAJE 3.º — ¡Y ningún año se ha celebrado la fiesta del Buey Gordo con más solemnidad y magnificencia!

SALVAJE 1.º — ¡El buey pesa tres arrobas más que el del año pasado!

SALVAJE 3.º — ¡Los mozos carniceros de París sabemos quedar bien!

SIRENAS. — ¡Viva la carne de París!

SALVAJES. — ¡Viva el pescado, sirenas de la mar!

SALVAJES Y SIRENAS. — ¡Ay, ay, ay... uh, uh, uh...!

Se cogen unos a otros por la cintura y salen. Entran por el lado opuesto, pasado un instante, PANFILO y JUANA, su mujer, que vienen disputando.

PÁNFILO. — *Con cansada paciencia.* ¡No porfíes, Juana!

JUANA. — ¡Dame la bolsa, Pánfilo!

PÁNFILO. — Mujer, considera que es pedirme la vida.

JUANA. — La vida te pido, que no quiero morir de necesidad.

PÁNFILO. — *¡Diaes irae!* ¡Que una mujer honesta en París se vea reducida a pedir dinero a su propio marido!

JUANA. — *Furiosa.* ¡Ah, bellaco! ¿Preferirías que a otro le pidiese tu propia esposa?

PÁNFILO. — *Con calma.* Preferiría que mi propia esposa o cadena o grillete no tuviera necesidades de tanto coste. *Mirándola de arriba abajo.* ¡Oro en el cuello, plata en la cintura, rosario de ámbar...!

JUANA. — *Interrumpiéndole*. Otras que valen menos que yo, llevan perlas en los cabellos, y yo las llevaría, si quisiera, y podría responder como tantas al fraile que reprende el lujo en el sermón: «No se apure, padre, que no es mi marido quien me lo paga, que me lo gano yo, con la fatiga de mi cuerpo.» Pero, por mi desdicha, te soy fiel...

PÁNFILO. — También yo te lo soy, por mi flaqueza, y no te exijo moneda en pago.

JUANA. — ¡El marido tiene obligación de sostener el lustre de su esposa!

PÁNFILO. — ¡Maldita ley, que deben haber hecho las mujeres!

JUANA. — *Furiosa.* ¿Quisieras tener esposa de balde, avaro infernal?

PÁNFILO. — ¡De balde me tienes tú a mí, celestial gastadora!

JUANA. — ¡De balde! ¿Y el placer que te doy con mi hermosura?

PÁNFILO. — ¿Acaso no le pago con el que tomas tú de mi arrogancia?

JUANA. — *Riéndose con desdén.* ¡Ja, ja, ja!... ¡Miren el bello Apolo que nos cayó del cielo! ¡El garzón lindo, el miñón perfumado con ámbares y rosas!... ¡Ja, ja, ja! ¿El placer? Más de media vida viuda y sola, mientras tú corres mundo con el alma condenada de tu amo, y cuando a casa vuelves, llegas consumido igual que un sarmiento, del mucho rodar y el mal comer, negro como tizo del sol y el agua, rebozado en el polvo y el sudor del camino...

¡Fu!... ¿Placer?... ¡Quita allá! Penitencia de todos mis pecados es abrazarme a ti, y de añadidura, ¿quieres que vista de sayal, por el negro delito de ser cónyuge fiel de un esqueleto?

PÁNFILO. — *Palpándola lamentablemente.* ¡Tú, en cambio, estás gorda y lustrosa, mujer!

JUANA. — ¡Porque hago vida honesta y recogida, así Dios me salve, que no trato sino con gente de Justicia y de Iglesia, y todos me tienen compasión, el Señor se lo pague, y les aumente lo poco que me da su caridad para cubrir la desnudez en que me deja tu avaricia!

PÁNFILO. — *Mirándola con admiración.* Bien cubierta está, Juana. *Le pone la mano en el pecho, que lleva, a la moda de la época, completamente desnudo.* ¡Y bien descubierta!

Suspira.

JUANA. — Mejor pudiera estarlo, si tú que corres todo el orbe mundo, me trajeras, como es tu obligación, corales de Italia, sedas de España, encajes de Flandes...

PÁNFILO. — ¡Te los traeré, Juana, te los traeré, por *fas* o por *nefas*, de aquí en adelante!

JUANA. — ¿Lo juras?

PÁNFILO. — *Haciendo cruces.* *¡Per istam sanctam unctionem!*... ¡Y entre tanto, alma mía, hagamos las paces!

Se acerca a abrazarla.

JUANA. — *Cariñosísima.* Con mil amores. *Sonriendo seráficamente.* ¡Dame la bolsa, Pánfilo!

PÁNFILO.—*¡Corpo di Bacco!* *Apartándose furiosísimo.* ¡Que haya de dar dinero por abrazar a lo legítimo!

JUANA. — *Furiosa.* ¿Volvemos a empezar? ¿No com-

prendes, caletre menguado, que si el marido consume de balde, otro tiene que pagar el gasto?

PÁNFILO. — *Desesperado en su lucha entre el amor y la avaricia.* ¡Que lo pague el demonio!

JUANA. — *Acercándose melosísima, y hablándole al oído.* ¡Lo pagará don Juan!

PÁNFILO. — *Dando un salto, espantado.* ¿Qué has dicho?... ¿Don Juan?... ¿Mi amo?

JUANA. — *Suave.* Don Juan... tu amo... ¿No es galán, enamorado y dadivoso? ¿No...?

PÁNFILO. — *Interrumpiéndola con violencia, y cogiéndola de un brazo.* ¿Te conoce?... ¿Te ha visto alguna vez?

JUANA. — *Meliflua.* ¡Puede verme esta noche!

PÁNFILO. — ¿Dónde?... ¿Cómo?

JUANA. — *Coqueta.* ¿Tengo más que ponerme un antifaz, como una gran señora, buscarle en la fiesta, llegarme a él en el baile o en la mesa de juego? ¿Acaso no sé yo suspirar como una dama? ¿No sé pavonearme, mirar de medio lado, dejarme hurtar un beso...?

PÁNFILO. — *Amenazándola.* ¡Juana, Juana!

Se oye dentro la risa de don Juan. Al oirla, Pánfilo se aterra, y Juana sonríe.

JUANA. — Precisamente ahí creo que viene. ¿No le oyes reir?

PÁNFILO. — *Suplicante.* ¡Juana, por los clavos de Cristo, vete a casa!

Vuelve a sonar la risa de don Juan.

JUANA. — *Fingiendo entusiasmo.* El hombre que así ríe, debe tener los dientes blancos, los labios rojos...

PÁNFILO. — ¡Juana!

JUANA. — *Sin interrumpirse.* El corazón alegre, la bolsa abierta...

PÁNFILO. — ¡Mujer o demonio, vete ya!

La empuja para hacerla salir.

JUANA. — *Resistiendo.* ¡Feliz la mujer que le prenda en sus redes! Tendrá joyas, y galas, y dineros...

PÁNFILO. — *Empujándola.* *¡Fugi, Sátana!*

JUANA. — *Escapándose de entre las manos de Pánfilo, y contoneándose.* ¡Y él me ha de ver!

PÁNFILO. — *Recurriendo a la súplica.* ¡Juana, esposa mía, querubín de amor...! *La empuja.* ¡Márchate a casa, cielo! *Le ofrece la bolsa.* ¡Toma mi bolsa, arcángel, pero escóndete...! ¡Que ese hombre no te vea...! ¡Toma, toma!

JUANA. — *Desdeñosa.* ¡Guárdate tus dineros! ¡No he menester yo bolsas tan escurridas!

PÁNFILO. — *Suplicante.* Es todo mi caudal... tómalo... te lo ofrezco de rodillas... *¡Accipe, accipe y fugi,* hechicera!

JUANA. — *Haciéndole una gran concesión, coge la bolsa y la aprieta contra el pecho.* Porque así me lo pides y por darte obediencia de esposa, acepto la bolsa.

PÁNFILO. — Gracias, tesoro... *La empuja.* Gracias, ángel mío... ¡Pero *fugi, fugi,* lucero de la mañana!

La coge de la cintura y la obliga a salir. Ella se defiende sin soltar la bolsa. Por fin salen forcejeando al mismo tiempo que, por el lado opuesto, entra DON JUAN. Antes de desaparecer, Juana, por encima del hombro de Pánfilo, que la tiene sujeta, vuelve la cara, y mirando a don Juan, se ríe con aire de desafío. Pánfilo le tapa la boca con la mano. Desaparecen.

Ha entrado don Juan, que no viene solo. Trae cogidas por la cintura a dos DAMAS de alto copete, lujosísimamente vestidas, las cuales, a su vez, le pasan cada una un brazo por el cuello y le acarician a porfía, casi envolviéndole en los pliegues de sus amplias faldas Dos pajecillos diminutos recogen las colas de las damas, y a cada movimiento del grupo se enredan entre las faldas de ellas y las piernas de don Juan. Tanto don Juan como las damas llevan antifaces de terciopelo negro. A pesar de venir tan bien acompañado, don Juan se da cuenta de la lucha de Pánfilo y su mujer y de la risa de ésta, y la mira un instante con malicia.

DON JUAN. — *Forcejeando amablemente por quitar el antifaz a las damas.* Os he de ver el rostro ¡Vive Dios!

Las dos damas se ríen.

DAMA 1.ª — ¡Ja, Ja, ja! . . . ¿Para qué?

DAMA 2.ª — ¡Ja, ja, ja! . . . Ver. . . *Le coge la cabeza entre las dos manos y le besa.* ¿Qué habéis visto?

DON JUAN. — He sentido el cielo en vuestros labios, y he vislumbrado dos luceros refulgiendo en la noche de vuestro antifaz. . .

DAMA 2.ª — *Con burla amable.* ¿Qué más queréis entonces, señor don Juan?

DAMA 1.ª — *Graciosamente.* Señor don Juan, en el placer de amor siempre está bien un poco de misterio. . .

DON JUAN. — No es justo que vosotras sepáis quién soy, y yo ignore a quién tengo que agradecer. . .

DAMA 1.ª — ¡Ja, ja, ja! ¡Agradecer! . . . Agradecédselo a la fiesta, a la ocasión, a París, al capricho de dos honestas damas. . .

DAMA 2.ª — Que habiendo oído contar vuestras glorias...

DAMA 1.ª — Han querido saber si mentía la fama.

DAMA 2.ª — Y ahora, señor don Juan...

Se separa de él, y le hace una gentil reverencia.

DAMA 1.ª — Señor don Juan...

Se separa también, y le hace también una reverencia.

DON JUAN. — ¿Me abandonáis? ¡Será si yo lo sufro!

DAMA 1.ª — ¡Lo sufriréis, si sois agradecido!

DON JUAN. — ¡Os seguiré!

DAMA 2.ª — ¡No haréis tal, si sois caballero!

DAMA 1.ª — Señor don Juan, una mujer honesta en París, sale de casa sola, y vuelve a casa sola.

DON JUAN. — ¿Y no hemos de volver a encontrarnos?

DAMA 1.ª — *Sonriendo con malicia.* ¿Lo deseáis de veras?

DON JUAN. — ¿Podéis dudarlo, soberanas mías? ¿Acaso pretendéis quede sin término juego que tan bien ha empezado?

Las dos damas se miran como consultándose y se ríen.

DAMA 1.ª — Acudid esta noche a la feria... allí estaremos...

DON JUAN. — ¿Cómo he de buscaros, si no os conozco?

DAMA 2.ª — Nosotras os sabremos encontrar.

DON JUAN. — ¿Cómo he de conoceros en la oscuridad, si no os he visto el rostro?

Las dos damas se ríen.

DON JUAN. — ¡Dadme siquiera una señal!

DAMA 1.ª — *Se acerca a él y le besa en la boca.* Esta... ¿Me

reconoceréis en otro igual, por muy oscura que esté la noche?

Se ríe.

DON JUAN. — ¡Hasta en las sombras del infierno, señora! *Volviéndose a la Dama 2.ª* ¿Y vos?...

DAMA 2.ª — *Riéndose.* No, no... para señal basta con una...

Salen las dos riendo, precipitadamente, arrastrando a los pajecillos que les sostienen las colas, y que apenas pueden seguirlas.

DON JUAN. — *Mirándolas marchar.* ¡Bravas hembras! ¡Por el nombre que tengo, que he de seguirlas y saber quiénes son!

Se dispone a salir en seguimiento de las damas, pero tropieza con PÁNFILO que vuelve fatigado, descabellado y cariacontecido, después de la lucha con su mujer.

PÁNFILO. — *Tristemente.* ¿*Quo vadis*, señor, tan desasosegado?

DON JUAN. — *Imperiosamente.* ¡Sigue conmigo a aquellas dos damas!

PÁNFILO.— *Con toda calma.* ¿Seguir damas, señor? ¿Piensas que estamos en una callejuela de Toledo o en una encrucijada de Sevilla? Vuelve en ti... estamos en París, y en París de Francia, las damas no acostumbran a ser ariscas ni es menester seguirlas, que ellas mismas se vienen a la mano como corteses y bien criadas. Déjalas, que ellas saben dónde van, y a ti no te importa, y ellas solitas volverán a buscarte si sospechan que tienes la bolsa llena.

DON JUAN. — *Con empaque.* ¡Son ricas hembras y gentiles señoras, no cortesanas, Pánfilo!

PÁNFILO. — Harto sabes, señor, que no hay cosa que más cara se pague que la que no se vende.

DON JUAN. — *Riendo.* Filósofo estás.

PÁNFILO. — *Sombrío.* No tengo dinero.

DON JUAN. — ¿Qué dices, pícaro? ¿Acaso anoche, en albricias de mi buena suerte al juego de naipes, no te llené la bolsa?

PÁNFILO. — *Suspirando.* ¡Llena sigue, señor; pero no en mis manos!

DON JUAN. — *Regocijadísimo.* ¡Ja, ja, ja! Ahora comprendo por qué, cuando entré, luchabas a brazo partido con una brava hembra... ¿Te desplumó la tal? ¡Ja, ja, ja! *Da una palmada en el hombro a Pánfilo.* Buena moza, ¿eh?

PÁNFILO. — *Con la mayor melancolía.* ¡Por mi desdicha, no señor! *Cada vez más melancólico.* Buena, pero no moza... Señor, *Suspira.* por mi desdicha es casada.

DON JUAN. — *Regocijadísimo.* ¡Casada! ¡Ja, ja, ja! ¡Galopín!... ¡También tú merodeas en mercado ajeno!

PÁNFILO. — ¡Dios me libre de caer en tan negro pecado!

DON JUAN. — Seguro no caerás, que bien te agarrabas a la roca firme.

PÁNFILO. — *Casi con lágrimas en los ojos.* No te burles señor, que el caso no es de risa... Ese bravo pedrusco es mi mujer...

DON JUAN. — *Mirándole con asombro, que es casi espanto.* ¡Tu mujer!... ¡Tú..., Pánfilo..., casado!

PÁNFILO. — Desde *in æternum* y para *in æternum*... ¡Casado y fiel, señor; *ad præsentem*, *ad præteritum* y *ad futurum!*...

DON JUAN. — *Con gran curiosidad.* ¡Mírame, Pánfilo, y dime la verdad! ¿Es posible que pueda contentarte una sola mujer?

PÁNFILO. — ¡Mírame, señor, y dime la verdad! ¿Te contentan a ti las doscientas que pruebas al cabo del año?

DON JUAN. — *Con donjuanismo presuntuoso.* ¡Yo voy buscando en todas un ideal que no hallo!

PÁNFILO. — ¡Yo le doy por no hallado y me ahorro la busca!

DON JUAN. — *Presuntuoso.* ¿Y el sabor divino de la variedad, Pánfilo?

PÁNFILO. — El sabor no está en el manjar, sino en el apetito. Yo, señor, como mi pan casero sazonado con hambre, y me sabe a ambrosía... ¿Qué sacas tú de ir probando melindre tras melindre, sino estragar tu cuerpo y perder tu alma? *Viendo que don Juan no le hace caso ninguno.* ¡Señor, señor, ¿qué haces que no me escuchas?

DON JUAN. — *Acercándose a Pánfilo con entusiasmo confidencial.* ¡Pánfilo, esta noche presiento que me aguarda la más gloriosa de mis aventuras!...

PÁNFILO. — ¡Aprovechó el sermón! ¿Aventura decís? ¿La de esas dos... calandrias que escapaban piando cuando yo llegué?

DON JUAN. — No, Pánfilo... ese es juego vulgar y pan comido. Se trata de algo más misterioso y arriesgado, de algo más digno de mi nombre y mi fama... Viniendo

aquí, al pasar delante del convento de Val de Gracia, desde una reja...

PÁNFILO. — *Interrumpiéndole espantado.* ¡Monja tenemos! ¡Sacrilegio! ¡San Miguel nos ampare! ¡Santa Genoveva bendita nos tenga en su mano! ¡Una monja! ¿No te bastan, acaso, las maldiciones de padres y maridos de la tierra, que intentas cometer adulterio con una esposa del Señor? Mira que nos condenas...

DON JUAN — *Sin hacerle el menor caso.* Poco antes de la media noche, hemos de estar al pie de la tapia.

PÁNFILO. — *Cómicamente suplicante.* ¡Señor, por las once mil palmas de las once mil vírgenes!

DON JUAN. — Llevarás una escala...

PÁNFILO. — ¡Por las trescientas muelas de Santa Apolonia!

DON JUAN. — Me aguardarás en la esquina del huerto...

PÁNFILO. — ¡Mira que hasta ahora Dios nos ha sufrido, porque pecábamos a lo seglar, y las que por nosotros cayeron, si de nosotros hubieran escapado, con otro o con otros hubieran caído... pero si llegamos a cosa santa, nos hemos de perder!

DON JUAN. — Me ha dicho una gitana que en brazos de una santa me he de salvar.

PÁNFILO. — Señor, ¿a qué te quieres condenar en balde? Rico eres y heredado, que tu padre ha muerto. Vuelve a tu tierra, cuida de tu hacienda, cría galgos y halcones, busca una rica hembra de Sevilla, que a lozana y sabrosa no ha de ganarla madama ninguna de París, cásate con ella, como manda Dios, hazla buena discípula del

Ars amandi en que las otras te han hecho a ti maestro, y salva tu alma, dándole gusto al cuerpo... *¡Sursum corda!* ¡Así todos los pecados mortales fueran como éste de yacer con hembra, que, por la sola gracia de un latín de clérigo, se trueca, *ipso facto*, de delito en virtud! Señor, señor, volvámonos a España, que cada uno en su tierra es rey.

DON JUAN. — España, Pánfilo, es tierra para santos o para pícaros, no para hombres que gustan el amable sabor del buen vivir. Allí el vino es áspero, y el placer, pecado mortal. Las mujeres no saben reir, y por un beso, te piden el alma. París es la sonrisa del mundo, el jardín del amor, la feria del placer... Por un beso, otro beso... por un escudo ¡todos los que quieras!... ¡La bolsa paga, y el capricho vuela! ¿Casarme, dices? ¡Ja, ja, ja! ¿Tengo yo cara de irle a pedir licencia a un clérigo para llegarme a una mujer? ¡Ja, ja, ja! ¡Me gusta el vino puro... no le pienso aclarar con agua bendita!

PÁNFILO. — Considera, señor...

DON JUAN. — ¡Silencio! Alguien llega.

Vuelve a ponerse el antifaz, que se había quitado al hablar con Pánfilo, y se retira a la derecha. Ha ido anocheciendo y la escena ya está casi a oscuras. Entran por la izquierda LAURENCIA, mujer muy joven, hermosa y elegantemente vestida y el DOCTOR, viejo y vestido de negro. Vienen discutiendo, ella acaloradamente, él con desesperante calma.

LAURENCIA. — *Suplicante.* ¡Señor Doctor, llevadme a la feria!

DOCTOR. — ¡He dicho que no!

LAURENCIA. — ¡Señor Doctor, por el amor que decís tenerme...!

DOCTOR. — ¡No insistas, Laurencia!

LAURENCIA. — ¡Ved que hay juegos y bailes y comedias...!

DOCTOR. — Diversiones mundanas y endemoniadas. No está bien que la pupila y futura esposa...

LAURENCIA. — *Suspirando.* ¡Ay de mí!

DOCTOR. — *Sin interrumpirse.* ... del insigne Menadius, médico ilustre e ilustrísimo doctor en Sorbona, visite esos lugares de disipación.

DON JUAN. — *Aparte, a Pánfilo.* ¡Hermosa doncella!

PÁNFILO. — *Aparte, a don Juan.* ¡Y bien guardada, a lo que parece!

DON JUAN. — ¡Eso de la guarda... lo veremos!

LAURENCIA. — *Sin interrumpirse por la conversación de don Juan y Pánfilo.* ¡Señor Doctor, considerad que, encarcelada siempre entre vuestras jeringas y vuestras retortas, me estoy secando en flor, en fuerza de aburrida!

DOCTOR. — ¡La semana que viene nos casaremos y tendrás distracción!

LAURENCIA. — *Con susto.* ¡La semana que viene!

DOCTOR. — ¡Así lo he decidido!

LAURENCIA. — *Volviendo a suspirar.* ¡Señor Doctor, ya que tan cerca está el cumplimiento de mi triste destino, consentid que siquiera esta noche me asome a contemplar lo que es alegría!

DOCTOR. — ¡La mayor alegría de una mujer honesta, consiste en obedecer a su esposo! *La toma de la mano.* Pro-

sigamos, que es tarde, y las calles de París, en días de festejos, no son demasiado seguras.

DON JUAN. — *Con acento de grandísima ira, a Pánfilo, desenvainando la espada y acometiéndole.* ¡Defiéndete, cobarde!

PÁNFILO. — *Realmente espantado.* ¡Pero, señor...!

El Doctor y Laurencia se detienen con susto.

DON JUAN. — *Cada vez con más enojo.* Defiéndete, que aunque pudiera matarte como a un perro, en castigo de tan tremenda ofensa, por lo bien que otras veces me has servido, quiero hacerte el honor de que mueras riñendo contra mí! *Cierra contra él furiosamente.*

PÁNFILO. — *Sacando a su vez la espada y defendiéndose.* ¡Y va de veras! *¡Dominus vobiscum!*

DON JUAN. — *A media voz.* ¡Riñe o mueres!

PÁNFILO. — ¡Ya, ya!

Riñen. El Doctor y Laurencia, espantados, se han refugiado en un rincón, porque los combatientes, en su desaforado duelo, cortan la calle.

DON JUAN. — *A media voz, imperiosamente.* ¡Desplómate!

PÁNFILO. — ¡Señor!... Ha enloquecido...

DON JUAN. — ¡Desplómate o te paso de parte a parte...! Grita ya: ¡Muerto soy!

PÁNFILO.— *Desplomándose.* ¡Muerto soy!

DON JUAN. — *Limpiando y envainando la espada.* ¡Es tu castigo! *Inclinándose hacia Pánfilo, como para cerciorarse de si está muerto.* ¡Quéjate, y entreténmele!

Echa a correr y desaparece por la izquierda.

PÁNFILO. — *A grandes voces lamentables.* ¡Favor, socorro!... ¿No habrá en el ancho mundo doctor que me asista?...

¡Tengo mechado el hígado, escabechado el bazo, hechos tajadillas los cuatro hipocondrios!...

LAURENCIA. — *Al Doctor.* Ved lo que dice ese hombre... ¡Acudámosle!

DOCTOR. — ¡Vamos, vamos de aquí, no venga la Justicia, y nos haga cargar con el muerto!

PÁNFILO. — *Gritando.* ¡Santa Madonna!... ¡Morir tan joven, y teniendo en la bolsa más de mil ducados con que pagar al ánima piadosa que me asista!...

DOCTOR. — ¡Mil ducados! *Precipitándose a socorrer a Pánfilo.* ¿Qué os duele, hermano?... ¿Dónde está la herida?

PÁNFILO. — *Con voz agonizante.* Aquí... *Mientras habla, sujeta al Doctor por la ropa* ... junto a la rabadilla... quiero decir... en las mismas alas del corazón... ¡Ay, ay! A la mano derecha, según se va subiendo... un poco más arriba... ¡ay, ay!... un poco más abajo... ¡ay, ay!

DON JUAN. — *Apareciendo rápidamente junto a Laurencia, y cogiéndola por la mano.* Señora... por vos he muerto a un hombre... si amáis la vida... no perdamos tiempo... tomad mi brazo... ¡y seguidme!

LAURENCIA. — *Melindrosa y contenta.* ¿Quién sois?

DON JUAN. — ¡Qué importa!... ¡Un hombre que os salva de un peligro mortal!

LAURENCIA. — Mas... no os conozco...

DON JUAN. — ¡Yo a vos sí!... ¡Seguidme, por el amor de Dios, o estáis perdida!

LAURENCIA. — Mas... el Doctor... mi esposo...

DON JUAN. – Dejadle, que el peligro no va con él... ¡Venid ya, o me perdéis!

LAURENCIA. — ¡Vamos... por no perderos!... ¡Mas me explicaréis!

Salen los dos cautelosa y rápidamente.

DOCTOR. — No encuentro la herida...

PÁNFILO. — *Con voz moribunda.* ¡Ay!... *¡Helas!... ¡Ahimé! En un grito. ¡Ite missa est! Aparte.* ¡Muero!

Finge morir en convulsión violenta, quedándose después cómicamente rígido.

DOCTOR. — ¡Muerto está! *Registrándole.* ¿Dónde tendrá la bolsa?

PÁNFILO. — *Incorporándose a toda prisa, y cerrando contra el Doctor, espada en mano.* ¡Ah, médico ladrón! ¿Quieres llevarte mis dineros sin haberte tomado siquiera la pena de matarme?

El Doctor, espantado, huye, y Pánfilo le persigue por toda la escena, obligándole a salir por la derecha. y saliendo tras él.

DOCTOR. — *Huyendo.* ¡Favor! ¡Socorro! ¡Esbirros!

Desaparece, perseguido por Pánfilo.

Entran los SALVAJES, las SIRENAS y PUEBLO con algazara, todos medio borrachos, y rodeando a una mujer que trae, en los brazos y levanta en alto un barrilito de vino.

TODOS. — *Gritando y saltando en derredor de la mujer, y levantando los cubiletes de estaño que traen en las manos.* ¡A mí, a mí, a mí!

MUJER. — Calma, hermanos, para todos habrá. *Todos gritan con júbilo.* Pero antes, es preciso recitar la oración.

TODOS. — *Incluso las Sirenas y los Salvajes, que al ver el barril se han unido a ellos.* ¡Sí, sí, sí... la oración, la oración!

MUJER. — *Levantando en alto el barrilete y adorándole.*

¡Oh, barrilete, gentil barrilete!

TODOS. — *Saltando y gritando con extrañas contorsiones.*

¡Oh, barrilete, gentil barrilete!

MUJER. — *Medio declamando, medio cantando, dando saltos y haciendo contorsiones, mientras adora el barril.*

¡Oh, barrilete, la muerte me has dado!
¡Tu sangre preciosa me ha embriagado!
¡Oh, barril, barrilete divino,
llégate a mí, si estás lleno de vino!
Dulce galán, por tu amor estoy loca...
¡Te daré un beso con toda mi boca!

Besa al barril con delirio extravagante. Los demás se han arrodillado delante de ella y levantan las manos, como si estuvieran en oración.

Loco placer tu sabor me promete.
¡Oh, barrilete, gentil barrilete!

TODOS. — *Adorando grotescamente el barril.*

¡Oh, barrilete, gentil barrilete!

Se levantan, y vuelven a empezar su danza desenfrenada en torno a la mujer.

¡A mí, a mí, a mí!

MUJER. — *Repartiendo vino en los cubiletes que, precipitadamente, le presentan.* ¡Bebed, hermanos y alabad a Dios que nos da la sed, y al Rey nuestro señor que nos da el vino!

HOMBRE 1.º — *Bebiendo.* Lo malo es que Dios da la sed mucho más a menudo que el Rey el vino.

MUJER 1.ª — ¡No murmures del Rey, que te van a quemar por hereje!

TODOS. — *En torno a la mujer.* ¡Más, más, más!

UNO. — *¡Deo gratias!*

OTRO. — *¡Pax vobis!*

VARIOS. — ¡Más, más, más!

MUJER. — *¡Nequaquam! ¡Finis terræ!*

Da la vuelta al barril para indicar que está vacío, le tira al suelo, y le echa a rodar de un puntapié. Todos la imitan, y hacen rodar el barril a patadas, gritando bárbaramente.

TODOS. — *Gritando.* ¡Oh, barrilete, gentil barrilete!

Aparece por la izquierda MAGLOIRE, el poeta.

MAGLOIRE. — *Al aparecer, se queda contemplando la escena con sonrisa medio de piedad, medio de desprecio.* ¡Pópulo ingrato! ¡Así acoceas lo que antes adorabas!

VARIOS HOMBRES. — *Que le ven, con júbilo.* ¡Magloire! ¡Magloire!

VARIAS MUJERES. — *Rodeándole.* ¡El poeta, el poeta!

Forman grupo junto a él, palmoteando y empujándose por acercarse más.

MAGLOIRE. — *A un hombre.* ¡Acerca ese barril!

HOMBRE. — *Con guasa y suspirando.* ¡Está vacío, hermano!

MUJER. —¡Dios nos dé que dar!

SIRENA 1.ª — ¡Llegaste tarde!

MAGLOIRE. — ¡Bah...! Ya he bebido... en la puerta Saint Honoré hay dos fuentes de vino y una de leche. Así agradece el Rey...

TODOS. —*Descubriéndose e inclinándose.* ¡Nuestro señor!

MAGLOIRE. — *Sin interrumpirse.* ... la alegría con que le

han recibido los buenos habitantes de París. ¡Allí podéis llenar la panza *Señalando al barril* a vuestro Dios, y volverle a adorar como grandísimos bellacos que sois!

TODOS. — *Riéndose.* ¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¡Magloire, Magloire, viva Magloire!

MAGLOIRE. — ¡Sangre de Cristo! ¡Qué se puede esperar de un populacho que ríe cuando se le insulta! *Exaltándose, porque también está un poco borracho.* Hacen bien... hacen bien los que pueden, en apalearlos, en pisotearos, en deshonrar a vuestras hijas y robaros la bolsa, en plantar una horca en cada esquina, si todo lo olvidáis por un jarro de vino, beodos miserables; y bailáis, y reís, y gritáis: ¡Vivan nuestros verdugos!, debajo del patíbulo en el que patalea vuestro hermano.

TODOS. — *Contentísimos.* ¡Ja, ja, ja!... ¡Está borracho!

UNOS. — ¡Magloire, viva Magloire!

MUJER. — ¿Sabes alguna canción nueva, Magloire?

TODOS. — ¡Canta, Magloire, canta!

MAGLOIRE. — *Con mal humor.* Me he tragado un gato... no puedo cantar.

SALVAJE 1.° — Recita tú las coplas, que nosotros las cantaremos.

TODOS. — ¡Sí, sí, sí!

MAGLOIRE. — *Con desdén.* ¡Coro de ángeles!

HOMBRE. — Sí, sí; aquella de «Frailes, curas y cordeleros, buenos maestros en sacar dineros».

MUJER. — No; la de «Los notarios que despluman al ganso...»

SALVAJES. — No, no; «El evangelio de las ruecas».

HOMBRE. — La de «Las tres doncellas y ninguna doncella...»

MAGLOIRE. — *Entre divertido y molesto, porque todos hablan a un tiempo.* Hay que entenderse, hermanos.

MUJER. — ¡Las de «Las peregrinas»!

Aprobación general.

VARIOS. — Eso es... ¡La de las peregrinas que van a Maitines!

TODOS. — ¡Las peregrinas, las peregrinas!

MAGLOIRE. — ¡Vaya por las peregrinas! *Tose y recita solemnemente.* «Sátira nueva, sobre como las damas de París van, peregrinas, a rezar maitines al convento de Nuestra Señora de las Virtudes.»

TODOS. — *Contentísimos palmotean y gritan:* ¡Uh, uh, uh!

MAGLOIRE. — *Recitando.*

«Las madamas, sin hacer ruido,
dejan durmiendo al buen marido...»

TODOS. — *Gritando.*

¡Oh... la...! ¡Oh... la...! ¡El buen marido!

MAGLOIRE.

«Y se van por las mañanitas,
al convento de Carmelitas...»

TODOS. — *Gritando.*

¡Oh... eh...! ¡Oh... eh...! ¡Los Carmelitas!

MAGLOIRE.

«Hermano Rufo y Padre Fermín
las enseñan a... hablar en latín.»

TODOS. — *Gritando.*

¡Oh... la...! ¡Oh... la...! ¡Qué lindos latines!
¡Oh... eh...! ¡Oh... eh...! ¡Qué dulces maitines!

MAGLOIRE. — *Haciendo ademanes de comer y beber.*

«Saladito está el jamón añejo...
Bien le acompaña el vino viejo.»

TODOS. — *Gritando.*

¡Oh... la...! ¡Oh... la...! ¡El vino viejo!

MAGLOIRE.

«La madama no entiende el sermón...
Hay que volver a empezar la lección.»

TODOS.

¡Oh... eh...! ¡Oh... eh...! ¡Qué linda lección!

MAGLOIRE.

«Se ha fatigado la peregrina...
Hay que... dormir... y correr la cortina...

TODOS. — *Gritando escandalosamente.*

¡Oh... la...! ¡Oh... la...! ¡Qué lindos latines!
¡Oh... eh...! Oh... eh...! ¡Qué dulces maitines!
¡Uh, uh, uh, uh, uh!

Palmotean y gritan en derredor de Magloire que los mira con un poco de lástima. Se oye dentro un redoble de tambor.

TODOS. — ¡El pregonero, el pregonero!

Se paran a escuchar.

VOZ DEL PREGONERO. — *Dentro.* ¡Fiestas con que el Concejo de París, celebra la feliz entrada en su recinto del Rey nuestro señor!

Todos, con regocijo, se precipitan al encuentro del PREGONERO que entra.

MAGLOIRE. — *Con desprecio, quedándose a un lado.* ¡Corred, bellacos!

PREGONERO. — *Cada una de las tres partes del pregón las dice en un sitio distinto de la escena, precedidas de un redoble de tambor. La concurrencia le sigue de un lado a otro. Magloire permanece inmóvil a un lado, en primer término.* «Puerta Saint Honoré... esta noche... Asalto de los Salvajes a la Bastilla de las Sirenas... combate y rendición de las Sirenas... con motetes, canciones y burlas. *Redoble de tambor, y cambio de sitio.* Plaza de la Grève... Los Comediantes de la Pasión representarán en su tablado la famosa Pasión sin palabras, con la Crucifixión de Cristo y los ladrones y la muerte de Judas Iscariote... *Redoble de tambor, y cambio de sitio.* Mañana, a mediodía... en el Pórtico de Nuestra Señora... Suplicio de cuatro herejes hugonotes, condenados al fuego... Se quemarán dos muertos, después de estrangulados, y dos vivos, con el nuevo artificio de la polea...

TODOS. — ¡Aaaaah!

La multitud, entusiasmada, no deja proseguir al pregonero, y le rodea gritando de entusiasmo. El Pregonero sale y la multitud saltando, gritando y bailando, sale detrás de él. Después de haber salido, aún se oye el rumor y el nuevo redoble, ya un poco lejano, del pregonero.

MAGLOIRE. — *Con amargura y asco.* Asalto de los Salvajes a la Bastilla de las Sirenas... con canciones... y burlas... y fuentes de vino... La Pasión de Cristo y la muerte de Judas... sin palabras... pero con golpes, palos y puñadas... Cuatro herejes, condenados al fuego... Se

quemarán dos muertos... *Se estremece.* y dos vivos... con el nuevo artificio de la polea... *Suenan dentro gritos de entusiasmo y un nuevo redoble de tambor.* con el nuevo artificio de la polea... *Amargamente.* que saca al condenado de las llamas y le vuelve a dejar caer... alargando el tormento... y la diversión... ¡Obscenidad, crueldad, lascivia y suplicios...! *Con exaltación casi de vidente.* ¡París, París... humanidad, así te ciegan, así te hunden en barro y en barbarie!... ¡Ríe, grita, ruge de placer bestial, fiera lamentable! ¡Ay!... ¿Abrirás los ojos algún día? ¿Clavarás algún día las garras donde debes? ¿Destrozarás a los que te destrozan? *Con desaliento.* ¡No!... ¡Estás borracha, irremediablemente borracha de ignorancia, de vino y de sangre! *Se oyen dentro rumores y voces.* ¡Ah, plebe!... Te desprecio, te escupo, te... *Con reacción violenta.* ¡Ja, ja, ja!... ¿Quién eres tú, coplero miserable? ¿Qué has hecho, para atreverte a zaherir a nadie? Cuatro coplas amargas... pero ¿y qué? ¿Darías un pedazo de tu carne por redimir a esa canalla? *Con amargura hacia sí mismo.* ¿No olvidas tú también tu miseria en una lisonja, en un vaso de vino, en un madrigal? ¡Calla entonces y humíllate, gusano! *Con reacción de nobleza y orgullo.* Gusano... sí... ¡pero con alas! *Volviendo a su desprecio de sí mismo y con risa amarga.* ¡Ja, ja, ja!... ¡Idiota! *Da una patada al barril vacío que ha quedado junto a él, y le echa a rodar.* ¡Rueda, barril!

Sale, tambaleándose, detrás del barril, que hace rodar a patadas. Vuelven a entrar DON JUAN y LAURENCIA.

LAURENCIA. — *Con melindre.* Señor don Juan, decidme, sin mentir, por vuestra vida, ¿es cierto que me amáis?

DON JUAN. — ¡Eso me preguntáis, señora mía! ¿Cómo ahora lo dudáis, puesto que hace un instante, tan firmemente lo habéis creído?

LAURENCIA. — *Con melindre.* Hace un instante estaba trastornada por el susto, por el ardor de vuestros juramentos... ¡ay!... y por la oscuridad de la callejuela... Mas ahora que ya... ¡ay!... el fuego se ha templado, y que en este lugar hay aunque escasa ... ¡ay!... un poco más de luz... raciocino y discurro: Si de veras me amabais locamente y sufríais por mí ... ¡ay!... el... pequeño desliz... o tropezón... que ... ¡ay!... hemos tenido a medias... bien puede perdonárnosle el cielo, a vos por la locura del amor... a mí por el ardor de caridad que ...¡ay!... me impulsó a haceros limosna... Mas ...¡ay!... si de veras no me amabais, no queda del desliz o tropezón ...¡ay!... sino su flaqueza... y esa ... ¡ay!... pudiera ser imputable a pecado mortal, que según dicen ...¡ay!... en este mandamiento, no existen veniales.

DON JUAN. — *Divertido con el melindre de ella.* ¡Ja, ja, ja! ¡Teólogo sutil sois, Laurencia!

LAURENCIA. — ¡Ay de mí!... ¡Nunca he tratado sino con doctores!

DON JUAN. — ¡Tranquilizaos, timorata beldad! ¡En el momento de... tropezar os adoraba!

LAURENCIA. — ¡Y... ahora!

DON JUAN. — ¡Os idolatro!

LAURENCIA. — ¿Y más tarde?

DON JUAN. — ¿También os inquieta el porvenir, doctora mía?

LAURENCIA. — Sí... que no quisiera volver a tropezar... sino con la conciencia tranquila...

Vuelven a entrar atropelladamente las turbas en varios grupos, ya todos borrachos. Vienen entre la multitud, por un lado MAGLOIRE, por otro las dos DAMAS que al principio del acto entraron acompañando a don Juan. Se llegan a él y le saludan.

TODOS. — ¡Uh, uh, uh!

Bailan y saltan.

DAMA 1.ª — ¡Señor don Juan!...

Le hace una linda reverencia.

DAMA 2.ª — ¡Señor don Juan!

Le besa.

LAURENCIA. — *Ofendida.* ¿Qué es esto? ¿Quiénes son estas damas?

DON JUAN. — *Sonriendo, con calma.* ¡Dos honestas señoras que me honran, como vos, con su buena amistad!

LAURENCIA. — *Alterada.* Sí... mas... a lo que veo... ciertas demostraciones...

DAMA 1.ª — *Con burla.* ¿Os asustáis de un beso, linda ingenua?

DAMA 2.ª — ¿Venís de la provincia o caéis de la luna?

LAURENCIA. — *Muy altiva.* ¡No me asusto de nada, que soy tan parisiense como vos!

DON JUAN. — *Magnánimo.* Siendo así, dulcísimas, haya paz, que por beso más o menos no es cosa de reñir, habiendo en casa tantos que derrochar... *Galante.* Es noche de fiesta, y sois mis invitadas... ¡Fiad de mí que, por la

gracia de Dios y la sangre de España, pienso poderos festejar a todas con el honor debido!

Les besa las manos, con la mayor cortesanía, y forma con ellas grupo galante. Van a salir, pero les cierra el paso Magloire el poeta, ya completamente borracho.

MAGLOIRE. — *Insultando a las mujeres.* ¡Je, je, je, je!

¡Las madamas, sin hacer ruido,
dejan durmiendo al buen marido...!
¡Oh... eh! ¡Oh... eh! ¡Bien ronca el menguado!
¡Cuando despierte... le habrán coronado!
¡Oh... eh...! ¡Oh... eh!

DAMA 1.ª — *Con despecho, al poeta.* ¡Ah, Magloire, viejo cínico, ¿ya estás tú de coplas? ¿Por qué no haces una sobre tu panza, tonel de vinagre?

DON JUAN. — *Con empaque y desafío.* ¡Paso!

MAGLOIRE. — *Apartándose un poco, con desprecio, y gritando con voz ronca.*

¡Pasad, sí, pasad!... ¡Esa es vuestra vida!
¡Pasar... sin sentir el dolor de la herida...!
¡Reir... aunque grite la carne dolida...!
¡Pecar... aunque llore el alma vendida...!
¡Pasad, entre el fango, que esa es vuestra vida!

DON JUAN. — ¡Ja, ja, ja, ja!... ¡Triste tenéis el vino, señor poeta!... ¡Pasar, reir, pecar! ¡Sí... esa es la vida! ¡Llévese el diablo el alma... si la encuentra! *También medio borracho.* ¡Treinta años hace que la estoy buscando por todos los rincones del cuerpo... y aún no he dado con ella!... ¡Ja, ja, ja!... Pasar... ¡Mientras quede en mi

cuerpo una gota de sangre, he de pasar... saboreando en todos los placeres, el vino de la vida! ¡Vamos, señoras!

Salen los cinco en grupo, arrollando al poeta, que se desploma completamente borracho y rueda por el suelo, y se pierden entre las turbas que gritan.

UNOS. — ¡Uh, uh, uh!

Aparecen por la derecha, primer término, PANFILO y JUANA, su mujer, forcejeando. Ella ha visto a don Juan; quiere correr a su encuentro, él la detiene a empellones, diciéndole con la mayor dulzura, palabras melosas.

JUANA. — Por allí... por allí... ya le veo...

PÁNFILO. — ¡A casa, cielo de amor, a casa... hechizo mío... a casa, serafín!

La saca a empujones mientras las turbas danzan y gritan.

UNOS. — ¡Uh, uh, uh!

OTROS. — ¡Sirena, sirena, sirena de la mar!

OTROS. — ¡Salvaje, salvaje, salvaje de París!

OTROS. — ¡Oh, barril, barrilete divino!

OTROS. — ¡Uh, uh, uh!... ¡El Buey Gordo, el Buey Gordo!

Se ve a don Juan que, entre el barullo, abraza y besa a sus tres damas, mientras cae el telón.

ACTO CUARTO

EN MITAD DEL CAMINO DE LA VIDA

P E R S O N A J E S

Don Juan.
Pánfilo.
Casilda.
El ventero.
La ventera.
El estudiante.
El soldado.
El arriero.

A C T O C U A R T O

Patio de una venta en los montes de Aragón. Por el portón abierto, se ve el camino. Empieza a anochecer. El día ha sido caluroso de fin de verano y la noche ha de ser serena, sin luna.

Al levantarse el telón, el ARRIERO y el SOLDADO, sentados a una mesa debajo de la parra, beben; el VENTERO, que les ha servido, está en pie junto a ellos; la VENTERA, sentada en un poyo, en el fondo, hila en una rueca, estopa; el ESTUDIANTE, sentado en otro poyo, junto a la puerta, puntea una guitarra y canta bajito; CASILDA, no muy lejos de él, sentada en una sillita baja, labra encaje en una almohadilla, aprovechando las últimas luces de la tarde.

ESTUDIANTE. — *Cantando bajito al son de su guitarra.*

Echemos suertes, por ver
quién antes se ha de cansar:
yo, aborrecido, de amar;
tú, amada, de aborrecer.

ARRIERO. — ¡Otro jarro de vino, maese Andrés!

El Ventero, sin responder, entra en la casa a buscar el vino.

CASILDA. — *Levantándose y recogiendo la labor.* Ya no se ve.

ESTUDIANTE. — ¿Para quién labráis con tanta afición, señora doncella?

CASILDA. — *Sonriendo.* Labro para mí, señor estudiante.

ESTUDIANTE. — Serán los encajes del ajuar de novia.

CASILDA. — ¿Por qué han de ser para el ajuar de novia? ¿Pensáis que si no me caso, no puedo gastarlos?

ESTUDIANTE. — ¿Por qué no os habéis de casar?

CASILDA. — Porque no quiera.

ESTUDIANTE. — *Riéndose.* ¡A otro perro con ese hueso! Toda mujer está rabiando por encontrar marido.

CASILDA. — Eso se figuran todos los hombres.

Se aparta a un lado, se apoya en el quicio de la puerta, y se pone a mirar al camino, ya indeciso en la penumbra del anochecer.

VENTERO. — *Saliendo con el jarro de vino.* Otro jarro de vino. *Le pone en la mesa con prosopopeya.* Y van tres.

ARRIERO. — Se pagarán.

VENTERO. — *Solemne.* ¡Eso creo, y por eso lo sirvo!

SOLDADO. — ¿De balde no daríais ni uno solo?

VENTERO. — ¡Ni una gota!

SOLDADO. — ¡Hi de tal! ¿Y os llamáis cristiano viejo? ¿No sabéis que dice la ley de Dios: Dar de beber al sediento?

VENTERO. — ¡Sí, pero no vino! Para la caridad *Señala la alcarraza que cuelga entre las hojas de la parra.* ahí está esa alcarraza rebosando perlas. ¡Una sed de agua no se le niega en esta casa a nadie que la pida por amor de Dios!

SOLDADO. — ¡Barato compráis vos el cielo, hermano!

VENTERO. — ¡Para eso hay quien compra el infierno a fuerza de fatigas!

ARRIERO. — ¡Bueno es el vinillo!

VENTERO. — Añejo y moro.

ESTUDIANTE. — Eso sí que no es de creer. ¿En casa tan cristiana como la vuestra había de estar el mosto sin bautismo?

SOLDADO. — ¿No habría unos torreznos con que acompañarle?

VENTERO. — ¡Pagándolos antes, los hay!

SOLDADO. — ¡Desconfiado sois!

VENTERO. — Decid curioso. Aún no he visto el color de vuestra moneda.

ARRIERO. — Traedlos, maese Andrés, que respondo yo: el señor va conmigo y es mi huésped.

VENTERO. — Siendo así, no hay que hablar. *A la Ventera.* Teresa, unos torreznos para los señores.

SOLDADO. — ¡Ira de Dios! ¡Que en este perro mundo haya de lograr más crédito un arriero que un soldado! ¡Para esto se pasan fatigas y sudores ganándole reinos al Rey!

ARRIERO. — ¿No tiene sed el señor estudiante?

ESTUDIANTE. — Sí que la tengo, mas para remediarla me bastan las perlas de la alcarraza.

Se levanta y va a dirigirse hacia la parra.

CASILDA. — *Alcanzando con presteza la alcarraza y ofreciéndosela.* Aquí está. Fría igual que la nieve.

ESTUDIANTE. — *Bebiendo y devolviendo la alcarraza.* ¡Dios os pague la caridad, bella Samaritana!

CASILDA. — Aunque cuesta poco, según ha dicho antes el señor soldado, se ofrece con buen corazón.

ESTUDIANTE. — *Con guasa.* ¿Vos tenéis corazón? ¡Quién lo creyera!

CASILDA. — *Siguiendo la broma.* Grande como el mundo. Pero le guardo con llave y cerrojo.

ESTUDIANTE. — Ladrón habrá que sepa forzar la cerradura.

CASILDA. — Hay un cuchillo detrás de la puerta.

ESTUDIANTE. — *Mirándola con curiosidad.* ¿Cuántos años tenéis?

CASILDA. — Quince he cumplido.

ESTUDIANTE. — ¿Cómo os llamáis?

CASILDA. — Casilda, para servir a Dios.

ESTUDIANTE. — *Sonriendo.* ¡Más bien debierais llamaros Lucrecia!

CASILDA. — *Con seriedad pueril.* No, por cierto. Lucrecia se clavó el cuchillo en el pecho, después que Tarquino la forzó... Yo se le hubiera clavado a él antes de que llegara a mi cuerpo.

ESTUDIANTE. — *Asombrado.* ¿De dónde sabéis vos la historia de Lucrecia, señora Casilda?

CASILDA. — *Sonriendo.* ¿De dónde la sabéis vos, señor estudiante?

ESTUDIANTE. — La he leído en un libro.

CASILDA. — Yo también.

ESTUDIANTE. — Pero ¿sabéis leer?

CASILDA. — De corrido.

ESTUDIANTE. — Pocas mujeres saben.

CASILDA. — *Con gravedad.* Mi madre quiso que aprendiera, para que pudiera estudiar en las historias los engaños que nos hacen los hombres.

VENTERA. — *Saliendo con una fuente y un velón encendido.* Aquí están los torreznos.

SOLDADO. — ¡Alabado sea Dios!

ARRIERO. — ¿No hay pan?

VENTERO. — Sí tal; ahora lo traigo.

SOLDADO. — *Mirando a Casilda con ojos codiciosos.* Que lo traiga la moza.

VENTERA. — *Secamente.* La moza no está para servir.

SOLDADO. — ¡A fe que la criais con regalo!

VENTERA. — El que merece.

SOLDADO. — Sí que es bocado de Rey o de Papa. ¿La guardáis para algún caballero con buena bolsa, como madre prudente?

VENTERA. — Eso, hermano, no es cuenta vuestra.

Da media vuelta y entra en la casa, donde el Ventero ha entrado también. Vuelve a salir inmediatamente con una hogaza, de la cual parte dos grandes rebanadas de pan, y deja el resto sobre el poyo, volviendo a entrar en la casa en cuanto ha servido a los huéspedes. Estos comen. Casilda sigue hablando con el Estudiante.

ESTUDIANTE. — *Que se acerca a la puerta, después de haber dejado la guitarra.* Ea, ya cae la noche, y se levanta fresco. ¡Quedaos con Dios, señora Casilda, y que el niño Amor os ablande ese pecho de roca!

CASILDA. — ¿Ahora os marcháis?

ESTUDIANTE. — En verano, la noche es el mejor tiempo para andar.

CASILDA. — ¿Vais muy lejos?

ESTUDIANTE. — Vengo de Sevilla y voy a Salamanca.

ARRIERO. — ¿Pasando por los montes de Aragón? El camino es derecho.

ESTUDIANTE. — Me gusta rodear para ver mundo.

Se acerca a la mesa.

CASILDA. — ¿Y vais siempre a pie? Dicen que los caminos no están seguros.

SOLDADO. — Ahí, a la entrada del encinar, desvalijaron noches atrás a un mercader, y colgaron lindamente su cuerpo de un soberbio alcornoque.

ESTUDIANTE. — ¡Bolsa vacía, no teme ladrones!

Casilda, mientras el Estudiante sigue hablando con los otros, se acerca sigilosamente al poyo donde el Ventero ha dejado la hogaza, parte de ella un gran pedazo de pan, y le mete en el hatillo que el Estudiante ha dejado en el poyo donde antes estaba sentado.

SOLDADO. — Al paso que lleva vuesa merced, cuando llegue a Salamanca, ya tendrá canas.

ESTUDIANTE. — Con eso estudiaré más sesudamente. La ciencia tiene espera.

ARRIERO. — Beba vuesa merced por despedida un trago de vino, si no tiene a menos probar de lo nuestro.

ESTUDIANTE. — *Cogiendo el jarro.* Todos somos hijos de Dios.

Bebe.

SOLDADO. — Y nietos de Noé.

ESTUDIANTE. — *Dejando el jarro.* Se agradece la cortesía.

ARRIERO. — De salud os sirva.

SOLDADO. — Buen viaje, hermano.

ESTUDIANTE. — ¿Dónde está mi hatillo?

CASILDA. — *Dándosele.* Aquí... aguardad... Se había desatado y le he afianzado con una cuerda.

ESTUDIANTE. — Dios os lo premie. Cuando vuelva doctor en Salamanca, me he de casar con vos, mas que os pese.

CASILDA. — Aguardaré sentada para no cansarme.

ESTUDIANTE. — *Riendo también.* Ir y volver. ¡Cosa de siete años!

Sale y se le oye cantar al alejarse por el camino.

¡Cuatro oficios tengo, madre,
no sé cuál será el peor
zurraire, pelamelaire,
trapisondista y ladrón!

SOLDADO. — Alegre va.

CASILDA. — Canta para matar el hambre.

ARRIERO. — Mejor la matará, en cuanto pierda de vista la venta, con la media hogaza que le habéis puesto en el hatillo. Sois dadivosa.

CASILDA. — *Sencillamente.* Tengo caridad.

SOLDADO. — *Que se ha acercado a ella por detrás e intenta abrazarla.* ¿Gustáis de hacer favores, buena moza?

CASILDA. — *Volviendo rápidamente y dándole un puñetazo que a poco le derriba.* ¡Sí, mas no a costa de mi cuerpo!

SOLDADO. — ¡Hi... de tal! ¡Me habéis echado fuera cuatro muelas!

Escupe y se pasa las manos por la cara.

CASILDA. — *Enojadísima.* Con eso aprenderéis a mirar dónde ponéis las manos.

ARRIERO. - *Riéndose.* ¡Era con buena intención, doncella!

CASILDA. — De esas dicen que está empedrado el infierno. *Al soldado, poniéndose en jarras.* Volved por uvas, que os espero, hermano. ¿De qué os reis vos?

Esta pregunta se la dirige a un caballero que en el momento del puñetazo ha aparecido en la puerta, acompañado de su escudero. Caballero y escudero son DON JUAN y PÁNFILO que vienen de camino. Han pasado diez años desde el acto anterior. Don Juan tiene ahora cuarenta, pero conserva toda su arrogancia, afirmada por la madurez. Algunos hilos de plata aparecen en su cabello, que antes (como el de Cervantes) fué de oro.

DON JUAN. — *Que se ha detenido y se ha echado a reir al ver la derrota del soldado y la fiera actitud de Casilda.* ¡De la braveza con que se saben defender las hembras de mi tierra! *Acercándose al soldado y dándole una palmadita en el hombro.* Señor soldado, *¡cœtdant armas togœ!*

SOLDADO. — *Con mal humor.* Y eso, en cristiano, ¿qué quiere decir?

DON JUAN. — ¡Quiere decir, amigo, que donde hay sayas, no valen espadas!

SOLDADO. — *Mirando a Casilda con mal ceño.* En un monte y a solas la quisiera yo ver. ¡Las mujeres no se defienden sino cuando hay testigos, por el qué dirán!

Casilda le mira con desprecio rencoroso y entra en la casa. Don Juan se sienta, dejando la capa, la espada y el sombrero sobre la mesa. Pánfilo, que ha entrado por detrás, da un golpe sobre la mesa con el puño de la espada, y grita.

PÁNFILO. — ¡Alabado sea Dios!

VENTERO. — *Apareciendo en la puerta.* ¡Por siempre! ¿Qué se ofrece?

PÁNFILO. — *Adelantándose.* ¿Hay posada?

VENTERO. — ¿Para quién?

PÁNFILO. — *Señalando a don Juan.* Para un caballero andaluz, que ha corrido el mundo de punta a punta, y ha perdido el camino en una encrucijada al volver a su tierra.

VENTERO. — *Confidencialmente.* ¿Trae dineros?

PÁNFILO. — *Con empaque.* Trae dineros para enterrarte en oro si le sirves bien, y trae una tranca para molerte a palos, si la cama es dura.

VENTERO. — No es menester tanto. Hay colchones de sobra. ¿Venís solos?

PÁNFILO. — A la puerta del corral quedó el mozo de mulas con los caballos.

VENTERO. — *Acercándose obsequioso a don Juan.* ¿Queréis cenar, señor?

PÁNFILO. — Hemos cenado de lo nuestro. ¿Piensas que íbamos a guardar el apetito para la bazofia de tu mesón?

DON JUAN. — *Amable.* Servidme unas conservas, si las hay, y un vidrio de agua fría.

VENTERO. — ¡Agua sola, señor!

PÁNFILO. — ¡Calla, menguado, que se te pagará como si fuera vino!

DON JUAN. — *A Pánfilo.* Acomoda las camas.

PÁNFILO. — ¿Dónde están?

VENTERO. — Venid conmigo. *Se dirige con Pánfilo a la casa. En la puerta, grita.* ¡Teresa, huéspedes!

DON JUAN. — *Al soldado, que no deja de frotarse la mejilla.* ¿Aún os duelen las muelas?

SOLDADO. — *Con rencor.* ¡Tiene puños de hierro la maldita!

ARRIERO. — Ya os había advertido que es la virtud más fiera de todo Aragón *Se levanta.* Vamos a dormir, que las noches de verano son cortas y mañana hemos de emprender la jornada con el alba.

SOLDADO. — *Levantándose y bebiendo el último trago de vino.* Vamos allá.

Se dirigen hacia la puerta de la corraliza, a tiempo que sale CASILDA de la casa, trayendo un platillo con dulce de frutas y un búcaro con agua.

CASILDA. — *Poniendo el refresco sobre la mesa de don Juan.* ¡El agua y las conservas, señor!

SOLDADO. — *Con rencor.* ¿A los caballeros sí los servís?

CASILDA. — *Secamente.* Sirvo a quien me parece.

SOLDADO. — Bueno es saberlo. *Con mal modo.* Decidme, señora Casilda, ¿cuántas plumas hay que llevar en el sombrero y cuántos ducados en la bolsa para que os dejéis forzar de buen grado?

CASILDA. — *Ofendida.* ¡Sois un deslenguado y un insolente!

SOLDADO. — ¡Ja, ja, ja! . . . ¡Melindres en mesón!

Sale riéndose con tono insultante. Casilda le mira con ira.

DON JUAN. — No os ofendáis, niña; que no es él quien habla, sino su despecho.

CASILDA. — *Con ligero desabrimiento.* ¿Por qué me llamáis niña?

DON JUAN. — ¿Acaso no lo sois?

CASILDA. — ¡Ojalá no lo hubiera dejado de ser nunca!

DON JUAN. — *Sonriendo.* ¿Os pesa ser mujer?

CASILDA. — ¡Sí, puesto que hay hombres en el mundo!

DON JUAN. — ¿Qué agravio os han podido hacer los hombres para que así los aborrezcáis?

CASILDA. — Ofenderme con su mal deseo.

DON JUAN. — De eso debéis culpar, no a ellos, sino a vuestra hermosura.

CASILDA. — No es tanta.

DON JUAN. — *Entusiasmándose a medida que habla.* Sí, lo es... nueva, sana y fresca, y por eso llama al deseo, como fruta en el árbol, como agua en la fuente, como flor que se acaba de abrir y aún tiene, en los pétalos, diamantes del rocío de la mañana. Señora Casilda, vos sois niña y piadosa, pero salís al huerto y cortáis la rosa del rosal, porque os llama el deseo de su aroma, y robáis las cerezas al árbol, porque el deseo os pide morderlas, y tomáis en la taza de las manos el agua de la fuente, porque su frescura os despertó la sed, y la bebéis para gozar a un tiempo nieve, cristal y espuma... ¿Por qué habéis de culpar a los hombres, si desean beber el agua fresca de vuestra risa entre las coloradas cerezas de vuestros labios?

CASILDA. — *Un poco turbada por la lógica de don Juan.* ¡Ni rosas ni cerezas tienen alma!

DON JUAN. — *Vivamente.* ¡Por eso ellas no engendran sino deseo, y la hermosura humana engendra amor!

CASILDA. — *Hoscamente.* ¿Qué es amor?

DON JUAN. — *Con gracioso lirismo.* ¿Qué es amor? ¿Lo preguntáis vos, niña mujer, que sois su más perfecto simulacro? ¿Qué es amor? Amor es el fuego que os encien-

de el alma, del que dan testimonio las centellas que arden en vuestros ojos; amor es la fuerza de vuestra limpia sangre, la que os pinta claveles en las mejillas y os esculpe corales en los labios... ¿Preguntáis qué es amor? Miraos al espejo, y le veréis armado de punta en blanco, pidiendo guerra al mundo y alzando, el muy traidor, en vuestra frente, bandera blanca para mejor vencer, fingiendo paces...

CASILDA. — *Resistiéndose al hechizo de las palabras.* ¡Ay, palabras galanas!

DON JUAN. — Verdades grandes. *Habla con más gravedad y con la voz emocionada.* Amor, Casilda, mas que no lo queráis reconocer, es la dulce inquietud que os desvela y os hace suspirar en la noche; es la alegre esperanza que os despierta cantando al amanecer... Suspiráis y esperáis porque aún no habéis amado, y el amor se impacienta en vuestro pecho... Amor... es ese mismo horror al hombre que os profetiza que, por mano de un hombre, os ha de vencer...

CASILDA. — *Sordamente.* ¡Nunca!

DON JUAN. — *Sonriendo paternalmente.* No temáis la derrota inevitable, que en batallas de amor perder es ganar. *Levantándose y acercándose un poco a ella.* Dadme acá esa mano.

CASILDA. — *Retrocediendo un poco.* ¿Para qué?

DON JUAN. — *Apoderándose con dulzura de la mano, que no le quiere dar.* No tembléis, que no os he de hacer mal... Ya soy viejo...

CASILDA. — *Sinceramente.* ¿Vos?

DON JUAN. — *Sentimental.* Tengo cuarenta años... He

querido amar y he creído amar... infinitas veces... infinitamente... ¡Ay de mí!

CASILDA. — *Sorprendida.* ¿Por qué suspiráis?

DON JUAN. — *Como si hablase consigo mismo.* Porque pienso que acaso hasta ahora no encontré el amor, y que cuando le halle, será ya demasiado tarde... *Casilda, de nuevo alarmada, hace ademán de retirar la mano; él de nuevo la sujeta dulcemente.* Mas dejemos eso; no se trata de mí, sino de vos... Veamos...

Examina la mano de Casilda como si quisiera leer en ella su destino.

CASILDA. — ¿Queréis decirme la buena ventura?

DON JUAN. — ¿Por qué no?

CASILDA. — ¿Sois astrólogo?

DON JUAN. — Acaso. *Acariciando suavemente la mano de Casilda.* Dedos finos y largos, uñas de rosa, hoyuelos de niña o de reina... Tenéis mano hidalga, señora Casilda... No esperaba encontrarla en un mesón...

CASILDA. — *Con tristeza desabrida.* ¡Así va el mundo!

DON JUAN. — *Acercando la mano de Casilda al velón y obligándola a inclinarse, para que también mire, con lo cual está muy cerca de ella y con el rostro casi tocando al suyo.* Ved... esta línea larga dice lo mucho que habéis de vivir, y este montecillo gordezuelo y alto lo soberanamente que habéis de amar... *Acercándose a ella y estrechándola suave y gradualmente.* ¡Ay, niña, niña... no quieras ser cruel contra ti misma!... Todo tu destino es de amor... tu alma es un puro fuego de amor... tu cuerpo, divino instrumento de amor, templado para las melodías inefables... vas por el mundo

llevando en ti un tesoro, y burlas de él, ignorando su precio y la palabra mágica que a ti misma te le ha de revelar... ¡Dichoso el que te enseñe la lección que no sabes!

CASILDA. — *Resistiéndose.* ¡No la quiero aprender!

DON JUAN. — ¿Por qué, ángel ciego?

CASILDA. — Porque es lección amarga.

DON JUAN. — ¿Quién te lo ha dicho?

CASILDA. — Quien lo aprendió a su costa.

DON JUAN. — ¡Bah; cuatro cuentos malos de gente baja y ruin!

CASILDA. — ¡Callad! ¿Qué sabéis vos?

DON JUAN. — ¿Quién ha podido enturbiar tu inocencia, blasfemando del mejor don del cielo? No hagas caso tú... el amor es la gloria de la vida, el cumplimiento de todas sus promesas. Ama, Casilda, ama y déjate amar. ¡Cuando estés prisionera entre los brazos del hombre que te ame, sabrás qué cosa es vida!

CASILDA. — *Turbada; pero queriendo apartarse de él, que la tiene casi abrazada.* ¡No lo quiero saber!

DON JUAN. — *Estrechándola con dulce violencia.* ¡Cuando tu pecho sienta, al par de los del tuyo, los latidos de su corazón, sabrás que hay cielo!

CASILDA. — *Más débilmente.* ¡No lo quiero saber!

DON JUAN. — *Inclinándose y hablándola muy cerca, pero sin llegar a besarla.* ¡Cuando tus labios se junten con los suyos en un beso, comprenderás que todas las lágrimas del mundo son precio escaso para tal ventura...!

CASILDA. — *Reaccionando violentamente.* ¡Ah, dejadme, dejadme...!

DON JUAN. — *Estrechándola.* ¡Cómo, si ya te tengo!

CASILDA. — *Luchando casi sin fuerzas.* ¡No, no...!

DON JUAN. — *Con fuerza y dulzura.* Sí, sí... rendida... prisionera en la red con que me prendes, abrasada del fuego en que me abrasas...

CASILDA. — *Con violencia, luchando aún más consigo misma que con él.* ¡Soltad o grito!

DON JUAN. — *Con suavidad infinita, estrechándola.* ¡No gritarás! *Le tapa dulcemente la boca con una mano.* ¿Por qué?

CASILDA. — ¡Aaaah!

Lanza un grito ahogado y muerde violentamente la mano de don Juan. El, sobrecogido momentáneamente por el dolor, la suelta. Ella escapa y, temblando, enloquecida, se precipita hacia la puerta de la casa y entra corriendo en ella, dando un tremendo encontronazo a PANFILO, que sale con otro velón en la mano, y que se la queda mirando con susto.

DON JUAN. — *Soltando a Casilda.* ¡Ah, ladronzuela, me has mordido la mano!

Sonríe, y, acercándose a la mesa, saca un pañizuelo de la escarcela, y empapándole en agua que toma del búcaro, restaña las gotas de sangre que han hecho brotar los dientecillos agudos de Casilda.

PÁNFILO. — *¡Dóminus vobiscum!* ¿Dónde va esa bala? *Levanta el velón para mirar en derredor, y ve a don Juan lavándose la mano.* ¿Qué haces, señor? *Se acerca a él.* ¿Estás herido?

DON JUAN. — Las flechas de Cupido, que alguna vez yerran el blanco.

PÁNFILO. — *Mirando a la puerta por donde ha salido Casilda.* ¿Escapó el pájaro?

DON JUAN. — Cuando ya le contaba en la jaula. ¡Vive Dios que ha sido resistencia bizarra, no sólo contra mí, sino contra el deseo que la rendía. No he sentido jamás latir un pecho de mujer con tanto anhelo; nunca he tenido cerca boca más abrasada por la calentura de amor... y, sin embargo, ¡cómo se defendía! *Pensativo.* ¡Que una villana, moza de mesón, sepa saltar, sin quemarse las alas, la hoguera en que tan altas damas se prendieron...!

PÁNFILO. — No es moza de mesón ni villana, aunque viste como si lo fuera. La ventera, que pasa por su madre, me ha estado relatando, mientras aderezaba las camas, no sé qué cuentos... Parece que la madre verdadera fué una rica hembra, que seducida *ad libitum*, como es razón, y abandonada *ad posteriorem,* como es costumbre, se huyó de casa de su padre, y se vino a estos montes a esconder su deshonra...

DON JUAN. — ¡Sí que debe llevar en la sangre fuego de pecado mortal! *Se aparta de Pánfilo y habla como si hablase consigo mismo.* Tiene un hechizo diabólico... Todo yo me abraso cuando me acerco a ella...

PÁNFILO. — Habla solo... *¡Miserere mei! Acercándose.* Señor, ve que hay relente, y estamos en tierra de malos médicos y de buenos enterradores. ¡Retírate a dormir, que la noche está fresca y la cama blanda.

DON JUAN. — *Reaccionando con violencia.* Dices bien... Vamos... Amanecerá Dios y medraremos... *Para sí, con la voz turbada.* Temblaba como la hoja en el árbol...

Entra en la casa.

PÁNFILO. — Y nos ha dejado tiritando como árbol sin hojas...

Entra detrás de don Juan: se lleva unó de los velones y deja el otro sobre la mesa. Un segundo, queda la escena sola. Después sale el VENTERO, recoge el otro velón, el platillo intacto de las conservas, el búcaro, los restos de la cena del arriero, y entra en la casa sin decir palabra; pasado un instante se abre despacio el portón que da al camino y entra con sigilo el ESTUDIANTE, que vuelve a cerrar.

ESTUDIANTE. — El hambre es madre de la temeridad, mas el haber comido engendra la prudencia. Yo salí ha poco de esta venta, y me eché al inseguro camino, tan desesperado por el no comer, que poco me importaba topar con bandoleros, y aun perder la vida a sus manos. Pienso que me alentaba, así Dios me perdone, la esperanza negra de que antes de colgarme de un árbol, me diesen de cenar... Pero he comido, ¡loado sea Dios!, merced a la piedad de esta Santa Casilda, que me ha hecho la limosna vergonzante de media hogaza, y he aquí que apenas he llenado el estómago, le he vuelto a tomar afición entrañable a la vida, y no quiero arriesgarla neciamente... Dormiremos la noche bajo techado, ya que el cielo nos alargó el vivir, y mañana escaparemos con el alba, antes que el ventero quiera hacernos pagar en palos la posada... Por aquí debe estar el corral... No faltará un montón de paja en que estirar los huesos... ¡Ay, señora Casilda, si no tuvierais ese pecho de piedra berroqueña, y quisierais llevar la caridad hasta darme un rincón en vuestra cama...! Duerme, duerme, puesto que has

comido, saco de pecados, y no quieras pedirle peras al olmo!

Se entra callando por la puerta de la corraliza. Apenas ha desaparecido el Estudiante, se abre la puerta de la casa y sale DON JUAN con la ropa desceñida y un poco despeinado, como quien acaba de saltar de la cama. Da algunos pasos por el patio, se sienta en el poyo, vuelve a levantarse.

DON JUAN. — ¡Fementido mesón, y potro, que no cama, de tormento! ¡Satanás mismo la debe haber sembrado de espinas! *Respira profundamente.* ¡Ah, noche callada y bruja, propicia a los sabrosos hurtos de amor!... ¿Duermes, Casilda? Fruta verde y nueva, tentación irritante del deseo, ¿duermes?... Si despertaras en mis brazos, pajarillo asustado y prisionero, ¿gritarías entonces?... ¿morderías? ¡Ah, bestezuela; tus dientes menudos, clavándose en mi carne, creo que me han llegado al corazón! ¿Duermes? No duermes... no puedes dormir... has probado el sabor del deseo y no puedes dormir... Me esperas... me llamas... ¡Si no acudo, mañana burlarás de mí, necio, que te dejé escapar rendida y no lograda!... ¡Ah, no!... ¡mil veces, no! ¡No ha de reirse de don Juan una rapaza astuta! *Mirando hacia el portal de la casa.* ¡Has cerrado tu puerta! *Se ríe.* Pero, bien puedo hallar tu ventana... Ésta ha de ser... *Se acerca a la ventana que hay a la izquierda del portal.* ¿Cederá? ¿Por qué no? Con la daga... ¡Ah, señora dormida, abrid los ojos! *Vacilando un poco, cuando empieza a ceder la ventana.* ¡Sin embargo... esta fiera inocencia me inspira no sé qué pavoroso respeto! *Reaccionando.* ¡Ja, ja, ja!... ¡Te haces viejo, don Juan!... ¿Cuándo,

hasta ahora, hallaste en tu camino una flor que cortar, y pasaste de largo? ¡Nuestro honor está en juego! *Con cinismo y empaque.* ¡Santiago, y cierra, España!

Empuja suavemente la ventana, que cede, y salta dentro. Pasado brevísimo espacio de tiempo, se oye un grito ahogado, el ruido de una breve, silenciosa y violenta lucha, algo cae al suelo con golpe sordo, y, abriéndose de nuevo la ventana, esta vez de par en par, salta DON JUAN por ella, harto más apresuradamente que cuando entró, y jadeante se desploma en el poyo, llevándose la mano a lo alto del pecho, por encima del corazón, casi junto al hombro. Se hace luz en el cuarto de CASILDA. Es que ella ha encendido un velón. Se la ve salir, abriendo la puerta que se supone da a un corredor interior, y, por fin, aparece en la puerta del portal, agitada y temblorosa, llevando el velón en la mano, a medio vestir, con falda y camisa aldeana de mangas largas, el peinado deshecho. La expresión de su rostro no es fiera, sino angustiada y casi dolorosa. Se detiene, como si le diese miedo adelantar, y pregunta en voz queda y temerosa.

CASILDA. — ¿Señor, estáis herido? *Don Juan no responde, y ella, temblando, adelanta unos cuantos pasos, y repite con más angustia la pregunta.* Señor, ¿estáis herido?

DON JUAN. — *Con dulzura.* Pienso que sí, Casilda, pienso que sí, aunque no de muerte. Acerca esa luz, y veremos... *Casilda se acerca temblando.* No temas, que estoy bien escarmentado. *Casilda va junto a él, levanta el velón, y le ayuda a examinar la herida.* ¡Bah, un rasguño!

CASILDA.— *Serenándose muy poco a poco.* Dejad, señor, que restañe la sangre. *Deja el velón sobre la mesa, y alcanza la alcarraza.* Aquí hay agua... ¿Tenéis un lienzo? *Don Juan le da*

un pañizuelo, y ella, diestra y prestamente, aunque siempre angustiada, lava la herida. No acudió nadie...

DON JUAN. — *Mientras ella le lava.* Sin duda todos duermen... ¡Bien sabes curar las heridas que abres!

CASILDA. — *Aún temblando.* Perdonadme, señor, mas bien visteis que no hubo otro remedio...

DON JUAN. — *Sonriendo.* ¡Fieramente cerraste contra mí!...

CASILDA. — *Con voz sorda.* ¡Fieramente hay que defender lo que en mucho se tiene!

DON JUAN. — Dime, Casilda: ya que me curaste con tus manos la herida, y con la herida, de mi mal deseo, ¿de dónde te viene tan fiera castidad? ¿Cuál es el talismán que así te escuda el pecho contra todas las flechas de Amor?

CASILDA. — *Con apasionamiento y exaltación, que crecen a medida que habla y la hacen temblar violentamente.* ¡No es castidad, señor, que es amargura; no es fiereza de corazón, sino lección de lágrimas, aprendida en el regazo mismo de mi madre! Mientras me daba el pecho, lloraba, y su llanto caía en mi rostro, y yo le bebía y con él me crié, y tengo su sabor en las entrañas... Mi madre era niña como yo, y más dichosa... era noble... criada con regalo... era hermosa, por su desdicha... Un hombre, dicen que noble como ella por la cuna... aunque villano por el proceder, la engañó y la burló fingiendo ese amor, que él no sentía y que supo encender en su pecho... ella, señor, no pudo olvidar ni el amor ni el agravio; mientras vivió, esperó desesperada, y mientras tuvo aliento maldijo su fla-

queza. Y su tormento, me ha grabado con fuego en la memoria la lección que me dictaban sus palabras: «¡Huye del amor, hija, que amar es perderse; no escuches juramentos de hombre alguno, que son traición y engaño! ¡Ellos no aman, no saben amar, no pueden amar! ¡Buscan el goce del momento en nuestro cuerpo que por ellos arde, y cuando le han logrado, como vaso roto, le arrojan de sí y huyen... y nosotras seguimos amando, amando hasta morir desesperadas! ¡Te abrasan, y su fuego es mentira; te juran, y es mentira; suplican, y mienten; acarician, y mienten; deliran junto a ti, y mienten, mienten, mienten!» *Con voz ronca y áspera.* ¿Cuál es el talismán que me defiende? *Saca del pecho, donde le lleva a modo de escapulario, doblado en menudos dobleces, un papel viejo y amarillento.* ¡Éste, que no se aparta de mi pecho, desde que ella me lo entregó al morir, y que como áspid fiero me envenena el alma!... Éste, señor, es el papel, que el mal nacido que burló a mi madre le escribió como empeño y promesa de matrimonio, cuando quiso lograrla... Ella, ¡desventurada!, no sabía leer... ¡Por eso sé leer yo desde niña! ¡Éste es el documento en fe del cual, mi madre se entregó como esposa, y se encontró manceba!... ¡Esta es la burla que se halló entre las manos, cuando quiso pedir su derecho!... ¡Éste es el testamento que me condena a mí, inocente, a infamia y bastardía... el que me niega el padre, después de haber hecho morir deshonrada a mi madre!... ¡Leed, señor, leed y sabréis quién me guarda!

DON JUAN. — *Toma el papel que ella con angustia le alarga, le desdobla y le empieza a leer alto, con aguda curiosidad; pero, a medi-*

da que lee, se va pintando en su rostro el más angustioso desconcierto, aunque lucha por ocultarle, y, poco a poco, va bajando la voz.

«Promesa de casamiento...
Palabra que lleva el viento...
¡No esperes su cumplimiento!

Me amaste y te amé, doncella...
Apuesto soy, si tú bella.
¿A qué tu ociosa querella?

Placer me diste y te di...
Pagué cuanto recibí.
¿Qué más pretendes de mí?

Juramentos de galán.
Cenizas que al aire van.
¡Te lo jura tu don Juan!»

Desconcertado repite sordamente su propio nombre. ¡Don Juan!...

CASILDA. — *Con exaltación delirante, repitiendo el nombre a su vez, como si le mordiera al pronunciarle.* ¡Don Juan! ¡Nombre de infierno! ¡Nombre en el que he aprendido a aborrecer! ¡Nombre que me ha enseñado lo que es dolor y afrenta! ¡Don Juan! ¡Don Juan! ¡En nombre de todas las mujeres que han llorado por engaños de amor, yo te maldigo! *Mirando a don Juan que, desconcertado y convulso, estruja entre sus manos el papel y empieza a desgarrarle sin darse cuenta de lo que hace.* ¿Qué hacéis, señor? Volvedme ese papel...

DON JUAN. — *Balbuciente.* Perdonad... no he querido...

CASILDA. — *Rendida por su exaltación misma, y hablando queda y dolorosamente.* ¿Os conturba la triste historia de una

desventurada? ¡Recordadla, señor, siempre que un mal deseo os encienda la sangre!

Dobla el papel, vuelve a guardarle cuidadosamente en el pecho, se dirige hacia la casa lentamente, como si llevara encima todoel peso de las culpas del mundo, y entra en ella sin volver la cabeza.

DON JUAN. — *Lanzándose hacia ella con un impulso de nobleza.* ¡Casilda! *Pero como ella no vuelve la cabeza, se arrepiente, hace un gesto, mezcla de angustia, repugnancia hacia sí mismo, y cobardía, y retrocede.* ¡Eh!

Se deja caer en el poyo y esconde un instante la cabeza entre las manos. Hace un momento que ha empezado a despuntar el alba. Se oyen cantar los gallos, sonar en el corral los cascabeles de las colleras de las mulas. La voz del ARRIERO suena alta y fuerte.

ARRIERO. — *Dentro.* ¡Ea!, señor soldado, alzad, que ya amanece. *Entra en el patio.* ¡Maese Andrés, pienso para la recua, que ya es tarde! *Da golpes sobre la mesa, con la vara que trae en la mano.* ¿No hay nadie en la venta?

VENTERO — *Dentro.* Voy... voy... *Sale.* ¡A fe que despertáis con mal genio!

ARRIERO. — ¡Quiero llegar antes de que el sol pique a la Venta del Cuervo!

VENTERO. — ¿Almorzaréis, al menos?

ARRIERO. — Con pan y un pimiento habrá suficiente. La recua es lo que importa...

VENTERO. — Vamos allá. *Después de haber cogido un cedazo se dirige al corral con el Arriero. Al pasar por la puerta de la casa grita.* ¡Teresa! ¡Casildilla! *Sale con el Arriero.*

PÁNFILO. — *Saliendo en busca de don Juan.* ¿Dónde estás, señor? *Viéndole cómo sigue sentado en el poyo, con el rostro oculto entre las manos.* ¿Tú, en pie con el alba? ¿Rezas o duermes? *Como no contesta le sacude un poco en el hombro.* Señor...

DON JUAN. — *Volviendo en sí y poniéndose en pie, con un poco de desvarío.* ¡Vámonos, vámonos... ¡Este maldito mesón está embrujado...! ¡Vamos!

PÁNFILO. — ¡Pero, señor... considera...!

DON JUAN. — *Cogiendo su capa, su sombrero y su espada y poniéndoselos rápidamente.* Llama al mozo de mulas... ensillad... paga al huésped... alcanzadme...

Se dirige hacia el portón. En este momento, han salido de la casa la VENTERA con un jarro de vino, pan, unos pimientos y cebollas, y CASILDA, ya recogido el pelo y puesto un jubón. Las dos aderezan una mesa para el almuerzo del arriero, sin hablar.

PÁNFILO. — ¿Dónde vas, señor?

DON JUAN. — *Malhumorado.* ¡Al infierno!

PÁNFILO. — Famoso país. ¿Solo?

DON JUAN. — ¡Con el diablo!

PÁNFILO. — *¡Miserere!* Escapemos. ¡Si Jove frunce el ceño de mañana, al medio día suelen llover palos!

Entra rápidamente en la casa. Don Juan va a salir al camino cuando tropieza con el ESTUDIANTE que viene del corral e intenta también salir por la puerta que da al camino.

ESTUDIANTE. — *Con sorpresa y regocijo.* ¡Señor don Juan! ¡Vos en esta venta! ¿Adónde camináis tan de mañana?

DON JUAN. — *Con malhumor.* ¿Qué os va ni os viene a vos en mi camino? *Sale.*

ESTUDIANTE. — *Inclinándose, con guasa.* ¡Dios os guarde, señor don Juan! ¡Malas pulgas lleva!

CASILDA. — *Que al oir el nombre de don Juan, pronunciado por el Estudiante, se acerca a él con angustioso apasionamiento, y le coge del brazo.* ¿Qué nombre habéis dicho?

ESTUDIANTE. — *Sorprendido.* ¡Yo!...

CASILDA. — *Angustiadísima.* ¡Sí... ahora mismo... al nombrar a ese hombre...!

Señalando el camino por donde se ve alejarse a don Juan.

ESTUDIANTE. — Don Juan de España.

CASILDA. — *Con espanto.* ¡Ese es don Juan! *Con angustia infinita.* ¡Don Juan!...

ESTUDIANTE. — *Riendo.* ¿Os espanta su nombre? ¿Le teníais por huésped, y no le conocíais? Don Juan, sí, el caballero sevillano; el burlador, el reñidor, el que huyó de su tierra hace años, por desmanes de amor que cometiera con no sé qué dama principal, y que ahora vuelve a ella, después de haber llenado el mundo del ruido de su nombre. Tres días ha le topé en Zaragoza en una posada, y por cierto que estaba empeñado en una famosa aventura... *Viendo que Casilda, que ha abierto los ojos con espanto mientras hablaba, se lleva las manos a las sienes y vacila.* Pero... ¿qué os da, señora Casilda?

Acude a sostenerla.

CASILDA. — *Irguiéndose.* ¡Dejadme! *Corre como loca hacia la puerta.* ¡Don Juan!... ¿Eres don Juan? *Retrocediendo enloquecida y apretándose el pecho con las manos.* ¿Entonces... yo...? *Alargando las dos manos en desesperado ademán hacia el camino.* ¡Y lo sabes!... ¡Y te vas!... ¡Y no vuelves la cara... que-

dándome yo aquí!... *Gritando con odio.* ¡Ah, cobarde! *Con desprecio infinito, como si escupiera.* ¡Cobarde! *Con repentino y amarguísimo dolor, estallando en sollozos que le sacuden todo el cuerpo, y apoyándose con los brazos, para no caer, en el quicio del portón.* ¡Cobarde!

Se desploma lentamente, cogida con las dos manos al quicio, echando la cabeza hacia atrás y resbalando hasta dar en el suelo al caer el telón. El Estudiante y la Ventera acuden a ella, la recogen del suelo y la llevan al poyo, donde la tienden.

A C T O Q U I N T O

LA DAMA VELADA

P E R S O N A J E S

DON JUAN.
PÁNFILO.
LA DAMA VELADA.
ALMA 1.ª
ALMA 2.ª
ALMA 3.ª
LUCÍA.
UN MENDIGO.

A C T O Q U I N T O

Cementerio en una ciudad andaluza. Es un jardín alegre y florido (rosales, lilas, celindas, acacias enanas, naranjos, todo en flor, entre los altos cipreses), como ha de verse a la luz del día, cuando amanezca al terminar el acto. Pero, al levantarse el telón, es de noche, hay luna y no se ven sino las oscuras masas del follaje, destacándose casi en negro sobre la blancura de las sendas enarenadas. Entre los cipreses y las acacias, algunos monumentos funerarios de piedra y mármol.

Al levantarse el telón, hay un momento de silencio, pudiéramos decir trémulo, como si, en la soledad de la morada de los muertos, pasase el viento temblador del espíritu. Acaso esto pueda conseguirse con un efecto de música en que haya un trémolo de instrumentos sordos, opacos, sin timbre; vibración leve y monótona, rumor como de abejas, lejano redoble de un tambor cuyo parche fuese de terciopelo. Antes de que el rumor cese por completo, entra precipitada y sigilosamente DON JUAN, seguido de PÁNFILO.

PÁNFILO. — *Deteniéndose, un poco jadeante.* ¿Dónde vamos, señor?

DON JUAN. — ¡Calla y sígueme!

PÁNFILO. — Te sigo... pero, ¿a quién sigues tú?

DON JUAN. — ¿No lo adivinas, bellaco? ¡A ella!

PÁNFILO. — ¡Enterados!... Señor, como para nosotros todas son «ella», si no defines más, no te entiendo.

DON JUAN. — ¡En este instante, no hay para mí más que una!

PÁNFILO. — ¿La panadera de Alcalá?

DON JUAN. — ¡No blasfemes, menguado!

PÁNFILO. — Señor, como esta madrugada comimos de sus roscas con tan buen apetito, imaginé...

DON JUAN. — Aventura vulgar y baja, Pánfilo. ¡No quiero recordarla!

PÁNFILO. — ¡Olvidémosla!... Por lo visto, esta noche, picamos alto... Dime, señor, ¿es nuestra «ella» tal vez la señora Corregidora, que esta tarde, a la hora del paseo, en la Alameda, nos miraba con tan dulce melindre?

DON JUAN. — No, por cierto. La señora Corregidora es hermosa mujer... *Sonríe.* y generosa; pero su valor, con ser tanto, no pasa de corriente. La aventura que me arrastra esta noche, Pánfilo, tiene hechizo más hondo y magia más sutil...

PÁNFILO. — Hechizo... Magia... ¡Acabáramos! ¡Es Constancilla, la gitana, consumada hechicera y bruja si las hay!... ¡Cómo bailaba anoche la condenada! ¡Necio de mí, que no he acertado antes! ¡Sólo a ella, que tiene el diablo en el cuerpo, se le pudo ocurrir darnos cita en el camposanto!

DON JUAN. — *Gravemente.* No, Pánfilo; no es tampoco ella. Las diabluras, que no hechicerías de Constancilla, pueden gozarse a poca costa, sin venir a buscarlas por estos vericuetos. Torpe estás.

PÁNFILO. — Señor, se me acabó la lista. No sabía que a estas horas tuviéramos más de tres sotas en la baraja.

DON JUAN. — Siento rumor de pasos... Escóndete...

Ella viene... ¡No!... Es el viento que mueve los cipreses...

PÁNFILO. — Pero, en fin, ¿quién es ella?

DON JUAN. — *Con apasionamiento.* ¡La he vuelto a ver, Pánfilo, la he vuelto a encontrar!... Pasó ayer junto a mí, envuelta como siempre en su manto, abrasándome en el fuego invisible de sus ojos... Quise hablarla... No me atendió... Pienso que se reía... La seguí... Huyendo ella, y siguiéndola yo, nos alcanzaron las sombras de la noche... Llegamos a éste, que yo pensé jardín... se detuvo en la puerta, que se entreabrió al acercarse ella, y me dijo: «Aquí... mañana... pasada media noche...» ¡Y aquí estoy!

PÁNFILO. — *Santiguándose, con espanto cómico.* *¡Liberanos Dómine a morte œterna, in diaes illa tremenda!*

DON JUAN. — ¿Qué latines rezongas?

PÁNFILO. — Exorcismos, señor. ¡Nos volvió el desvarío!... ¡Ya estamos otra vez en las garras del diablo...! ¡Mucho tiempo hacía que no habíamos visto la fantasma!

DON JUAN. — ¿Cómo he de decirte, menguado, que esta mujer que así me inquieta, me atrae, me persigue y me huye, no es fantasma, sino realidad?

PÁNFILO. — ¿Mujer de carne y hueso, quieres decir?

DON JUAN. — Como tú y como yo.

PÁNFILO. — ¿Cómo explicas entonces, señor, el haberla encontrado en tan varios lugares y tiempos tan distintos? ¿Cómo ha podido hallarse, hace diez años, una noche en Florencia; hace cinco en París, una madrugada; ha pocos meses un amanecer, en la fementida venta aragonesa

donde tan fieramente nos atormentara el insomnio y tan gitanamente nos desplumara el huésped?

DON JUAN. — ¿No me hallaba yo, que soy hombre vivo, efectivo y terreno?

PÁNFILO. — ¿Y por dónde llegaba, y cómo siempre se desvaneció, sin dejar rastro de su persona?

DON JUAN. — Eso es lo que pretendo saber esta noche... ¡Juro que esta vez no se me ha de escapar!... Por fin ha hablado... Por fin parece consentir en que me acerque a ella. ¡Vive Dios que he de ver ese rostro que tan tenazmente se me oculta!

PÁNFILO. — Si es la misma de siempre, pienso que haría bien en seguirle ocultando, porque ya debe estar un si es no es amojamado. Diez años, señor, son muchos días para una hermosura de mujer. Temo que después de tanto desear, al conseguir, tengamos que taparnos los ojos.

DON JUAN. — *Que ya hace un momento ha dejado de escuchar a Pánfilo y pasea desosegado.* Ya tarda... me dijo: «Después de media noche» y ya ha de faltar poco para amanecer... Será una nueva burla... siento una angustia extraña... ¡Esta mujer ha de acabar por trastornarme el juicio!... ¿No tiene este lugar otra entrada?

PÁNFILO. — Lo ignoro, señor. Como siempre pensé que, de venir a él, habían de traerme en andas, no he cuidado hasta ahora de estudiar su topografía. ¡Busquemos, si te place!

DON JUAN. — Sí, busquemos. *Pánfilo se interna entre el follaje de los macizos floridos y don Juan le sigue.* ¡Ah, si al cabo la logro, juro por las ánimas de todos los que duermen en-

tre estos muros, que ha de pagar con creces todas las agonías de la espera!

Desaparece detrás de Pánfilo. Apenas ha desaparecido, se enciende en uno de los rincones del cementerio, un extraño fulgor. Es como un fuego fatuo que vibra y palpita. A su fulgor, cambia la clara luz de la luna en azulada y misteriosa fosforescencia. Es un ALMA que sale del sepulcro, donde sin duda han ido a despertarla las irreverentes palabras de don Juan.

ALMA 1.ª — ¿Quién jura por nosotras? ¿Quién se atreve a tomar nuestro nombre para testigo de una mala promesa? ¿Quién turba la quietud de nuestra noche con razones airadas?

Al otro extremo del cementerio se enciende un nuevo fulgor semejante al primero, pero más quieto; es otra ALMA, que acude a las palabras de la primera.

ALMA 2.ª — *Con voz más grave que la primera.* ¡Un hombre enloquecido por la pasión!... ¡Va como ciego!... ¡No sabe lo que jura ni por quién!... ¡Perdonémosle!

Se enciende entre el ramaje del fondo un tercer fulgor, más trémulo y pálido que los dos anteriores, y habla otra ALMA, con voz femenina.

ALMA 3.ª — ¿Enloquecido, dices, por la pasión? ¡Y viene a la morada de los muertos! ¿Acaso la mujer a quien apasionadamente amara duerme ya entre nosotros, y él intenta despertarla con sus desatinados juramentos? ¡Compadezcámosle!

ALMA 2.ª — *Se ríe grave y burlonamente.* ¡Ja, ja, ja, ja!

ALMA 3.ª — *Un poco ofendida.* ¿Te ríes?

ALMA 2.ª — Aún estás muy cerca de la tierra. ¿Hace mucho que duermes?

ALMA 3.ª — No se han secado sobre mi tumba unas cuantas lágrimas, que alguien derramó al decirme adiós...

ALMA 2.ª — Ellas turban aún la serenidad de tu esencia, y te engañan con fantasmagorías e ilusiones terrenas... Has de saber, y ya lo irás viendo, que una vez que el sueño de la muerte ha caído sobre nuestros párpados, nadie suele gritar para que despertemos... Si algo hay más infalible que la muerte, ese algo es el olvido de los que viven... Ese hombre que blasfema y por nosotras jura el mal que quiere hacer, jura arrastrado por llamas y deseos de carne y sangre... Nuestro jardín no es templo para su recuerdo, sino esperanza para su pecado. Y las sombras de nuestros cipreses y la quietud de nuestra noche, las busca como palio de un amor sacrílego...

ALMA 1.ª — *Con voz airada.* ¡Castiguémosle, y que pague su culpa!

ALMA 2.ª — *Gravemente.* ¡No somos la justicia, sino la paz!

ALMA 3.ª — *Con piedad.* ¡Advirtámosle para que se arrepienta!

ALMA 2.ª — No somos la piedad, sino la indiferencia.

ALMA 1.ª — *Hoscamente.* Nos agravia, pecando a nuestra sombra.

ALMA 3.ª — *Piadosamente.* Corre a su perdición...

ALMA 2.ª — *Gravemente.* ¿Cuándo un castigo remedió una culpa, o cuándo una advertencia la evitó? El hombre no escucha sino a su propia alma, que habla por su deseo

o por su hastío... Si el cielo, compadecido de su error, le envía un ángel, dice que ha soñado... Si la tierra, ultrajada por sus crímenes, le muestra una señal, tiembla, y luego se ríe de su propio espanto... Dejémosle que, con sus propias manos, labre su ruina o teja su corona.

ALMA 1.ª — Ya vuelve...

ALMA 3.ª — Va de prisa... da grandes pasos...

ALMA 2.ª — Con ellos va midiendo la tierra que ha de cubrir sus huesos...

ALMA 1.ª — Habla solo... Tiende las manos, palpando las tinieblas, como ciego que busca.

ALMA 2.ª — Retirémonos... El se hallará a sí mismo cuando halle su dolor.

Entra DON JUAN. En el mismo instante en que aparece él, los tres fuegos se apagan uno tras otro en el mismo orden en que aparecieron, pero en la luz de luna queda como una niebla de su fosforescente resplandor.

DON JUAN. — *Que entra en realidad como ciego que busca, hipnotizado por la interior visión que le atrae y enloquece. Su sombra, fuertemente acusada por la luz de la luna, va a su lado unas veces, otras le sigue, otras le precede, proyectándose fantásticamente sobre los troncos de los árboles. El la persigue, creyendo perseguir a la mujer a quien espera y alarga los brazos queriendo apoderarse de la visión que huye.* ¿Dónde estás?... ¿Por qué huyes?... ¿Por qué te ocultas y por qué me llamas?... ¡Detente!... ya eres mía. *Cierra los brazos para sujetar la visión, y sólo estrecha contra un tronco de árbol su propia sombra.* ¡Oh! *Con terror.* He creído estrecharte entre mis brazos, y eres la sombra misma de mi cuerpo... *Como si la viese de nuevo en el lado opuesto de*

la escena. ¡Espérame! *La sigue precipitadamente, y en el centro de la escena se detiene.* ¿Dónde vas?... *Con desaliento.* ¡Otra vez te he perdido! *Mira en derredor y escucha como esperando que ella le llame.* ¿Por qué callas ahora? ¿Por qué ya no me llamas? *Con odio.* ¡Ah, mujer maldita, ramera del infierno! ¿Quién eres? ¿De dónde me conoces?... Yo nunca te he llamado, y tú has venido siempre a helar mi corazón con tu presencia en el beso mejor de todos mis amores... ¿Qué negro amor y qué infernales celos te sujetan a mí? *Se detiene como si la oyera reir.* ¿Te ríes, porque te hablo de celos? *Con ira.* Yo también sé reirme... ¡escucha! *Se ríe como un loco.* ¡Ja, ja, ja, ja! Yo también... ¡ja, ja, ja...! *Con desvario, como si siguiera oyendo en su propia risa la risa de ella.* ¡No te rías...; tú, no... tú, no...! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡¡¡Yo sí!!! Yo sí puedo reirme, porque te odio... y tú... tú a mí me quieres. ¡Ja, ja, ja! *Con violencia, porque siempre toma su propia risa por la risa de ella, y se desespera oyéndola y creyendo que se burla de él.* ¡No te rías!... ¡Me quieres!... ¿Por qué, si no, me buscas?... ¡Ja, ja, ja, ja! *Tapándose con desesperación los oidos.* ¡No te rías, ramera, que no te quiero oir! *Retrocede, tapándose los oidos con las dos manos, y andando hacia atrás, va a apoyarse en el tronco de un árbol, deja caer lentamente las manos, y abre mucho los ojos como despertando, y queriendo reconocer el lugar en que se encuentra.* ¿A dónde me has traído?... *Se estremece levemente, al contemplar las tumbas.* ¿Por qué elegiste para nuestra cita este lugar de horror y podredumbre, lechuza de sepulcro? ¿Acaso eres pariente de los condenados? ¿Acaso ellos y tú queréis sobrecogerme como a beata vieja con trasgos y fantasmas? *Con dasafío fanfarrón y sacri-*

lego. Salid, salid de vuestras tumbas, si podéis... Llámalos, bruja; que vengan contra mí, si se atreven y si tu padre Satanás les da licencia para enloquecerme. ¡Ja, ja, ja...! Todos callan. *Con burla.* Todos duermen... ¿No responde el infierno al grito de don Juan? *Se lanza violentamente contra uno de los macizos, a tiempo que sale de entre el ramaje una figura cubierta de andrajos, y con un zurrón a la espalda. Al dar contra ella don Juan retrocede dando un grito de espanto.* ¡Aaah!... ¿Quién eres?... Aparta... ¡No me toques, fantasma!

La figura, que no es fantasma, sino un andrajoso MENDIGO, da unos cuantos pasos de medio lado, tan asustado de don Juan, como don Juan de él, y mira hacia atrás, con la intención evidente de volverse a esconder entre las matas.

MENDIGO. — No se asuste vuesa merced, que no soy fantasma, aunque si el hambre aprieta, temo que pronto he de parar en serlo... Por mi desdicha aún queda sobre estos mondos huesos un poco de carne que sustentar...

DON JUAN. — *Serenándose, y con imperio.* ¿Qué haces aquí?

MENDIGO. — Con licencia de vuesa merced, busco con qué matar el hambre.

DON JUAN. — ¿Entre los muertos?

MENDIGO. — El camposantero es hombre vividor, y ahí, junto al osario, tiene plantado un huerto, en el que cría coles y otras frioleras. A favor de la noche, algo se puede hurtar, con perdón sea dicho, de cuando en cuando.

DON JUAN. — ¿Y no te da temor robar en sagrado?

MENDIGO. — ¿Dónde mejor? La justicia no viene a este

lugar a prender vivos, porque les tiene miedo a los difuntos y éstos *Señalando a las tumbas.* callan, que son gente de bien y entienden lo que es necesidad.

DON JUAN. — ¿Y nunca entre estas tumbas, se te apareció fantasma ninguno?

MENDIGO. — Alguna que otra noche se suelen encender unas a modo de llamas azules, que revolotean entre las matas. Digo yo que serán ánimas benditas que andarán desasosegadas, buscando quien se acuerde de pedir por ellas. Cuando pasan les rezo un Padrenuestro y tan agradecidas... ¡Señor, hay que ayudarse unos a otros!... ¿Vuesa merced no tendría siquiera un ochavillo que dar a un desdichado, por el amor de Dios?

DON JUAN. — *Sacando la bolsa de su escarcela, da unas cuantas monedas al Mendigo.* ¡Toma y déjame ya!

MENDIGO. — *Con alegría y mirando las monedas a hurtadillas.* ¡Plata! *Muy obsequioso.* ¡Dios se lo pague a vuesa merced!... ¡Las ánimas benditas le acompañen y lleven a buen fin su buena empresa... ¡Je, je, je! *Contemplando a don Juan.* ¡Apuesto y generoso es el galán!... ¡Ya sabe dónde escoge la Lucigüela!

DON JUAN. — *Sorprendido.* ¿De quién hablas?

MENDIGO. — *Obsequioso.* No temá su merced, que por mí nadie lo ha de saber, que, aunque vivo, sé callar tan bien como estos... *Lisonjero y canalla.* ¡Es buena moza, derecha como un pino, limpia como el oro, más que muchas damas de la corte...! *Riéndose con picardía.* También a ella le sirven las ánimas del purgatorio, que su padre, aunque camposantero y enterrador, las teme más que al diablo

y no sale de noche al camposanto, así se hunda la tierra. Con lo cual, ella pasea a salvo, cuanto le viene en gana, como bien sabe vuesa merced... y ¡Dios con todos! *A un gesto de impaciencia de don Juan.* Ea, no canso más, que ya amanece... *Inclinándose confidencialmente hacia don Juan.* Por ahí, a la mano derecha, debe de andar la moza, que he sentido pasos cuando venía.

Se aleja, y desaparece, riendo solapadamente.

DON JUAN. — *Mirando alejarse al mendigo, y vuelto por completo a la realidad por su charla cínica.* ¡Je, je, je!... La moza que retoza, el pícaro que hurta. *Mirando con desdén a las tumbas.* Sí que habéis venido a dar en tapadera de honrados oficios, señores difuntos. ¡Ja, ja, ja!... El sepulturero abona sus coles con vuestros huesos, y yo, necio fantaseador, vengo a soñar prodigios a vuestra sombra... *Se estremece levemente con el frío del amanecer.* ¡Brrr!... Fresca despunta el alba... Vamos en busca de las blandas plumas. *Levantando la voz en tono fanfarrón.* ¡Señora tapada, he acudido a la cita! No sé si vos habéis dejado de acudir o estáis entre esas matas jugando al escondite. Si fué capricho, pase, puesto que sois mujer. ¡Si presunción... es vana! Trasnochado me voy, mas no corrido, que harto os debo importar, cuando así me probáis... ¡Y si vos me faltáis, puesto que me seguís, debéis saber que sobra quien me espere! ¡El diablo os guarde!

Se emboza fanfarronamente en su capa y va a salir. Hace ya un momento que se puso la luna, y a su luz de plata ha sucedido la fría e indecisa claridad que precede al amanecer. En el momento en que embozándose en la capa va a

salir, inesperadamente, como desprendiéndose de uno de los cipreses que, en la indecisa luz tiene el mismo color de sus ropas, aparece ante él la DAMA VELADA. Don Juan retrocede con espanto, ahogando un grito, pero se rehace en seguida y adopta un tono de cínica burla.

DON JUAN. — *Con espanto, al tropezar inesperadamente con la Dama velada.* ¡Aaah! *Rehaciéndose inmediatamente, y con cinismo.* ¿Por fin saliste del escondite, prenda? *Con burla.* ¿No temes que sea un poco tarde?

DAMA VELADA. — *Con voz suave y musical, un poco fría, pero sin entonación sobrenatural ninguna.* Para mí siempre es hora.

Desde que don Juan oye la voz de la Dama, siente una impresión de extraño espanto y apasionado deseo, que intenta dominar con alarde de fanfarronería. Por eso, en sus palabras, y sobre todo en el tono con que las pronuncia, hay una mezcla continua de matices diversos: habla como hombre que a un tiempo odia, teme, desea y suplica.

DON JUAN. — *Repitiendo en son de burla las palabras de ella.* ¿Para ti es hora siempre?... ¡Brava hembra! ¡Ja, ja, ja! Hemos nacido el uno para el otro, puesto que para mí siempre es ocasión. *La Dama, sin levantarse el velo, le mira fijamente y calla.* Hoy es nuestro día... Tanto te has hecho esperar, mi alma, y tanto me has hecho desesperar, que ya no sé si te amo o te odio... Pero, ¡te deseo!... como jamás he deseado... ¡No sé si es fuego o nieve el afán de tu cuerpo que arde en mí!... Quisiera destrozarte como a mi enemigo... y siento un ansia... *Con cansancio de muerte.* de apoyar la cabeza en tu pecho... y dormir... dormir... como en el seno de mi madre... *Reaccionando.*

¡Ja, ja, ja! La vigilia de la noche me debe de haber dado sueño al amanecer... ¡Mal cálculo es hacer esperar demasiado al amante, sirena!... ¿En qué piensas, que no dices nada? *Estremeciéndose.* ¿Tal vez te da pavor la muda compañía de los muertos? *Repitiendo con fanfarronería, para darse a sí mismo valor, las palabras del Mendigo.* ¡No temas, que son gente de bien! *Señalando en derredor.* ¡Cierto que a mejor tálamo hubiera querido convidarte, pero tú has elegido, que no yo! ¡Vamos, negra paloma!

Se acerca a abrazarla. pero en el momento mismo que pone la mano sobre ella, cae al suelo, derribado por tremenda sacudida, y queda tendido, como muerto. La sensación física que ha de dar el actor en su caída, es la de un súbito amago de parálisis.

DAMA VELADA. — *Retrocediendo imperceptiblemente en el momento en que don Juan la toca, y hablando con amor y piedad,* ¡Insensato... aún no es hora!

Al verle caer, se adelanta hacia él con dulzura, y, procurando no tocarle, desprende suavemente los pliegues de su falda, que han quedado sujetos entre las manos crispadas de él, y se aleja rápida y silenciosamente, como si no tocase con los pies el suelo. En cuanto la Dama ha desaparecido, el carácter de la decoración cambia. Amanece. Los oblicuos rayos del sol naciente enrojecen el aire. Se ven, como si estuvieran recién nacidas, todas las flores de los rosales acacias, lilas y celindas. Cantan los pájaros. El rumor como de abejas del principio de acto se acelera y alegra, escuchándose en él como nacimiento de viva y fragante melodía. Se oye dentro la voz fresca y fuerte de LUCIA, que se acerca, cantando con desgarro una alegre copla popular.

LUCÍA. — *Cantando dentro.*

¡Ay, madre, que ya amanece!
¡Ay, madre, que amaneció!
¡Ay, madre, si canta el gallo!
¡Ay, madre, que ya cantó!

Al sonido de la voz de Lucía, como si ella fuera un conjuro mágico, don Juan vuelve en sí. Primero se mueve pesadamente, queriendo, poco a poco, libertar sus miembros de las cadenas de la parálisis. La vida le va volviendo lentamente. Mueve primero la cabeza, luego los brazos. Intenta incorporarse, pero aún no puede, y vuelve a caer pesadamente. Lentamente, sin embargo, consigue arrastrarse. Tendido como está de espaldas, y apoyando primero la cabeza y luego el torso en uno de los troncos del árbol, logra sentarse en el suelo. Entonces intenta mover las piernas, y, gradualmente, lo consigue.

DON JUAN. — *Volviendo en sí.* ¿Qué es esto?... Me dormí y he soñado... *Sus palabras son al principio indecisas, como sus movimientos, y lo mismo que ellos, se van afirmando poco a poco.* Tengo frío... Parece que mi cuerpo va saliendo de una cárcel de plomo... *Mira en derredor.* ¡Encantado jardín...! ¡Ya es de día!... *Desperezándose bajo los rayos del sol.* ¡Aaah!... ¡Cuán dulcemente va templando el sol los huesos aterido!... Algo así debió sentir Adán, cuando al soplo de Dios, íbale entrando el alma por el barro del cuerpo... ¡Aaah!... ¿Qué he soñado yo?... ¿A qué he venido aquí?

Vuelve a sonar, más cerca, la voz de Lucía. Canta de nuevo; pero esta vez, antes de terminar la copla, entra en escena. Es una villana, casi niña, fuerte, sana, limpia y sensual.

LUCÍA. — *Cantando.*

¡Ay, madre, qué dulces son
los granitos de granada!
¡Por eso me gusta a mí
tu boquita colorada!

Ve a don Juan, en el suelo, casi a sus pies, y da un grito de susto.

¡Ay!

DON JUAN. — *Sonriendo y alargando las manos hacia ella, pero sin levantarse.* ¡No te asustes, Lucía, y dame acá esa mano!

LUCÍA. — ¿Cómo sabéis mi nombre?

DON JUAN. — *Animándose.* Me lo ha dicho esa alondra que canta en el ciprés.

LUCÍA. — *Riendo.* ¿Entendéis el lenguaje de los pájaros?

DON JUAN. — Y el del corazón de las niñas bonitas. Ayúdame a levantar, Lucigüela, que te quiero decir un secreto.

LUCÍA. — Decidmelo desde ahí, que aquí nadie nos oye.

DON JUAN. — *Alargando las dos manos.* ¡Ha de ser al oído!

LUCÍA. — *Dándole las dos manos.* ¡Alzad, pues!

DON JUAN. — *Que en realidad, ya no necesita ayuda, se levanta ágilmente de un salto, y soltando las manos de Lucía, la abraza vivamente, cogiéndola de la cintura.* ¡Ay, villana, qué bonita eres!

LUCÍA. — *Riendo y escapándose.* ¿Éste era el secreto?

DON JUAN. — *Persiguiéndola alegremente.* ¿Quieres que te lo vuelva a decir?

Vuelve a cogerla.

LUCÍA. — *Riendo, pero sin defenderse.* ¡Soltad... que siento que me voy a enojar!

DON JUAN. — ¿Qué venías cantando cuando entraste?

LUCÍA. — *Repitiendo con desgarro y picardía los dos primeros versos de la copla.*

¡Ay, madre, qué dulces son
los granitos de granada!

DON JUAN. — *Riendo.* ¡Por eso me gusta a mí tu boquita colorada!

La besa en la boca. Salen por el fondo, abrazados, de prisa y riendo.

PÁNFILO. — *Que entra por la izquierda, y los ve alejarse. ¡Agnus Dei qui tollis!...* ¡Vinimos por la negra, y dimos con la pinta!... *Mira, poniéndose la mano sobre los ojos, hacia donde se ha alejado la pareja.* Y apenas amanece... ¡Tempranito empezamos las buenas obras!... *Mira en derredor, al cielo y al suelo, con cómica perplejidad.* Valientemente empieza a picar el sol... *Vuelve a mirar hacia donde se supone está la pareja, y se tumba en el suelo filosóficamente.* Dormiremos la siesta del carnero, que, por lo visto, hay tiempo.

Se tumba al sol al pie de un sepulcro, después de haber barrido el suelo con la capa, y se queda dormido, empezando a roncar inmediatamente, mientras cae el telón.

A C T O S E X T O

ZAMBRA TRÁGICA

P E R S O N A J E S

DON JUAN.	REPULIDA.
PÁNFILO.	MARINERO 1.º
CONSTANCILLA.	MARINERO 2.º
LA GITANA VIEJA.	UNA GITANI
LA DAMA VELADA.	UN GITANO.
EL POETA.	DOS CORCHETES.

A C T O S E X T O

Sala baja en una taberna de Sevilla, donde acuden a celebrar sus zambras las gitanas. Paredes encaladas. En una de ellas, una mal pintada imagen de Nuestra Señora, y debajo de ella, colgando de la pared, una esportilla para recoger limosnas y un cacharro de loza tosca para agua bendita. Mesa de madera, sobre la cual arden, en candeleros de cobre, dos velas de cera. Sillones fraileros y sillas de enea. Sobre la mesa, jarros con vino y platos de loza ordinaria con aceitunas, camarones, cangrejos y alcaparrones.

Antes de levantarse el telón, ya se oye el ruido de la zambra. Están sentados a la mesa DON JUAN, un mancebo medio estudiante, medio POETA y la GITANA VIEJA, la cual, repicando desaforadamente en un almirez, lleva el compás de la danza de las «niñas». Estas son tres, CONSTANCILLA, REPULIDA y ALDONZA, las tres jóvenes, bonitas y vistosamente ataviadas. Bailan seguidillas, acompañándose dos de ellas con castañuelas y otra con pandereta de sonajas. Un GITANO joven toca la guitarra. El cante le hacen entre todos, dos versos cada uno, con intervalos de baile. PÁNFILO va, viene, se sienta junto a la vieja, y, si es menester, canta. La música y la danza son vivas, y, naturalmente, Constancilla lleva en el baile la mejor parte.

VOZ DE HOMBRE. — *El Poeta, el Gitano o Pánfilo.*

¡No estés orgullosa, naranjita verde!
¡No estés orgullosa que el orgullo pierde!

VOZ DE MUJER. — *Una de las gitanas, mientras las otras dos siguen bailando.*

¡Si estoy orgullosa, yo sabré por qué!
¡Como yo no quiera, no me perderé!

VOZ DE HOMBRE.

¡Naranjita verde, tú has de madurar!
¡Naranjita verde, yo te he de cortar!

VOZ DE MUJER.

Estoy en mi ramo, ramito de azahares...
¡No ha nacido el hombre que me dé pesares!

VOZ DE HOMBRE.

¡No estés orgullosa, naranjita verde!
¡No estés orgullosa, que el orgullo pierde!

VIEJA. — *Jaleando a las bailadoras.* ¡A ello, niñas, a ello, que esta noche hay rumbo! *Por Constancilla.* ¡Ay, mi niña de plata, mi niña de oro! ¡Ay! ¡Nuestra Señora de las Siete Espadas te conserve esos pies repiqueteros, para ir remachacando corazones!

En la última revuelta del baile, Constancilla viene a quedar parada, con los brazos en alto, pegadita al sillón de don Juan, el cual la coge por la cintura, y, obligándola con suavidad a sentarse en el brazo del sillón, la abraza. Las otras dos gitanas se han sentado una en una silla, otra sobre la mesa, cerca del Poeta y del Gitano, y comen y beben. Pánfilo sirve.

VIEJA. — *Sin interrumpir su retahila, pero ahora dirigiéndose a don Juan:* ¿Ha visto su merced, en todo el ancho mundo,

que, dicen buenas y malas lenguas, ha corrido de punta a punta, joya como esta prenda que a su lado tiene?

CONSTANCILLA. — *Con gracioso desgaire.* Calle ya, abuela, y no pregone más la mercancía, que si ella no se alaba por lo que es, de poco han de servir ponderaciones.

POETA. — ¡Discreta es Constancilla!

CONSTANCILLA. — ¿Hasta ahora no había reparado en ello el señor poeta?

DON JUAN. — *Galante.* Disculpa tiene, si ha mirado primero a tus ojos, que ellos brillan de suerte que no es posible, a quien se ciega en ellos, pasar más allá.

CONSTANCILLA. — *Riéndose.* ¡Uy, uy, uy! ¡Qué requiebro tan a lo sotil! ¿Le ha sobrado a su merced, señor don Juan, de algún soneto para alguna princesa?

DON JUAN. — *Abrazándola.* ¡Princesa eres tú de la hechicería, y emperatriz de mi corazón!

CONSTANCILLA. — *Con broma un poco triste.* ¡Uy, si yo lo creyera esta noche, cuántos días lo había de llorar!

DON JUAN. — ¿No crees que te quiero, gitanilla preciosa?

CONSTANCILLA. — *Levantándose, apartándose un poco, y medio hablando, medio cantando, con expresivos guiños y ademanes.*

Me quieres y no me quieres,
Me miras y no me ves...
¡Los amores que me cuentas
Yo los entiendo al revés!

POETA. — *Con burla.* ¿También en coplas sabe decir donaires la archiduquesa de las seguidillas?

CONSTANCILLA. — *Con garbo.* ¡Y no que no! Se me pegó la habilidad de otro tal poeta, como su merced, que otra noche me dijo que me adoraba. ¡Suerte que era por junio, y amaneció temprano, y a él se le olvidó, y yo ya no me acuerdo!

Hace sonar los dedos como castañuelas, da media vuelta rápida con gracia, y vuelve a sentarse junto a don Juan, casi dejándose caer en sus brazos.

DON JUAN. — *Recogiéndola.* ¿Sabes tú olvidar?

CONSTANCILLA. — *Riéndose.* ¡Es mi oficio!

POETA. — Entonces, no sabes querer.

CONSTANCILLA. — ¡Sabría, si quisiera!

DON JUAN. — *Abrazándola.* ¿Y si yo te pidiera que aprendieras por mí...?

CONSTANCILLA. — *Apartándose un poco de él, pero sin levantarse, poniéndole las dos manos en los hombros, y mirándole fijo a los ojos.* ¡Ay, tramposico, tramposico! ¿A qué pides lo que no has de pagar?

DON JUAN. — *Con empaque.* ¡Soy buen pagador!

CONSTANCILLA. — *Sin dejar de mirarle a los ojos.* ¡En moneda, sí; en amores, no! Estás tú destinado, desde que naciste, para dama tan alta y principal, que no sufre rivales. La que juega contigo, juega a perder.

DON JUAN. — *Con agitación.* ¿Qué dices?... ¿Qué sabes?

CONSTANCILLA. — ¡Lo que leo en tus ojos, que, siempre que tú mientes, dicen la verdad!

Se pone en pie, y apartándose de él, como a su pesar, coge unas cuantas almendras de la mesa y las mordisquea distraídamente, mientras mira a don Juan con mal encubierto cariño.

POETA. — Constancilla es bruja, y sabe decir la buenaventura.

VIEJA. — ¡Y cómo si sabe! ¡Denle, denle la palma de la mano, y oro o plata con que haga la cruz, y oirán maravillas!

Sale después de dichas estas palabras, por una puertecilla que hay a la derecha y que comunica con otra sala de la taberna. Al abrirse la puerta se oyen en ella voces y rumores de hombres borrachos.

POETA. — *Rascándose la faltriquera y sacando con grandes aspavientos un cuarto.* ¿No bastará un cuarto, mas que sea de cobre?

CONSTANCILLA. — *Cogiendo el cuarto y haciendo la cruz en la mano del Poeta.* Para fortuna como la vuestra, basta y aun sobra.

POETA. — *Sonriendo.* ¿Tan corta es?

CONSTANCILLA. — No, sino larga, y mucho, que dicen que no hay cosa que más dure que un día sin pan.

POETA. — ¡Acaba ya, brujita, que estoy en un ay! ¿Cuál es mi destino?

CONSTANCILLA. — *Con burlón empaque, como si declamase versos de alta poesía.* ¿Cuál ha de ser? Destino de poeta:

«Soñar de noche y bostezar de día,
desayunar con altos pensamientos,
no comer, porque es contra poesía,
cenar laureles, y beber los vientos.»

Todos, menos don Juan, que desde las últimas palabras que Constanza le dijo, se ha quedado pensativo, se ríen y ha-

cen ruido con los platos sobre la mesa, festejando a Constancilla. Sus compañeras repiquetean las castañuelas, en señal de júbilo.

POETA. — ¡Agudo ingenio gastas, Constancilla! Temiendo estoy, que por lo mucho que tienes de poeta, has de acabar también en morir de hambre.

CONSTANCILLA. — *Riendo.* ¡No tema su merced, que la agudeza del entendimiento la voy remediando, loado sea Dios, con la ligereza de los pies!

Hace unas cuantas piruetas con gracia.

DON JUAN. — *Levantándose, acercándose a ella y poniéndole en la mano un anillo que se quita del dedo.* ¡Toma este anillo, que además de ser de oro lleva un diamante, y dime la verdad de mi suerte!

CONSTANCILLA. — *Volviéndose a don Juan, hablándole y mirándole con gravedad y cariño.* ¿Tú, señor, crees en tales embelecos?

DON JUAN. — *Con emoción extraña.* ¡Creo en ti, gitanilla, creo en ti, que por los ojos te entras en el alma!

Le alarga la mano.

CONSTANCILLA. — *Toma grave y lentamente la mano de don Juan, vuelve a mirarle fijamente a los ojos, y luego dice, recitando con voz, serena en un principio, pero que poco a poco se va angustiando y emocionando:*

Lo que mis ojos leyeron,
tu estrella me lo ha dictado...
Mil amores no te bastan,
que un solo amor te ha llamado...

A una quieres, a una adoras,
con ella estás desposado.
En todas las que gozaste,
sus caricias has buscado...
Por ella han sido mentira
las constancias que has jurado.
Por ella han sido embusteros
todos los besos que has dado...
No te pese el esperar
ni el haber desesperado,
que al cabo suyo has de ser,
y dormirás a su lado...

DON JUAN. — *Con agitación extraña, sobrecogido por la gravedad de la voz de la gitana.* Constancilla, ¿qué dices?... ¿Qué sabes?

CONSTANCILLA. — *Sin interrumpirse y casi llorando.*

Tal abrazo te ha dar
como nunca le has soñado...

DON JUAN. — *Sujetándola por las dos manos, y atrayéndola hacia sí, emocionado por la emoción de ella.* ¡Constanza, chiquilla... ven acá...! ¿Estás llorando?

CONSTANCILLA. — *Desprendiendo las manos de entre las de don Juan, y poniéndoselas en el pecho, le rechaza suavemente, mientras prosigue mirándole fijamente. Con la voz casi ahogada en lágrimas.*

Yo te diera el corazón,
mas el tuyo está sellado...

DON JUAN. — *Volviendo a cogerle las manos.* ¿Por qué tiemblas?... ¿Qué miras en mis ojos que así te espanta?

CONSTANCILLA. — *Llorando y temblando.*

En mis labios siento el frío
del beso que aún no te han dado...

DON JUAN. — *Atrayéndola hacia sí, y estrechándola con sincera emoción de amor.* ¡No uno, cien te he de dar yo, mi alma, para enjugar el llanto de esos divinos ojos! *Ella se defiende un poco, pero él la abraza con más fuerza.* ¡Te quiero, Constancilla, te quiero!... Dices bien... a ninguna he querido... ¡pero, a ti sí!... ¡a ti sí!... ¿Lloras por mi destino? No sé cuál es, mi alma... ¡pero tu llanto me le siembra de estrellas!... Eres mía... eres tú... la única... la sola a quien he dicho con el alma: ¡soy tuyo!

Se inclina con apasionamiento para besarla, pero ella se echa hacia atrás violentamente y se desprende de él.

CONSTANCILLA. — *Separándose casi con terror de don Juan.* ¡No... no! *Sacude la cabeza y se ríe violentamente.* ¡Ja, ja, ja!... *Dirigiéndose a sus compañeras, que la están mirando con asombro.* ¡Ea, rapazas, a bailar, que para eso hemos nacido! *Al Gitano, que tiene ya la guitarra en la mano.* ¡Andresillo, chacona!

Poniéndose en postura de baile, y cogiendo y repicando las castañuelas o la pandereta.

¡Que el baile de la chacona
encierra la vita bona!

Empiezan viva y alegremente a bailar la chacona, pero apenas han dado la primera vuelta, vuelve a entrar la VIEJA

por donde ha salido, haciendo aspavientos, y llevándose las manos a la cabeza. Al abrirse la puerta se oye el mismo ruido de gente borracha y juerguista que cuando entró, y una voz ronca de hombre que grita.

VOZ DE BORRACHO. — *Dentro.* ¡Constancilla... venga la Constancilla!

La puerta vuelve a cerrarse con estrépito.

VIEJA. — *Entrando y con grandes aspavientos.* ¡Jesús me valga... perdida me veo! ¡Constancilla, preciosa, ven acá!

CONSTANCILLA. — *Con desabrimiento, dejando de bailar.* ¿Qué quiere su merced?

VIEJA. — *Con zalamería.* ¡Por lo que tú más quieras, niña, que entres a bailar siquiera dos vueltas aquí a esta otra sala, que los buenos señores se impacientan, y juran que si tardas han de hacer conmigo un escarmiento.

DON JUAN. — *Con altivez.* ¿Quiénes son esos... buenos señores?

VIEJA. — *Con servilismo.* Marineros, señor, de los que ayer llegaron en los barcos de Italia... que hasta más allá de los mares pasó la fama de este cacho de cielo. *A Constanza por lo bajo.* ¡Traen dinero, niña!

CONSTANCILLA. — ¡Yo no bailo esta noche en parte ninguna!

VIEJA. — *Con aspavientos.* ¡Niña...! ¿Pero tú quieres mi perdición? Bien sabes que apalabradas nos tenían; que me dieron en arras cinco reales de a ocho; que por ellos veníamos, sino que tú al pasar viste a los caballeros en esta sala, y te emperraste...

CONSTANCILLA. — *Interrumpiéndola con malhumor.* ¡Digo que no voy! ¡Devuélvales usted sus dineros, y en paz!

VIEJA. — *Escandalizada* ¡Devolver yo dineros! Niña, ¿pero tú quieres que por ti pierda yo y deshonre mi nombre de gitana? ¡Por tu salú que vayas siquiera media hora!

DON JUAN. — ¡Constancilla no baila esta noche sino para mí!

VIEJA. — Considera, señor...

DON JUAN. — *Quitándose la riquísima cadena de oro que lleva al cuello, y echándosela al cuello a Constanza.* ¿Vale esta cadena el rescate de cinco reales de a ocho?

Constanza, al echarle don Juan la cadena al cuello, hace un movimiento como si la ofendiese y quisiera rechazarla, pero mira a la Vieja y a la puerta de la otra sala, y se queda quieta.

VIEJA. — *Precipitándose hacia Constanza y palpando la cadena con ansia.* ¡Ay, manitas de oro y corazón de aljófar! *Se acerca a don Juan.* ¡Pide por esa boca, galán, que a qué estamos aquí sino a servirte!

Quiere besar las manos a don Juan.

DON JUAN. — *Apartándola con asco.* ¡Quita allá, bruja!

Constanza, pensativa, se ha sentado en un taburete, junto a la mesa. Don Juan se acerca a ella y le pone la mano en el hombro; ella levanta la cabeza, le mira un instante, y vuelve a bajar los ojos al suelo.

VIEJA. — *Separándose de don Juan, y andando muy despacio hacia la puerta de la otra sala.* ¡Válame Santa Rita, abogada de casos imposibles! *Gimoteando.* Devolver... ¡devolver cinco reales de a ocho! ¡Qué trances tiene esta perra vida!

PÁNFILO. — *Al pasar la Vieja junto a él.* ¡No llores, abue-

la, que todo tiene compostura en el mundo. *La Vieja le mira esperanzada de que él le ha de dar los reales.* ¿no dices que los señores parroquianos han venido de Italia?

VIEJA. — Acabaditos de llegar...

PÁNFILO. — Siendo así, no conocen a la niña.

VIEJA. — *Ofendida.* De fama la conoce el mundo entero.

PANFILO. — Pero verla, lo que se dice verla, no la han visto...

VIEJA. — ¡Cómo la han de ver, si llegaron amaneciendo, y ella, la cordera, nunca sale de día!

PÁNFILO. — Pues siendo así, éntrales otra, y les dices que es ella. De gitana a gitana, poco va, y a más que con el mosto que, a juzgar por la voz tienen en el cuerpo, no han de andar muy claros de la vista.

VIEJA. *Con extremos y aspavientos.* ¡Ay, mi Arcángel Gabriel eres tú, escudero de perlas y diamantes!... ¡Razón tienes... déjame que te abrace, que merecías ser gitano, o siquiera, siquiera, dotor por Salamanca!... *Dirigiéndose a la gitanilla, que está en animado y secreto coloquio con el Poeta.* ¡Ven acá, Repulida! *La gitanilla dócilmente se levanta y se acerca a la vieja.* Entra tú y baila, niña. *Con gestos de bruja.* Constancilla te bautizo y confirmo. ¡A ver cómo nos dejas!

REPULIDA. — *Sujetándose las castañuelas* ¡Descuide su merced!... *Mirando al Poeta con burla cariñosa* ¿No hay quién me encadene?

POETA. — *Suspirando cómicamente.* Perdona, por Dios, niña. Todo el oro que tengo está en consonantes, y bien sabes tú que no siendo en sonantes *Hace ademán de contar dinero.* sin con, no corre en la plaza.

REPULIDA. — ¡Todo sea por Dios! *Suspira.* ¡Ay, pobreza!... ¡Vamos allá!

Se santigua devotamente, tomando agua bendita del cacharro que hay bajo la imagen, y entra en la otra sala acompañada por la vieja. Al abrirse la puerta de la sala vuelven a oirse el ruido y las voces de los marineros borrachos.

HOMBRES BORRACHOS. — *Dentro.* ¡Constancilla!... ¡Venga la Constancilla!

VOZ DE VIEJA. — *Ya dentro de la otra sala.* ¡Aquí tenéis la Constancilla!

Se cierra la puerta de la otra sala.

CONSTANCILLA. — *Levantándose en cuanto ha desaparecido la Vieja, arrancándose la cadena del cuello y tirándola encima de la mesa, mirando a don Juan.* ¡Toma tu cadena, que siendo de oro, compra y no ata!

La otra gitanilla y el gitano se ponen en pie escandalizados.

PÁNFILO. — *Santiguándose espantado.* *¡Bárbara cœlarent!* ¿Es esta mujer viva o santa de palo?

POETA. — *Con admiración melancólica.* ¡Cuando yo digo, niña, que morirás de hambre!

DON JUAN. — *Acercándose a ella, en impulso de admiración y amor.* ¡Constancilla, mi alma!

Pero antes de que haya llegado a tocarla, se abre con estrépito la puerta de la otra sala, se oyen voces y golpes, y entran huyendo despavoridas REPULIDA y la VIEJA. Detrás de ellas entran dos MARINEROS, borrachos y enfurecidos.

REPULIDA. — *Gritando, desgreñada.* ¡Socorro! ¡Favor!

Corre hacia el Poeta, pero la alcanza uno de los marineros, que la sacude brutalmente.

VIEJA. — *A quien ha cogido por las greñas otro marinero.* ¡Amparo, que me mata este ladrón, desuella caras, desalmado!

MARINERO 1.° — *A la vieja.* ¡Ah, vieja bruja, me las pagarás! ¿Son estas burlas, para hacerlas a hombre que paga en plata?

REPULIDA. — *Gritando.* ¡Aaaay!

MARINERO 2.° — *Arrastrando a Repulida, y poniéndola delante de la Vieja.* ¿Es ésta Constancilla, es ésta la famosa, es ésta la gitana sin par? ¿Es ésta, es ésta, perra lendrosa, di?

Suelta a Repulida, que va a acurrucarse en el rincón opuesto

VIEJA. — ¡Suelta, verdugo!

MARINERO 1.° — ¡Antes te soltará Satanás, tu amo!

Todo esto rapidísimo, y casi simultáneamente todas las palabras de los diversos personajes.

DON JUAN. — *Adelantándose.* ¡Ténganse! ¿Quién les dió licencia de entrar aquí? ¿Qué vienen buscando?

MARINERO 1.° — *Con risa de borracho.* ¡Je, je, je! ¡Barbilindo! ¿A vos, que os va ni os viene?

MARINERO 2.° — *Viendo a Constancilla, y precipitándose hacia ella.* ¡Ah!... ¡Esta es la Constancilla!... ¡A ésta buscamos... a ésta queremos!

Se precipita hacia ella, queriendo abrazarla.

CONSTANCILLA. — *Huyendo.* ¡No!

DON JUAN. — *Acudiendo a ella, con la espada desnuda.* ¡Atrás, menguado! ¡El que se acerque a esa mujer es muerto!

MARINERO 1.° — *Desenvainando un cuchillo, lucha con don Juan; el Marinero 2.° saca también su cuchillo y se acerca a don Juan por detrás.* ¡Dale, que yo le tengo!

CONSTANCILLA. — *Precipitándose desesperada entre don Juan y el Marinero 2.º* ¡Ah, no! ¡A él no... a él no! *Se interpone entre don Juan y el Marinero 2.º, mientras el Poeta y el Gitano sujetan al Marinero 1.º, y recibe la puñalada que iba destinada a don Juan.* ¡Jesús!

Se desploma, herida, y don Juan, volviéndose rápidamente, la recibe en sus brazos.

VIEJA. — *Cogiéndose, como perro rabioso, al marinero que ha herido a Constancilla.* ¡Favor! ¡Asesinos! ¡Justicia!

El Marinero 2.º le tapa la boca brutalmente. Acuden las otras dos gitanas y forcejean los cuatro.

CONSTANCILLA. — *En los brazos de don Juan, con angustia de muerte.* ¡Mi vida... bésame... bésame...! ¡Ahora ya sí...! ¡Aunque sea mentira...! ¡Bésame, que me muero de frío!

DON JUAN. — *Estrechándola con desesperación.* ¡Constancilla... mi alma... mírame...! ¡Te han herido... por mí...! ¡Constancilla... no tiembles, que me matas!

VIEJA. — *Gritando.* ¡Asesinos! ¡Favor!

Se oyen fuertes golpes a la puerta y la voz de un Corchete.

CORCHETE. — *Fuera.* ¡Abran a la justicia!

MARINERO 2.º — *Que está sujeto por las tres gitanas, al primero, que forcejea contra el Poeta y el Gitano.* ¡Mata esas luces!

El Marinero 1.º, en un esfuerzo violento, consigue soltarse, y derriba los dos candeleros que están sobre la mesa.

Oscuridad absoluta. Confusión general. Todos van y vienen de un lado a otro, aturdidamente. Cae un banco, se derriba una silla, se rompe un jarro, etc.

CONSTANCILLA. — *Con voz moribunda, pero distinta.* ¿Dónde estás, mi amor?

DON JUAN. — *Con apasionamiento doloroso.* Aquí... contigo... Soy tuyo, Constancilla, ¡soy tuyo!

Rompen los CORCHETES la puerta, y aparecen en ella con sus linternas. Al iluminarse la escena, con luz extraña, se ve a don Juan sosteniendo en sus brazos a Constancilla, pero en pie, junto a ellos, con una mano apoyada sobre la cabeza de la gitanilla, está la DAMA VELADA.

DAMA VELADA. — *Respondiendo a las palabras de don Juan, con voz serena y grave.* ¡Sí... eres mío!

DON JUAN. — *Mirándola con espanto.* ¡Aaaah! *Abre los brazos y suelta a Constanza, que cae pesadamente al suelo.* ¡Tú! *Reaccionando de su espanto con ira violentísima.* ¡Juro a Dios que esta vez he de saber quién eres! *Le arranca con violencia el velo de la cara. El rostro de la Dama velada, envuelto en lívido resplandor, deja ver la descarnada calavera de la MUERTE. A través del ropaje, se transparentan también los huesos del esqueleto. Don Juan, sobrecogido de terror indecible, tiembla y retrocede, balbuceando.* ¡Eras tú... eras tú...! ¡Has venido... me buscas...!

Tiembla violentamente.

DAMA VELADA. — *Con voz grave y serena.* ¡Aún no... mas conóceme... y recuerda... que he de llegar... cuando no me aguardes!

Vuelve a envolverse en su manto, y sale de prisa y silenciosamente. Don Juan la sigue titubeando, como borracho, cogiéndose al aire con las manos crispadas. Al desaparecer ella, y llegar al umbral, don Juan cae primero de rodillas y luego de bruces en el suelo, gritando con voz áspera y

demudada, como si viera encenderse a sus pies las llamas del infierno.

DON JUAN. — ¡Confesión! ¡Confesión!

Desaparece con la Dama velada la luz fantástica. Los Corchetes han adelantado. Son tres. Uno cierra la puerta de salida, otro guarda la puerta de la otra sala. El tercero se adelanta y tropieza con el cuerpo de Constanza.

CORCHETE. — ¿Qué es esto? ¡Una mujer muerta! ¡Ténganse todos, en nombre del Rey!

Cae el telón rápidamente. Si vuelve a levantarse, Los Gitanos estarán formando grupo sollozante sobre el cuerpo de Constancilla. Dos de los Corchetes sujetan a los marineros, y el tercero con toda calma se acerca a la mesa donde ha quedado la cadena de don Juan, la recoge y se la guarda, con gran indignación muda, pero expresivamente indicada en pantomima, de Pánfilo.

ACTO SÉPTIMO

EXPIACIÓN

PERSONAJES

DON JUAN.	UN CABALLERITO.
PÁNFILO.	UN ESCUDERO.
DOÑA CLARA.	CRIADO 1.°
UNA LEPROSA.	CRIADO 2.°
DAMA 1.ª	UNA MUJER.
DAMA 2.ª	UN CIEGO.
ROLDÁN.	UN MENDIGO.

MENDIGOS, TULLIDOS, CIEGOS, LEPROSOS.

ACTO SEPTIMO

Patio de los Naranjos en la Catedral de Sevilla. Mediodía. A todo sol.

Al levantarse el telón, entra violentamente en escena un grupo de MENDIGOS: tullidos, ciegos, leprosos, mujeres con chiquillos en brazos, todos harapientos y desgreñados. Vienen siguiendo a dos CRIADOS de casa grande, que llevan entre los dos una canasta que, sin duda, ha contenido panes; pero en la cual ya no queda, al parecer, sino el lienzo que los ha cubierto. Los criados corren, pretendiendo librarse de los mendigos, pero éstos les acosan, cogiéndose a sus ropas y a la canasta, y gritando con voces destempladas.

MENDIGOS. — ¡Pan, pan, pan!

CRIADO 1.º — *Tirando de la canasta, con malhumor.* ¡No hay más pan!

MENDIGOS. — *Chillando todos a un tiempo.*

— ¡Sí, hay pan!

— ¡En la canasta quedan dos mendrugos!

— ¡Querrás guardarlos para tu coima, grandísimo ladrón!

— ¡El señor duque lo da para los pobres!

CRIADO 2.º — *Al Criado 1.º* ¡Dáselos!

CRIADO 1.º — Los guardaba para mí, que en Dios y en

mi ánima, casi tanta hambre como ellos tengo, sino que esta librea que visto no me consiente mendigar... *Saca de entre el lienzo de la canasta dos grandes pedazos de pan.* ¡Aquí los tenéis!

MENDIGOS. — *Al ver el pan, lanzan un grito, prolongado y ansioso.* ¡Aaaah!

CRIADO 1.° — ¿A quién los doy?

MENDIGOS. — *Vociferando todos a un tiempo.* ¡A mí, a mí, a mí!

Se precipitan hacia el pan, empujándose unos a otros.

CRIADO 1.° — *A uno que le ha cogido por la manga, e intenta apoderarse del pan.* ¡Suèlta, piojoso, o de una puñada te derribo las muelas!

MENDIGOS. — *Levantando las manos.* ¡A mí, a mí, a mí!

CRIADO 2.° — Tíraselos y acaba.

CRIADO 1.° — ¡Ahí van!

Tira los dos pedazos de pan a lo alto, y echa a correr, desapareciendo con su compañero, y llevándose la canasta. Los mendigos se precipitan sobre el pan, como perros hambrientos. Hay gritos, palos con las muletas, puñadas, insultos, gemidos de las mujeres.

MENDIGOS.

— ¡Aparta!

— ¡Es mío!

— ¡Qué ha de ser!

— ¡Suelta, hijo de perra!

— ¡Renegado!

— ¡Ladrón!

— ¡Suelta!

—¡Toma!

—¡Jesús me valga!

Cuando mayor es el tumulto, entra DON JUAN: viene pobrísimamente vestido de sayal, ceñido con una cuerda a la cintura, descalzo, y trae al hombro un pesado zurrón.

DON JUAN. —¿Qué es esto, hermanos? ¡Haya paz, haya paz, por el amor de Dios!

Deja el zurrón en el suelo, y entrándose resueltamente por el grupo de mendigos, los aparta casi a mojicones, con violencia que contrasta un poco con la mansedumbre de sus palabras.

MENDIGOS. — *Apaciguándose poco a poco al reconocerle.* ¡El hermano Juan! ¡El hermano Juan! ¡El santo, el santo, el santo!

DON JUAN. — *Con violencia.* ¡No, sino el más pecador de los hombres!

MENDIGOS. — *Con ansia.* ¿Traes pan? ¿Traes pan?

DON JUAN. — Pan traigo.

MENDIGOS. — *Con ansia.* ¡Aaaah!

DON JUAN. — *Con aspereza.* ¡Pan traigo, mas para los hijos de Dios, que con paciencia le piden y le aguardan, y no para los perros furiosos que unos a otros se muerden!

Los mendigos retroceden, rezongando.

MUJER. — *Disculpándose y disculpando a todos.* ¡Hermano Juan, tenemos hambre!

DON JUAN. — Hambre tiene este año toda Sevilla.

MENDIGO. — ¡Sí, mas el hambre de los ricos, la plata la remedia!

DON JUAN. — La vuestra la remedia la caridad. ¡Ya

ves si os sale el pan barato! ¡Acerca ese zurrón! *El menos tullido de los mendigos arrastra el zurrón hasta los pies de don Juan. Las mujeres, para congraciarse con don Juan, quieren besarle los pies, el sayal y la cuerda.* ¡Apartad o no doy ni un mendrugo! *Los mendigos se apartan un poco, refunfuñando. Don Juan abre el zurrón, y sacando de él grandes pedazos de pan, empieza el reparto.* Toma... tú... tú... *Los mendigos, a medida que reciben el pan, le besan devotamente, y sentándose en el suelo, en las gradas del pórtico o en los bancos, comen con voracidad.* ¡Muy lucío y colorado estás tú!

Esto lo dice don Juan a un mendigo menos lamentable que los otros, a tiempo de darle el pan.

MUJER. — *Con voz chillona, atragantándose por comer y hablar a un tiempo.* ¡Es que come la sopa en los Padres Franciscos!

MENDIGO. — ¡Mientes!

MUJER. — ¡No miento, que te vi entrar esta misma mañana con la escudilla!

MENDIGO. — ¡Comida de perros te quiero ver yo a ti!

CIEGO. — *Que ya está comiendo.* ¡Y el pan que le da su merced, no lo come, sino que lo revende, y luego compra vino!

MENDIGO. — *Airado, precipitándose hacia él.* ¡Soplón!

CIEGO. — *Antes de que el otro le haya tocado.* ¡Favor! ¡Socorro! ¡A un pobre ciego te atreverás, cobarde!

MENDIGO. — ¡Así eres ciego tú como el Gran Turco! Si ciego fueras, ¿cómo me vieras revender el pan?

Le da de puñetazos.

CIEGO. — ¡Ay, ay, ay! ¡Asesino!

Se defiende con ligereza.

DON JUAN. — *Que siempre empieza a hablar con mansedumbre, pero que, a mitad de discurso, se altera.* ¡Haya paz, hermanos... haya paz, he dicho... o la emprendo con todos a pescozones!... ¡Comed y callad, pues para todos hubo! ¡Comed, que siquiera mientras estéis comiendo, ya que no le deis gracias, no ofenderéis a Dios con esas lenguas! ¿Así agradecéis la limosna que os viene del cielo?

MUJER. — Señor, es que con el aquel del hambre, hay quien come a cuatro, que no a dos carrillos.

DON JUAN. — Come tú a los que puedas, y deja a cada cual allá con su conciencia. *Se sienta y saca del pecho un gran rosario de cuentas negras.* El que habiendo comido, tome, guarde o venda el pan que otro hambriento necesite, es ladrón, y por tal pagará en los infiernos.

CIEGO. — ¡Je, je, je!... ¡Linda hoguera de sevillanos va a prender hogaño Pedro Botero! ¡Je, je, je!... ¡Panaderos, mercaderes, regidores...! ¡Je, je!

MUJER. — *Al ciego.* ¡Calla, que está rezando!

CIEGO. — Por qué rezar tiene... Dicen que ha sido famoso pecador.

MUJER. — Ahora es famoso penitente, que nunca supo hacer cosa sino a lo grande.

MENDIGO. — El día entero pasa socorriendo apestados, enterrando muertos, pidiendo, por el amor de Dios, pan a los ricos con que remediar el hambre de los pobres...

MUJER. — *Suspirando.* ¡Quien le ha visto y le ve!... Galán, apuesto, vestido de sedas y terciopelos, perfumado con ámbares y aguas de olor... ¡Ay de mí!

CIEGO. — ¡Verdad que tú le habrás conocido de cerca, que también en tiempos, fuiste famosa tal!

MUJER. — *Suspirando con añoranza de los tiempos pasados.* Y aún lo pudiera ser, que otras más viejas que yo andan en el tráfico, sino que aquel ladrón desuella caras que era mi respeto, me rajó la cara de tres cuchilladas, por celos que tuvo de treinta reales que le presté a un su amigo... ¡Mala landre le coma!

Siguen hablando en voz baja y devorando el pan. Don Juan, con los ojos cerrados, pasa las cuentas del rosario. Entran dos DAMAS de la vida, desenvueltas, desenfadadas, a medio tapar con sus mantos, que a cada paso suben y bajan de medio lado, para dejar ver sus rostros escandalosamente pintados y sus cabellos muy prendidos de lazos y teñidos de rubio rabioso.

DAMA 1.ª — *Señalando a don Juan.* ¡Mírale!

DAMA 2.ª — *Con asombro un poco espantado.* ¡Era verdad!

DAMA 1.ª — ¡Dile algo!

DAMA 2.ª — ¡No me atrevo!

DAMA 1.ª — ¡A fe que se ha tornado la niña melindrosa! *Adelantando un poco y haciendo señas a don Juan.* ¡Ce, ce... don Juan, don Juan!

DAMA 2.ª — Dicen que no atiende, si se le llama por su nombre.

DAMA 1.ª — *Repitiendo sus señas.* ¡Ce, ce... hermano, hermano!

DON JUAN. — *Alzando los ojos a mirarlas, pero sin moverse.* ¿Qué desea, hermana?

DAMA 1.ª — *Con desgarro y burla.* La Sevillanita nos

manda a decirte que esta noche, por filo de las diez, baila en la Venta Vieja, camino de Triana, un baile nuevo, y que no estando tú para verla bailar, le falta lo mejor del concurso... Con que tú dirás qué es lo que se le dice, y si te aguarda o no...

Se ríe.

DON JUAN. — Dile que yo no iré, que no soy el que fuí, y dile que le digo que no olvide, ¡y recuérdalo tú!, que estamos en tiempo de hambre y de peste, y que la muerte es convidado que llega cuando menos se piensa.

Se ha levantado para decir esto, y ha hablado con grave serenidad, y en cuanto lo ha dicho vuelve a sentarse y a cerrar los ojos.

DAMA 2.ª — *Tirando de su compañera, con súbito terror.* ¡Vámonos, vámonos!

DAMA 1.ª — *Con desgarro.* ¡Ja, ja, ja! ¿Ahora te va a entrar el miedo a morirte? Niña, para morir hemos nacido, y ¿qué más da de peste que de calentura?

DAMA 2.ª — *Mirando a don Juan, y temblando.* Dice bien... la peste llega cuando menos la aguardas... y mata de golpe... ¡y somos pecadoras!

DAMA 1.ª — *Muy convencida.* ¿Y no quieres morir sin confesión? Yo tampoco, que soy tan cristiana vieja como tú, y para eso le pongo cada lunes una vela de a real a San Pascual Bailón, que es santo agradecido y cumplidor, y él me ha de avisar tres noches antes, para que me confiese... ¡Anda, anda, que lo que de joven no se goza, de vieja se siente!... ¡Adiós, don Juan, mas que tú no lo quieras! ¡Deja esas cuentas *Por el rosario.* que más son de beata

que de caballero, suelta ese sayal, y vente para allá, que luego es tarde!

Le tira una flor que se quita del pelo, y va a salir con su compañera, que hace rato le está tirando de la falda para hacerla marchar.

MENDIGOS. — *Al pasar las dos damas, con voces quejumbrosas.*

— ¡Acuérdense del pobrecito ciego!

— ¡Por el ánima de sus difuntos!

— ¡Caridad para el infeliz tullido!

— ¡A esta desdichada huérfana y viuda!

— ¡Den algo, hermanas, que en el cielo lo hallarán!

— ¡Miren que no hay desgracia como el no ver!

DAMA 1.ª — ¡Perdonen, por Dios, que también nosotras andamos a ver si hay quien nos remedie!

Al ir a salir, tropiezan con PÁNFILO, que entra seguido de unos cuantos chicuelos y de alguna rapaza casi moza. Viene Pánfilo en hábito de peregrino, con bordón, calabaza, conchas y luenga barba. Trae en una especie de hornacina un santuco de pésima talla, y atados al palo, en un pedazo de trapo, estampas y papeles con oraciones y romances, escritos a mano.

PÁNFILO. — *A las damas, que se detienen al verle.* ¡Vayan con Dios las palomitas lindas! ¿No quieren dar siquiera un ochavillo para el señor San Roque? *Habla con voz gangosa.* Miren que es abogado de la peste. Miren que aún no hace media hora, al pie de la misma Torre del Oro, cayó muerto de golpe un caballero anciano, y en el Portillo del Alcázar dos mozas, sin darles tiempo ni a decir *mea culpa;* que la muerte no repara en años, y siega lo verde con lo

maduro... ¡Compren, compren la oración milagrosa contra la *subitanea morte, amén alelluia!* ¿Quién por un cuarto no se pone en salvo?... ¿Quieren la oración de Santa Tecla para el mal de hijada; la de San Juan *Ante Portan Latinam* para las calenturas; la de Santa Apolonia para el dolor de muelas? Compren, compren... a cuarto y a dos... a cuarto y a dos...

DAMA 2.ª — *Temblando de miedo a morirse.* Dineros no tengo... ¿Servirá este alfiletero de plata?

PÁNFILO. — *Cogiendo el alfiletero, y dándole la oración.* Todo sirve en la viña del Señor... *Da nobis hodie,* hermana... Toma y daca, que aunque el señor San Roque no acostumbra coser, puede que hoy zurza alguna buena voluntad con que se remedie vuesa merced, y más, siendo vuesa merced tan buena moza...

DAMA 2.ª — *Con ingenuidad.* ¡Dios os oiga, hermano, que buena falta me hace!

Se alejan las dos mujeres. Pánfilo reparte unas cuantas oraciones entre los chiquillos y las mozas, que le dan en pago algún que otro ochavo, y se alejan también. Los mendigos no se han movido. Están tumbados por el suelo y los bancos, rascándose los piojos, y calentando sus lacras al sol. Algunos duermen. Don Juan, absorto en sus meditaciones, tampoco ha hecho caso de los discursos de Pánfilo. Éste cuenta los ochavos recogidos, los guarda, atándolos en un trapajo que saca de debajo del ropón, y se dirige hacia el banco en que está sentado don Juan.

PÁNFILO. — *Contando y guardando los ochavos.* Uno... dos... tres... y cuatro del puente... y dos de las gradas... *Suspira satisfecho y acaricia al santo con leves palmaditas.* ¡Tendrás

tu candelita esta noche, que cuando Dios da, da para todos! *Se sienta en el banco junto a don Juan, saca del zurrón pan, queso y longaniza; desata la calabaza, bebe de ella un trago largo y amoroso y dirigiéndose a don Juan, le ofrece de beber diciéndole:* ¿Un trago de lo añejo, hermano?

DON JUAN. — *Alzando los ojos, y reconociendo con asombro a su escudero.* ¡Pánfilo... tú!

PÁNFILO. — ¿Hasta ahora no me has conocido, señor?

DON JUAN. — ¿Tú en esa traza, y con ese hábito?

PÁNFILO. — *Comiendo y bebiendo.* Señor, puesto que tú te has metido a Santo, ¿qué me quedaba a mí sino echarme a santero? He trocado la espada por el báculo, y el señor San Roque se encarga de darme a lo divino la soldada que tú tantos años me diste a lo pecador. Yo le sirvo bien, él no me paga mal y vamos viviendo. *Volviendo a ofrecerle la calabaza.* ¡Bebe, señor, que es de lo rancio!

DON JUAN. — *Con exaltación e imperio* ¡No me llames señor, que no soy sino gusano vil y oprobio de la tierra!

Se pone en pie.

PÁNFILO. — ¡Ya estamos, ya!

Entra, anhelosa y jadeante, una mujer LEPROSA, cubierta de andrajos aún más miserables que los de los mendigos, la cara entrapajada y cubierta de úlceras repugnantes. Mira en derredor, como buscando enloquecida, se arroja a los pies de don Juan, intentando besárselos, y cogiéndose a sus rodillas, habla con voz entrecortada y febril.

LEPROSA. — *A los pies de don Juan.* ¡Hermano Juan!... ¿eres tú...? ¡Hermano Juan!... ¿eres tú... el Santo... el siervo de Dios?... ¡Sáname... ampárame...! ¡Arrastrán-

dome vengo... porque supe que estabas aquí!... ¡Sáname! ¡Sáname, que tú puedes, si quieres!

MENDIGOS. — *Aunque acostumbrados a su propia miseria, retroceden y se apartan con asco de aquel repugnante andrajo de humanidad. Todos rezongan y murmuran a un tiempo.*

— ¡Es leprosa!

— ¡Es ética!

— ¡Quita allá, menguada!

— ¡Hiede que apesta!

— ¡Es la Susana, la del Arrabal!

— ¡Es judía!

— ¡Es bruja!

— ¿A qué viene aquí, si no es de nuestro barrio?

— ¡A traernos la peste!

— ¡Éramos pocos!...

DON JUAN. — *Con energía e indignación.* ¿Qué rezongáis ahí, miserables? ¿Apestada?... ¿Leprosa?... Leprosos somos todos y apestados, cubiertos con la roña de nuestras culpas... Y ¡ay del que, leproso del alma, comparezca ante el Juez, si antes no se ha lavado con la caridad!... ¡Haced lugar, os digo, a esta mujer, que cuanto más llagada y más doliente, tanto más es hermana carnal vuestra, barro de vuestro barro! *Inclinándose a la Leprosa, que sigue derribada a sus pies.* Engañada vienes, mujer, que no está en mí sanarte. Ni soy santo, sino gran pecador; ni puedo hacer milagros, que esos sólo Dios los hace, por mano de sus elegidos. *Con dulzura.* ¿Estás enferma y pobre? ¿Por qué no te acoges a un santo Hospital?

LEPROSA. — *Con voz ronca.* No me quieren... no me de-

jan entrar... dicen que soy judía... dicen que hay otros más enfermos que yo... No tengo quien me valga...

DON JUAN. — *Con energía.* ¡Ven conmigo! ¡Entrarás, pese a quien pese! ¿No ha de haber en la casa de Dios un rincón para una moribunda?... ¡Ven... levanta!

Quiere ayudarla a levantar, pero la Leprosa, agotada por el esfuerzo que ha hecho para llegar, no consigue levantarse del suelo.

LEPROSA. — *Con voz moribunda.* No puedo... *Se desploma y queda tendida en tierra. Don Juan se inclina sobre ella para auxiliarla.* Me abraso... tengo sed...

DON JUAN. — ¿Tienes sed? *Se yergue, mira en derredor, ve la calabaza de Pánfilo, el cual ha seguido impertérrito en su banco, y se precipita hacia ella.* ¡Trae acá!

PÁNFILO. — *Defendiendo su calabaza.* ¡Considera, hermano, que es de lo caro, y que ya queda poco!

DON JUAN. — *Con ira.* ¡Sobra para ahogarte con ello, si lo niegas a quien lo ha menester! ¡Trae acá he dicho!

Coge con violencia la calabaza, y arrodillándose en el suelo junto a la Leprosa, le sostiene la cabeza y le da de beber.

PÁNFILO. — *Con resignación.* ¡Miren con qué humildad lo pide el gusanico! ¡En el mismo cielo, ha de entrar dándose de cuchilladas con el propio San Pedro!

DON JUAN. — *A la Leprosa.* ¡Bebe, mujer, y alienta!... Levanta ya... ¿No puedes? ¡Yo te llevaré! *La coge en sus brazos, pero al tenerla cerca, sobrecogido de asco por el hedor de las llagas, hace un gesto de repugnancia y casi retrocede; mas, venciéndose, inmediatamente, la estrecha contra sí, con más fuerza y dice con sobrehumana energía:* ¡Abrázate a mi cuello! *La Leprosa intenta echarle*

los brazos al cuello, pero le faltan fuerzas y cae hacia atrás, quedando en los brazos de don Juan con la cabeza colgando. Don Juan la sujeta fuertemente. ¡Poco pesas, mujer!... ¡Ánimo... no desmayes, que el camino es corto!

Sale con ella en brazos

PÁNFILO. — *Viéndole alejarse, con admiración aterrada.* *¡Kyrie eleison!* Siempre fué consumado en esto de cargar con damas sin sentido, mas vive Dios que esta es para dar espanto al mismo Lucifer. *Dando un mojicón al ciego, que a tientas se ha apoderado de la calabaza que don Juan ha dejado en el suelo.* ¡Réspice! ¡Para ciego, tienes famoso olfato! *A otro de los mendigos.* ¡Mucho rascas tú!

MENDIGO. — ¡Qué se ha de hacer! ¡Cuanto menos come el hombre, más le comen a él!

Entran DOÑA CLARA y ROLDÁN, su escudero. Doña Clara apenas tiene quince años, y viene elegante y sencillamente vestida de blanco y plata, el pelo en melenita a lo infantina, y recogido con un lazo rojo y un joyel de diamantes. El escudero es viejo y venerable, y la trae de la mano con toda ceremonia.

ROLDÁN. — Señora, niña Clara, ¿no os parece que ya es tiempo de que volváis a casa?

CLARA. — No por cierto, Roldán, que aún quiero visitar a mis leprosicos.

ROLDÁN. — Señora, ya visitaste a los apestados.

CLARA. — Por lo mismo. ¿No ves que si a unos acudo y a otros dejo, pueden tener celos?

ROLDÁN. — Ya es hora de comer, y vuestro padre se ha de enojar conmigo, si no volvemos.

CLARA. — No se enojará, siendo gusto mío. Anda tú y come, si es que tienes necesidad, y vuelve a buscarme, que aquí te aguardo. Tráete lienzos y ungüentos, que todos los gastamos en el Hospital, y la leprosería es también pobre.

ROLDÁN. — ¿Y habéis de quedar sola?

CLARA. — ¿Temes que alguno me galantee? Ve tranquilo. *Señala a los mendigos.* Ya ves entre qué galanes me dejas. Anda, que aquí me siento *Se dirige hacia un banco o una piedra que habrá casi en primer término.* y me entretendré hasta que vuelvas, pasando las cuentas del rosario.

ROLDÁN. — *Quitándose la capa.* Dejad, al menos, que tienda la capa sobre las piedras.

CLARA. — Necio eres, Roldán El camino del cielo no quiere tapices, sino piedras y abrojos.

Se sienta, sin consentir que el escudero tienda la capa. Roldán se aleja a regañadientes, volviendo a cada instante la cabeza. Ella le sonríe, y saca su rosario. Pánfilo se acerca a ella, con su santo y sus oraciones. Los mendigos también. Unos se levantan y se acercan a ella, otros se arrastran a sus pies, y todos empiezan su salmodia pedigüeña.

PÁNFILO. — *Sonriente y zalamero.* ¿No quiere la niña dar un ochavillo para el señor San Roque? Mire que es abogado de la peste... mire que...

MENDIGOS. — *Todos a la vez.*

— ¡Acuérdese del pobrecito ciego!

— ¡Caridad para el desdichado tullido!

— ¡Dé algo, hermanita, que en el cielo lo hallará!

CLARA. — *Sonriendo a todos, con sencilla inocencia.* No tengo

nada que dar, hermanos; que mi escudero se llevó la bolsa, y estoy tan pobrecica como vosotros. Callad, que cuando vuelva, le pediremos. *Volviéndose a Pánfilo.* ¿Eres romero? ¿Has estado en Roma?

PÁNFILO. — *Sin mentir.* ¡Más de cien veces!

CLARA. — *Que a cada respuesta de Pánfilo, hace gestos de ingenua admiración.* ¿Has visto al Santo Padre?

PÁNFILO. — Como ahora os estoy viendo a vos.

CLARA. — ¿Has visitado las Siete Iglesias?

PÁNFILO. — *Con malicia.* Las siete iglesias y los siete montes y las setecientas ermitas.

CLARA. — *Con inocencia.* ¿Tantas hay? . . . ¿Todas de santos?

PÁNFILO. — *Sonriendo.* ¡Casi todas de santas!

Doña Clara cruza las manos con admiración. Vuelve DON JUAN. Anda despacio, viene fatigado y sombrío, en lucha interior consigo mismo.

DON JUAN. — *Absorto en sus pensamientos.* ¡Carne villana! ¿Hasta cuándo no he de lograr domarte? ¿Por qué sientes asco de la podredumbre, tú, que te revolcabas satisfecha en el fango de los sucios deleites?

CLARA. — *Levantándose al verle entrar, sobrecogida de admiración casi temerosa.* ¡Es el hermano Juan!

PÁNFILO. — ¡De cuerpo entero!

CLARA. — ¡El Santo!

PÁNFILO. — Por lo pronto, así parece.

Recoge sus bártulos y se aleja, saliendo por uno de los lados.

CLARA. — *Yendo a postrarse a los pies de don Juan.* ¡Deja que bese los nudos de la cuerda que te ciñe!

DON JUAN. — *Retrocediendo, casi con espanto.* ¿Qué haces, criatura? ¡Levanta!

CLARA. — *Levantándose, asustada y humilde.* No te enojes, no pienses mal de mí... no he querido ofenderte.

DON JUAN. — *Con más suavidad.* ¿Qué haces aquí tan niña, y sola?

CLARA. — *Con niñería.* No voy sola... Mi escudero, Roldán, ha ido a casa, a buscar unos lienzos; pero vuelve... Vengo del Hospital de apestados, y voy a la Leprosería... Todos los días voy... ¿Nunca me has visto? Yo te he visto a ti muchas veces, y quería hablarte, sino que me daba temor llegarme a ti...

DON JUAN. — *Con admiración.* ¿Al Hospital? ¿A la Leprosería?... ¿Con tan pocos años ya quieres hacer penitencia? ¿Qué pecados necesitas tú hacerte perdonar, si aún eres un ángel?

CLARA. — *Riéndose como niña.* ¡Ja, ja, ja! ¡Un ángel dice! No soy ángel, no, que tengo mis malicias como cada cual... Soy terca y caprichuda, y el maestro casi cada día tiene que darme de palmetazos, *Alarga la manecita pequeña y blanca, con gesto pueril.* porque quiere enseñarme a leer y a escribir, y yo no atiendo... *Se pone infantilmente seria.* ¡Pero no es por eso!... No voy al Hospital porque Dios me perdone pecado ninguno, *Con altivez de niña noble.* ¡que eso sería jugar con él a toma y daca, y yo no soy mercader ni usurero! Ya me perdonará, si quiere perdonarme, que sí querrá, que para eso es mi padre... Voy porque me da pena de los que sufren, y no me puedo estar en casa, mano sobre mano, o jugando con las criadas, sabien-

do que los pobrecitos leprosos no tienen quién les cure.

DON JUAN. — *Con angustia, para sí.* ¡Jugar a toma y daca! ¿Habrá misericordia para ti, que presumes rescatar tantas culpas con esta miserable penitencia, y aún te rebelas, como potro vicioso y fiera mal domada?

CLARA. — *Que no le entiende,* ¿Qué estás diciendo? ¿Rezas? ¡Pide por mí!

DON JUAN. — *Con exaltación.* ¡Pide tú por el más pecador de los hombres!

CLARA. — *Con ingenuidad.* ¡Sí que lo he de hacer, y ahora mismo, pues que tú me lo mandas! *Junta las manos y levanta los ojos al cielo.* Por el más pecador de los hombres... *Volviéndose a don Juan.* ¿Quién será? ¡Desdichado! *Con empaque pueril, y graciosa confianza.* ¡Poco hemos de poder, o le hemos de salvar!

Entra un CABALLERITO elegante, presumido y desfalleciente, que también entonces los había. Viene seguido de un ESCUDERO, no menos elegante y presumido, y tan fanfarrón como lánguido es su amo. El Caballerito se queda mirando a doña Clara con aire conquistador. Ella, asustada, se refugia detrás de don Juan.

CABALLERO. — *A su escudero con presunción lánguida.* ¡Linda garza, eh, Beltrán?

ESCUDERO. — *Mirando con descaro a doña Clara,* ¡A fe que lo es, señor!

CABALLERO. — ¿Vale la pena de gastar un instante en enamorarla?

ESCUDERO. — *Con mirada de buen catador.* ¡Vale, señor!

CABALLERO. — *Con inefable languidez, y perdonando la vida*

a doña Clara. ¡Dejémosla, Beltrán... hoy no tengo apetito!

Cruza la escena con elegantísima languidez. Los Mendigos han empezado su salmodia.

MENDIGOS.

— ¡Acuérdense del pobrecito ciego!

— ¡Caridad para este desdichado tullido!

— ¡Den algo, hermanos, que en el cielo lo hallarán!

CABALLERO. — *A su escudero, con languidez.* ¡Da un cuarto a esos mendigos, si quedó del juego, que me destrozan las orejas con sus destempladas y roncas voces!

Pasa con la más elegante indiferencia. El Escudero rebusca en una grandísima escarcela, y sacando del fondo una moneda de cobre, sin duda solitaria y única, la arroja al suelo como si arrojara un millón, diciendo con empaque:

ESCUDERO. — ¡Remediaos, canalla!

Apenas el Escudero ha arrojado la moneda, ya los Mendigos se han precipitado sobre ella, y vuelven a renovar el escándalo y los insultos de principio de acto.

MENDIGOS.

— ¡Ladrón!

— ¡Renegado!

— ¡Aparta!

— ¡Suelta!

— ¡Aquí está!

CIEGO. — *Cogiendo la moneda.* ¡Es mía!

MENDIGO. — *Precipitándose sobre él con ira.* ¡Eso lo veremos!

Forcejean furiosamente. El Mendigo saca un cuchillo, lo cual, visto por el Ciego, a pesar de su ceguera, le mueve a sacar

otro. Pelean como si fuera por la vida, teniendo el Ciego la moneda entre los dientes.

DON JUAN. — *Precipitándose de nuevo a poner paz.* ¡Paz... hermanos, paz, por el amor de Dios! ¡Paz...! ¡Por una moneda miserable, vais a perder la vida! ¡Paz en nombre de Cristo! *El Ciego baja el cuchillo a lo rufián, y creyendo dar una cuchillada al Mendigo, se la da a don Juan, que cae malherido, exclamando:* ¡Jesús!

TODAS LAS MUJERES. — *Dan un grito agudo.* ¡Ayyy!

HOMBRES — *ordamente.* ¡Lo ha matado!

CIEGO. — *Sobrecogido de terror.* ¿A quién, a quién?

Nadie le contesta, porque todos huyen despavoridos en distintas direcciones, y desaparecen en un instante. El Ciego, a tientas, cayéndose y levantándose, huye también.

CLARA. — *Se precipita a socorrer a don Juan, y arrodillándose en el suelo, junto a él, le recoge en sus brazos.* ¡Hermano Juan... hermano! *Mirando a los que se van, con escandalizado espanto.* ¡Y huyen! *Gritando.* ¡Volved... amparo... favor!

DON JUAN. — *Con voz serena.* No llames... no hay remedio... es la muerte... *Con súbito terror.* ¡La muerte! *Tiembla violentamente, como cuando la vió en el acto anterior.* ¡Ha llegado... ahora sí!

CLARA. — *Con cariño y fe.* ¡No la temas, hermanito santo! ¡Dale la bienvenida, que te la manda Dios, para premio de tus buenas obras!

DON JUAN. — *Delirante.* ¡No... no!... ¡Soy pecador!

CLARA. — *Con sencillez.* ¡Todos lo somos!

DON JUAN. — *Con desesperación.* ¡No... mis culpas no

tienen número ni medida! ¡No hay perdón para mí! ¡No puede haberlo!

CLARA. — *Con autoridad pueril.* ¡Sí le hay, yo te lo fío!

DON JUAN. — *Desvariando.* ¡Tan negras... tantas... tan abominables!

CLARA. — ¡No seas orgulloso! ¡Por muchas y muy negras que hayan sido, no pueden ser tan grandes como el amor que Dios tiene a tu alma! *Con grave autoridad.* ¿Crees en Él, gusano de la tierra?

DON JUAN. — *Luchando con la muerte, con voz débil.* Creo...

CLARA. — ¿Esperas, pecador?

DON JUAN. — *Casi sin voz.* Quiero... esperar...

CLARA. — *Con emoción.* Ceniza y polvo, ¿te arrepientes?

DON JUAN. — ¡Quisiera... no haber... nacido...!

CLARA. — ¿Pides misericordia?

Don Juan, ya sin poder hablar, hace un gesto de asentimiento.

CLARA. — *Sosteniéndole en sus brazos, y hablándole dulcemente, como una madre a un niño.* Duerme, entonces... duerme en paz... Dios te guarda, y yo te velo...

DON JUAN. — *Recobrando un instante la voz, con desvarío.* ¡Tú... que nunca pecaste!

Se incorpora un poco, como para mirarla, pero cae en su regazo y muere.

CLARA. — *Con un poco de terror, al contemplar cara a cara la muerte.* ¡Ha muerto! *Se domina, le deja suavemente en el suelo, con cuidado casi maternal le cierra los ojos, le cruza las manos sobre el*

pecho, y se arrodilla a su lado. ¡Señor...! *Cruza las manos y levanta los ojos al cielo.* ¡Recíbele...! ¡Perdónale!... ¡Mira que lo he prometido en tu nombre!... *Con apasionamiento y amor.* ¡Si hay que pagar, Señor... doy mi alma por la suya...! ¡Hiéreme a mí, Señor, pero sálvale a él!

FIN

ERRATA

En la página 97, dice:

EN MITAD DEL CAMINO DE LA VIDA

y debe decir

A MITAD DEL CAMINO DE LA VIDA

OBRAS DRAMÁTICAS DE GREGORIO MARTINEZ SIERRA

VIDA Y DULZURA. — Comedia en tres actos. En colaboración con Santiago Rusiñol. (Teatro de la Comedia.)

JUVENTUD, DIVINO TESORO... — Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

LA SOMBRA DEL PADRE. — Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

HECHIZO DE AMOR. — Comedia de polichinelas en un acto y dos cuadros. (Teatro Cervantes.)

EL AMA DE LA CASA. — Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

CANCIÓN DE CUNA. — Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

PRIMAVERA EN OTOÑO. — Comedia en tres actos. (Teatro de la Princesa.)

EL PALACIO TRISTE. — Cuento fantástico en un acto. (Teatro de la Princesa.)

LA SUERTE DE ISABELITA. — Comedia lírica en un acto y cinco cuadros, música de los maestros Giménez y Calleja. (Teatro de Apolo.)

LIRIO ENTRE ESPINAS. — Comedia en un acto. (Teatro de Apolo.)

LA FAMILIA REAL. — Comedia lírica en dos actos y cinco cuadros, música de los maestros Giménez y Calleja. (Teatro Apolo.)

EL POBRECITO JUAN. — Comedia en un acto. (Teatro Lara.)

MADAME PEPITA. — Comedia en tres actos. (Teatro de la Comedia.)

LA TIRANA. — Comedia lírica en dos actos, música del maestro Lleó. (Teatro Eslava.)

MAMÁ. — Comedia en tres actos. (Teatro de la Princesa.)

SÓLO PARA MUJERES. — Conferencia contra el amor, pronunciada por una de sus víctimas. (Teatro de la Princesa.)

MADRIGAL. — Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

EL ENAMORADO. — Paso de comedia. (Teatro de la Comedia.)

LOS PASTORES. — Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

LAS GOLONDRINAS. — Drama lírico en tres actos, música de José María Usandizaga. (Teatro Price.)

LA MUJER DEL HÉROE. — Sainete en dos actos. (Teatro Lara.)

MARGOT. — Comedia lírica en tres actos, música de Joaquín Turina. (Teatro de la Zarzuela.)

LA PASIÓN. — Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

EL AMOR BRUJO. — Gitanería en un acto y dos cuadros, escrita expresamente para Pastora Imperio, música de Manuel de Falla. (Teatro Lara.)

AMANECER. — Comedia en tres actos. (Teatro Lara.)

EL REINO DE DIOS. — Elegía en tres actos. (Teatro Eslava.)

NAVIDAD. — Milagro en tres cuadros, música de Joaquín Turina. (Teatro Eslava.)

PARA HACERSE AMAR LOCAMENTE. — Comedia en tres actos. (Teatro Eslava.)

EL CORREGIDOR Y LA MOLINERA. — Acción mímica en dos cuadros, música de Manuel de Falla. (Teatro Eslava.)

LA ADÚLTERA PENITENTE. — Drama en tres actos y diez cuadros, adaptación libre de Moreto, música de Joaquín Turina. (Teatro Eslava.)

ESPERANZA NUESTRA. — Comedia en tres actos. (Teatro Eslava.)

LA LLAMA. — Drama lírico en tres actos, música de José María Usandizaga. (Gran Teatro.)

ROSINA ES FRÁGIL. — Comedia en un acto. (Teatro Eslava.)

SUEÑO DE UNA NOCHE DE AGOSTO. — Novela cómica en tres actos. (Teatro Eslava.)

EL CORAZÓN CIEGO. — Comedia en cuatro actos. (Teatro Eslava.)

ARTE DE AMAR. — Comedia de payasos, en un acto. (Teatro Eslava.)

TRADUCCIONES Y ARREGLOS

EL ENFERMO CRÓNICO. — Comedia en un acto de S. Rusiñol. (Teatro Lara.)

BUENA GENTE. — Comedia en cuatro actos de S. Rusiñol. (Teatro de la Comedia.)

LA MENTIRA PIADOSA. — Comedia en tres actos de Francis de Croisset. (Teatro de la Comedia.)

LOS ABEJORROS. — Comedia en tres actos de Breiux. (Teatro de la Comedia.)

TRIPLEPATTE. — Comedia en cinco actos de Tristán Bernard. (Teatro de la Comedia.)

EL ARREGLO DE LA CASA. — Comedia en un acto de G. Courteline. (Teatro de la Comedia.)

LA MADRE. — Comedia en cuatro actos de S. Rusiñol. (Teatro de la Comedia.)

EL HERMANO. — Comedia en un acto de A. Daudet. (Teatro Príncipe Alfonso.)

CIGARRAS Y HORMIGAS. — Poema en un acto de S. Rusiñol. (Teatro Príncipe Alfonso.)

LA SUERTE DEL MARIDO. — Comedia en un acto de Flers y Caillavet. (Teatro de la Comedia.)

ALIVIO DE LUTO. — Comedia en un acto de S. Rusiñol. (Teatro Lara.)

EL REDENTOR. — Comedia en tres actos de S. Rusiñol. (Teatro Español.)

EL INDIANO. — Comedia en tres actos de S. Rusiñol. (Teatro Español.)

CABEZA DE ZANAHORIA. — Comedia en un acto de Jules Renard. (Teatro Lara.)

EL BUEN POLICÍA. — Sainete en un acto y tres cuadros de S. Rusiñol. (Teatro Cervantes.)

LA VIRGEN DEL MAR. — Cuadro poemático en un acto de S. Rusiñol. (Teatro de la Princesa.)

EL PATIO AZUL. — Drama en dos actos de S. Rusiñol. (Teatro de la Princesa.)

LOS NÁUFRAGOS. — Comedia en tres actos de S. Rusiñol. (Teatro Español.)

LA DAMA DE LAS CAMELIAS. — Drama en cinco actos de Alejandro Dumas, hijo. (Teatro Eslava.)

LUCERO DE NUESTRA SALVACIÓN. — Auto religioso de Inocencio de Salcedo. (Teatro Eslava.)

DOMANDO LA TARASCA. — Comedia en dos actos de Shakespeare. (Teatro Eslava.)

CASA DE MUÑECAS. — Comedia en tres actos de Ibsen. (Teatro Eslava.)

EN CASA DEL ANTICUARIO. — Sainete en un acto de S. Rusiñol. (Teatro Eslava.)

ALICIA, NEURASTÉNICA. — Farsa en dos actos de A. E. Thomas. (Teatro Eslava.)

LA MALA VIDA. — Drama en tres actos de Julio Vallmitjana. (Teatro Eslava.)

LA FELICIDAD DE ANTONIETA. — Comedia en tres actos de Emilio Augier. (Teatro Eslava.)

JULIETA Y FRANCINA. — Comedia en tres actos de A. Janvier. (Teatro Eslava.)

LEONARDA. — Comedia en tres actos de B. Björnson. (Teatro de la Princesa.)

PARÍS-NEW-YORK. — Comedia en tres actos de Croisset y Arenne. (Teatro Eslava.)

UNA VISITA. — Comedia en dos actos de Brandès. (Compañía Atenea.)

ROSAURA, LA VIUDA ASTUTA. — Comedia en dos actos de Goldoni. En colaboración con Luis de Tapia. Música de M. Font. (Teatro Eslava.)

EL ADMIRABLE CRICHTON. — Comedia en cuatro actos de J. M. Barrie. (Teatro Eslava.)

ROMEO Y JULIETA. — Tragedia en cinco actos de Shakespeare.

HAMLET. — Tragedia en cinco actos de Shakespeare.

Tipografía Artística
Cervantes, 28-Madrid

LS
M387do
182469
Author Martinez Sierra, Gregorio
Title Don Juan de Espana.
NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU